

The background of the book cover features a man in a white shirt and a dark tie, looking down. Behind him is a vibrant, illuminated city skyline at night, with lights reflecting on the water in the foreground.

EL RECUERDO de tu piel

Myra Reda

Contents

[El recuerdo de tu piel](#)

[Agradecimientos.](#)

[Sinopsis](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Nota de la autora](#)

El recuerdo de tu piel

Título: El recuerdo de tu piel.

Primera edición, 2023.

© del texto: Miriam Adanero Escobar.

Diseño de portada: María José Martínez Ruano.



Imágenes de portada:

Depositphotos.

El hombre: Cropped view of man buttoning up white shirt isolated on black @ IgorVetushko 230153128

La ciudad: Midtown Manhattan skyline @ rabbit75_dep 164142766

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida, mediante ningún sistema o método, electrónico o mecánico (incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información), sin consentimiento por escrito de los propietarios de los derechos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y ss. del Código Penal)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o digitalizar parte de esta obra.

Cualquier coincidencia o parecido con situaciones reales o personajes es pura casualidad.

Agradecimientos.

Este libro es diferente, por eso estos agradecimientos, también lo son.

Siempre se lo agradezco al lector que lo lea, puede que no hayas leído nada de mí, o puede que sí. Incluso que hayas leído todos. Gracias, da lo mismo quien seas, yo te lo agradezco.

Por supuesto, a mi familia, mi marido y mis hijas, por su apoyo y comprensión.

No pueden faltar mi gratitud a mis lectoras 0 que me ayudan muchísimo.

Ahora viene la diferencia. Quiero agradecerse a todo el mundo que continúa a mi lado, del modo que sea. Durante toda nuestra vida, mucha gente pasará, gente de todos los tipos y colores, pero la gente que continúa a nuestro lado, a las personas que podemos apoyarnos, cuando flaqueemos, con las que podemos reír y compartir alegrías y confidencias, de esas tenemos pocas. Por eso este agradecimiento es diferente, porque a todas ellas, sin poner nombres, para mí son muy importantes y necesarias y se lo agradezco en el corazón.

También a todos los que luchan por sus sueños, que no se rinden. Pues la vida en ocasiones nos pone muchas pruebas que debemos superar, pero lo fundamental es superarlas y crecer en las adversidades.

Sinopsis

En New York, es poco probable que vuelvas a encontrarte con las mismas personas. Sin embargo, el mundo es un pañuelo, y lo que crees impensable, puede ocurrir en unas horas, o días después.

Kiara Smith es una mujer segura de sí misma, capaz de controlarse y por supuesto, eso significa no dejarse llevar por el deseo.

William Taylor es un hombre que oculta sus emociones. Muy seguro de sí mismo, toma posesión de su cargo sin saber lo que el destino le tiene preparado a unos metros.

En esta historia encontraréis un romance de oficina, que hará templar los cimientos de la empresa, de sus viviendas y por supuesto de sus propias convicciones.

¿Quién resultará vencedor, el corazón o la razón?

Descúbrelo, en el recuerdo de tu piel, una historia que te atrapará.

Primera parte

Capítulo 1

William Taylor

En el instante en que escucho la proposición de mi tío, varios escenarios se visualizan como un carrito en mi mente. Una vez recuperado de la sorpresa, le hago una pregunta que condicionará el resto de la conversación y por supuesto, mi decisión.

—¿Eres consciente de lo que me has propuesto?

—Lo he meditado durante tres meses —revela sorprendiéndome—. No ha sido una decisión fácil, pero bien sabes que no tengo descendencia, y no hay nadie mejor que tú para continuar con el legado familiar.

—Sí, lo sé. Pero... ¿Has pensado que opinará mi padre de esta decisión?

—Lo que opine me resbala igual que la lluvia en un chubasquero. Estoy cansado, no voy a seguir fingiendo que acepto y comprendo sus decisiones.

Observo su rostro, al tiempo que analizo sus palabras. Es una verdad que mi tío, no se tomó bien, cuando mi padre volvió a casarse, tan solo un año después de que mi madre falleciera.

—Imagino que para ti no ha sido fácil.

—Ni para mí, ni para ti. Desde hace años, te he observado, he visto tus progresos. Es algo que has conseguido por méritos propios y es de lógica, que seas tú, quien asuma el mando.

Al decir esto, su rostro se ensombrece, y no puedo evitar preocuparme, es por ello por lo que le pregunto.

—Tío, ¿no estarás enfermo?

—La salud ya no es lo que era, uno ya tiene una edad para seguir el mismo trote.

—Eso lo entiendo.

—Pero no tienes que temer nada más. Dicho esto, quiero que sepas que dispones de una semana para tomar una decisión.

—No necesito tiempo para eso, sino para decirle que su hijo se marcha.

—En ese caso, lo mejor que puedes hacer es quitar la tirita del tirón.

Mi tío comienza a explicarme su plan y al terminar, me doy cuenta de que la estrategia que ha pensado es brillante.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No tengo nada que objetar —informo sonriendo.

—Bien, creo que tienes trabajo por hacer.

Al salir nos despedimos y cada uno toma una dirección a la mía.

Mi cabeza es un hervidero, mientras camino hacia el edificio donde se encuentra el conglomerado de mi padre. Al llegar veo cómo Megan camina casi corriendo.

—William, tu padre te espera en su despacho.

—Bien, iré ahora mismo.

Pese a que trabajamos en la misma planta, el despacho de mi padre se encuentra en el lado opuesto, por lo que cambio mi dirección. Al llegar toco y entro sin esperar.

—Buenas tardes...

—Al fin llegas. ¿A dónde te has ido? —exclama cabreado.

«Lo que me faltaba, tener que lidiar con su enfado», menciono en mi mente mientras le respondo.

—Son las tres y media de la tarde, ¿dónde crees que estaba? —cuestiono haciendo que bufé como un toro.

—El sarcasmo conmigo no funciona, —expone levantándose de la silla—, he preguntado dónde has ido.

Mi progenitor se acerca a mí y en mi interior, cuestiono si piensa que me intimidará de ese modo.

—He ido a comer, es lo que hace los humanos a esta hora del día.

—William, no juegues conmigo, mantén los pies dentro del tiesto y no pretendas torcerte, pues todavía puedo atarte.

—Padre, puedes dejar de intentar asustarme, hace tiempo que no surte efecto. Deberías saberlo —le informo, sin titubear.

Mi progenitor me aniquila con la mirada, mientras agarra una carpeta y me la tiende.

—Toma, espero que todos los estudios que tienes, te ayuden a encontrar algo, por lo que pueda pagarle un veinte por cierto menos de lo que pide. Si lo haces, lo mismo te dejo para que vengas mañana a la reunión.

Me acerco y la agarro, antes de mirarle a los ojos.

—Será todo un honor poder acompañarte. —El sarcasmo está presente en cada sílaba que digo y eso hace que mi padre me mire por unos instantes, antes de prestar atención a otra cosa.

Al abandonar el despacho de mi padre, no pierdo el tiempo y me marchó al mío. La rabia transita por mi torrente sanguíneo como un caballo a galope.

«Sigue pensando que eres tonto y tus estudios han sido comprados», bufo en mi interior.

No obstante, me sorprende que aún no se ha percatado de los grandes acuerdos que se han cerrado gracias a mí.

Sin perder tiempo, me pongo a analizar el informe de una empresa de componentes electrónicos. Hace unos meses que iniciamos una nueva estrategia comercial. El cambio climático es una realidad, y aunque muchos dicen que es una pantomima, bien que quieren reducir sus facturas, combinando la energía reutilizable.

Paso gran parte de la tarde, buscando ese resquicio al que agarrarme, no obstante, no lo hallo. El sol comienza a caer y eso hace que me cuestione si merece la pena seguir buscando algo.

Capítulo 2

Kiara Smith

«Dios mío, qué dolor». Es lo primero que expresa mi mente. La resaca que albergo, es de un considerable tamaño.

—No vuelvo a salir —anuncio con voz rasposa.

Un gruñido a mi lado, me indica que no estoy sola. Abro un ojo y lo que veo me hace saber que no estoy en mi apartamento. Los ventanales que tengo frente a mí, no pueden ser de mi hogar, el cual, se encuentra en Brooklyn.

Con cuidado, me muevo para abandonar la mullida cama, intentando no despertar al apasionado hombre, el cual, me ha hecho ver las estrellas.

Desplazándome con cuidado, dejo a un lado las sábanas y busco sin éxito mi ropa interior. Casi arrastrándome por la moqueta, encuentro un pequeño trozo de tela, el cual, no hace mucho, era mi tanga. Mi vestido por fin lo diviso, por lo que hago una especie de voltereta en el suelo y poco después me introduzco en el baño.

Necesito vaciar mi vejiga, y por supuesto, lavarme las manos, y de paso la cara. La vergüenza se incrementa en mí por segundos. Yo no hago estas cosas, no termino con un hombre que no conozco en su piso.

Una vez tengo mi cuerpo cubierto por el vestido, abro con mucho cuidado la puerta con la esperanza de que el hombre que me ha hecho ver el firmamento continúe dormido, aunque no tengo esa suerte.

—Buenos días, preciosa. ¿Ya te marchas? —pronuncia con voz sensual, y como Dios lo trajo al mundo.

—Lo cierto es que sí —respondo, levantando la mirada, mientras doy un paso adelante.

—Yo pensé que podríamos disfrutar de la ducha... —anuncia sin pudor, dando un paso más, impidiendo que pueda irme.

La vergüenza que albergaba instantes antes, se evapora, al ver la mirada ardiente que me envía.

Sus manos tocan mi piel desnuda y mi autocontrol vuela muy lejos de allí. Mi vestido vuelve a volar lejos de mí, sus manos recorren mi cuerpo a su antojo y no mucho después termino rodeando sus caderas con mis largas piernas, mientras taladra mi canal con una intensidad que pocas veces he disfrutado.

Los gemidos de los dos es la música que se escucha mientras el agua cae en cascada por nuestras figuras. Un rato después y tras despistarlo, abandono el domicilio, con la vergüenza invadiendo de nuevo mi ser.

Al llegar a mi casa, encuentro una nota pegada en la puerta.

«Quiero los detalles», está escrita a mano y no es complicado saber de quién.

Subo un piso más y llamo. Kate me abre la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pasa, vamos. Te he visto llegar, el café casi está.

Sonrí, ella es la única que conoce toda mi historia y nunca me ha abandonado.

—¡Empieza! —me apremia con la taza humeante en la mano.

—No hay mucho que contar, se llama Will, he dormido unas tres horas y es todo un experto en el tema.

—Eso ya se percibía, pero tú tampoco eras muy cometida, ¡eh!... —indica con sorna.

—Estamos hablando de él —revelo poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, no vuelvo a salir de fiesta contigo y beber tanto. Tengo una tremenda resaca y mañana llega el nuevo CEO.

—Mañana estarás como una rosa, no te preocupes, y por el jefazo, tranquila, seguro que te adora.

—No sé yo... Llevo poco en la empresa como asistente ejecutiva...

—No es momento de dudar, Kiara. Fuiste la mejor de la carrera, eres una de las mejores empleadas, si no la mejor que tienen. Es normal que te hayan puesto con el jefazo.

Sonrío, Kate tiene razón.

Con las ideas más claras, gracias a la conversación y por supuesto por el café y una pastilla, me bajo a mi casa. El resto del día me lo paso ocupada en los quehaceres domésticos.

A la mañana siguiente, me levanto a las seis y media, y tras darme una ducha y vestirme, salgo de casa, una vez he desayunado.

De camino al trabajo, imágenes de lo ocurrido el día anterior, hacen que poco a poco recuerde lo sucedido. Aún me sorprende al sentir cómo me convertí en esa mujer desatada. Aun veinticuatro horas después me duelen las uñas de lo mucho que las clavé. Lo lamento por el pobre hombre, el cual, intuyo que tendrá mucho más dolor por los arañazos que le causé.

Hago una parada en el mismo lugar de siempre. Una pequeña cafetería con mucho encanto, en el cual, disfruto cada cierto tiempo de sus dulces, no obstante, el café es diario. Camino hacia la oficina, con rapidez, dando sorbitos en ocasiones.

Según me voy acercando mi cerebro se pone a trabajar como si ya estuviera sentada frente a mi escritorio,

«¿Cómo será el nuevo CEO?». Es una de las tantas preguntas que me hago.

Sabemos poco de él, salvo que es el antecesor, que es su sobrino, y que fue el mejor al terminar la carrera y el máster que hizo a posteriori. También, esto por parte de las malas lenguas, dicen, que se lo ha robado a su cuñado, con el que no tiene muy buena relación.

Entro en el edificio y saludo a la recepcionista antes de llamar al ascensor. Ya en la planta, camino hasta mi oficina sin encontrarme a nadie, lo cual, es extraño. Sin embargo, antes de entrar, escucho voces en el despacho presidencial, por lo que dejo mis pertenencias personales y camino hasta allí, para presentarme.

En la puerta doy unos toques antes de escuchar el típico adelante. Al escuchar su voz, un pequeño escalofrío atraviesa mi cuerpo, sin embargo, lo ignoro y entro en el interior.

Capítulo 3

William Taylor

No sé las horas que llevo con los ojos pegados a las hojas, pero el sonido del teléfono, provoca que levante la vista. En la pantalla se ve el nombre de mi mejor amigo, Thomas.

—Hola, desaparecido —indica en cuanto acepto.

—Creo que te equivocas. ¿Cuántas semanas llevas viajando? —rebato sonriendo.

—Pues ya no lo estoy. El viernes nos tomamos todas las copas que quieras.

Una vez acordamos el lugar y la hora, colgamos después de unas pocas bromas por parte de ambos.

Al dejar el móvil, veo que es casi de noche, por ello, organizo todo y me marchó a mi apartamento. Pese a que me encanta mi oficio, no soy simpatizante de trabajar más de doce horas al día.

Abandono el despacho y vislumbro que casi todo se halla en penumbra. Llamo al ascensor, el cual, se abre casi de inmediato. Y ya en el interior, pulso el botón del subsuelo.

En el descenso, saco las llaves de mi coche y ya en el interior, arranco sin perder tiempo.

Conduzco por las intransitables calles de mi ciudad y al llegar a mi domicilio, donde me quito la ropa para darme una ducha, justo antes de mirar que me ha preparado la asistenta que tengo contratada.

Al entrar en la cocina, veo en la puerta del microondas que se encuentra un *post*.

«Solo para calentar», reza escrito a mano.

En el interior, mi boca hace que salive demasiado, pues se tratan de macarrones con queso. Uno de mis platos favoritos.

Vestido con un pantalón corto negro, una cerveza en la mano, me acerco a la terraza que poseo, y por unos minutos miro hacia el horizonte sintiendo cómo me relajo.

Este es el mejor momento del día. Llegar a mi casa, el cual, se convirtió en mi refugio cuando mi madre se marchó de este mundo. En la casa donde vivían mis padres me ahogaba, no sentía que fuera un hogar, sino una cárcel.

Una vez el sol se ha despedido por hoy, me giro y caliento mi cena. Entretanto, hago un barrido en mi móvil, por si hay algo interesante. Minutos más tarde, saboreo el contenido del plato.

La misma rutina de siempre, la misma soledad de siempre. Reflexiono en sí será el momento adecuado de encontrar o al menos buscar a esa mujer que haga que me palpite el corazón. Este es el pensamiento que desde hace unas semanas sobrevuela por mi cabeza, sobre todo a estas horas.

Me tumbo en la cama y verifico que tengo la alarma activada para las cinco y media de la mañana. De lunes a viernes mantengo la misma rutina, algo que cambia totalmente los fines de semana.

Al día siguiente, tras mis quehaceres, me marchó a la oficina. Aún no he determinado, como le voy a decir a mi padre, que no podrá rebajar ni un dólar al dueño.

Una vez llego a mi oficina, y me pongo al día con mi secretaria, hasta que me marchó al despacho de mi padre. Al entrar, camino hacia la silla y me siento tras dejar el dossier sobre la mesa.

—Bien, dime, ¿has encontrado algo?

—No. Lo que pide es totalmente justo. De hecho, si se lo rebajas me atrevería a decir que son los beneficios que se llevarán.

—Tonterías, no puede ser. Prefiero que me reconozcas que no eres tan bueno, y te dejes de negarme lo que sé. Puedes marcharte, no te necesitaré en la reunión.

—Muy bien como quieras. Por cierto, a final del día me gustaría que tuviéramos una conversación.

Sin darle opción a réplica, abandono su despacho, pues no deseo darle el placer de que vea mi enfado.

Camino dando grandes zancadas, y en la soledad de mi despacho, pienso en lo que pretende hacer mi padre. No estoy dispuesto a permitirlo. Saco mi móvil y llamo a mi tío.

—Hola, William, ¿en qué puedo ayudarte?

—Tío, escúchame, te voy a enviar los datos de una empresa, y una propuesta de asociación, necesito que te reúnas con el empresario, antes del almuerzo.

—¿Y esas prisas? No lo quieres hacer tú mismo.

—Nada me haría más feliz, pero mi padre pretende comprarla quitándole el poco beneficio que obtendrá. No lo permitiré.

—De acuerdo, espero tu *email*.

—Gracias, tío. Te aseguro que es una oportunidad de oro.

—Estoy convencido de ello.

Cuelgo la llamada y llamo a mi secretaria.

—Anna, necesito que me consigas el dossier de MTR que tiene mi padre con toda la discreción posible.

—Por supuesto. Ahora mismo.

Sin perder tiempo, me siento y comienzo a escribir la propuesta para la empresa. Cuando llega mi secretaria, solo busco los datos que me hace falta y los anexo, antes de cambiar el *email* de salida, de la empresa por el mío personal, y escribir el correo de mi tío.

Al enviarlo, una sonrisa de satisfacción se instala en mi cara.

«Te acabo de joder, una pequeña venganza por tantas humillaciones», menciono en mi mente.

El resto del día, me dedico a trasladar algunos datos que sin duda me ayudarán a ser mejores que esta empresa. Todas aquellas empresas que mi padre paga mucho menos de lo que debería.

Y para culminar, cuando cae el sol, mi tío Charlie y yo caminamos hacia el despacho de mi padre con una simple hoja portando en mi mano.

—Adelante —resuena en el interior al llamar.

Al entrar, mi padre, al saber que soy yo, durante unos segundos ni siquiera aparta la mirada del ordenador.

—Intenta ser breve, estoy ocupado. ¿Qué quieres decirme? —pregunta todavía sin darse cuenta de la persona que está a mi lado.

—Nunca pensé que te faltara tanta educación —menciona mi tío.

No ha pasado ni dos segundos, en el instante, en que mi padre fulmina con la mirada al hermano de mi madre.

—¡Qué diablos haces en mi empresa! —retumba en el despacho.

En ese momento, me aproximo a mi padre y deposito sobre la mesa el folio, donde se ve claramente en el encabezado.

«Carta de dimisión».

Capítulo 4

Kiara Smith

Intento recomponerme de la sorpresa con rapidez, al menos, para que él no lo perciba.

«De todos los hombres de la ciudad, tenía que ser él». Manifiesto, frustrada.

Por suerte no está solo, en la estancia se encuentra el antiguo CEO, y su secretaria.

—Buenos días, vengo a presentarme.

—Kiara, deja los formalismos —saluda Charlie con afecto—, pasa, te quiero presentar a mi sobrino William. Hijo, te presento a tu nueva asistente ejecutiva, Kiara Smith. Estoy seguro de que formaréis un gran equipo.

«Ya te digo que nos compenetrarnos bien», manifiesta mi diablera.

Camino observando sus gestos, algo que me indique que ahora mismo abrirá la caja de Pandora al decir que ya me conoce, no obstante, eso no ocurre.

—Hola, Kiara —explica, extendiendo su mano.

Sin pensarlo, se la estrecho, sintiendo cómo un rayo me atraviesa. Escucho cómo Charlie comienza a hablar y dirijo toda mi atención a aquel hombre, la cual, no tengo ninguna intención en desaprovechar.

—Bueno, ya están las presentaciones —manifiesta Charlie con una palmada—. Vamos a informar de todo a...

En ese instante, unos gritos procedentes del vestíbulo nos alertan. El antiguo CEO frunce el ceño y camina hacia la puerta. En ese momento vemos como un hombre más o menos de su edad, se acerca dando grandes pasos, gritando la misma frase.

—¿Dónde está? —vocifera como si quisiera cortarle la cabeza.

—¿Buscas a tu hijo? —cuestiona mirándole—. Está ocupando el lugar que le corresponde —expone hinchando el pecho.

El desconocido se acerca y al ver que se trata del despacho de presidencia, se pone rojo, mientras continúa acercándose. El hombre entra en la estancia y mira a cada uno de nosotros con rabia y desagrado antes de mirar fijamente al nuevo CEO.

—Eres un traidor. Abandonar a tu padre para conseguir este puesto sin mereértelo, es lo peor que has podido hacer.

Las palabras cargadas de rabia, son como dardos envenenados, no obstante, al nuevo directivo, parecen no afectarle.

—¿Has terminado? —indica con templanza y el desconocido, o sea perdón, el progenitor, le mira todavía más furioso.

—Sí.

—Bien —responde—. Caballeros acompañen a mi padre hasta la salida y la próxima vez que se persone en el edificio quiero que se me avise de inmediato.

Los agentes de seguridad se posicionan a su lado y el hombre decide recapitular, sin embargo, antes de irse vocifera.

—Espero que arruines esta empresa y vuelvas con el rabo entre las piernas. Es lo que te mereces por ser un desagradecido.

Todos damos un respingo por el odio que va implícito y al desaparecer, Charlie, cierra de nuevo la puerta y se acerca mientras habla.

—Ese que acabáis de conocer era el marido de mi difunta hermana. No tengáis miedo por sus palabras, no son ciertas, aunque sí que debemos estar alerta, pues, le gusta jugar sucio.

Nada más acaba de decirlo, hago una anotación en mi mente para tener muy presente.

—Bien, ahora que no habrá más interrupciones, vamos a poner al día a mi sobrino para que pueda comenzar a tomar decisiones.

Primero Rachel y después yo, le explicamos lo más urgente y tras darnos unas directrices, abandonamos el despacho, aunque en mi caso, solo por un par de horas, pues debo ocuparme de una reunión de equipos que, por razones obvias, tengo que asistir, para después contar a mi nuevo jefe todos los avances.

Dicha reunión está programada en la sala de reuniones dos, la cual, está, en la planta inferior, es por ello, que elijo bajar por las escaleras. Al llegar, todos están en sus puestos y yo ocupo mi asiento correspondiente.

Durante más de dos horas escucho las ideas que tienen nuestro equipo creativo para el nuevo complejo que vamos a construir en Fort Myers, en la soleada Florida.

Cuando acabo la reunión, y sin perder más tiempo del debido, devuelvo los pasos dados anteriormente y ya en la planta superior, le pregunto a Rachel, si puedo pasar.

—Te está esperando, pasa. —La sonrisa que me envía, infunde el valor suficiente para adentrarme en la cueva del lobo.

Unos golpes en la puerta y un adelante, es lo que ocurre antes de pisar por segunda vez ese despacho.

—Pasa, Kiara, te estaba esperando —pronuncia mirándome desde su mesa.

Con pasos seguros, camino hasta sentarme en la silla que hay frente a la mesa.

—Kiara, antes de que comiences a informarme, me gustaría aclarar nuestra situación personal —asiento y él prosigue—. Está claro que ninguno de los dos se esperaba que nos volviéramos a encontrar, por lo que lo más lógico es que olvidemos aquella noche, y trabajemos codo con codo, por convertir esta empresa en un referente.

—Estoy de acuerdo. He trabajado mucho por tener este puesto.

—Perfecto. Sobra decir que nadie externo debe enterarse de lo que pasó el viernes por la noche.

—Exactamente.

William me observa con ojo avizor, intentando encontrar alguna duda en mí, sin embargo, no la encontrará.

—Bien, Kiara, aclarado este punto, cuéntame todas las novedades del proyecto.

Le hago entrega del *dossier* y procedo a contarle todas las ideas que se han valorado y cuáles hemos aprobado.

—El presupuesto es un poco ajustado, no debemos salirnos mucho de él —indica tecleando en el ordenador.

—Lo sé, antes de terminarla lo he dejado claro.

—Perfecto. Me gustaría revisar los demás proyectos contigo, saber en qué punto están.

—Sin problema —indico pareciendo ser eficiente y responsable.

Ese parece ser el pistoletazo de salida, pues William pide a su secretaria y a mía, tres de los diez proyectos que tenemos en este momento.

Durante horas le explico los planos, las expectativas y comprobamos los presupuestos, al menos hasta que a las siete de la tarde, cerrando la carpeta, me anuncia que por hoy ya está bien.

Al ver mi confusión comienza a informarme.

—Kiara, para que seamos eficientes, debemos tener un horario establecido de trabajo. Dentro

de poco verificarás los resultados.

—Comprendo.

—No soy partícipe de trabajar más de doce horas al día.

—Gracias por informarme, desconocía ese dato.

—No hay nada que agradecer, mañana mandaré un manifiesto para todos los empleados. Hay gente que tiene un horario establecido, pero según escalas, esa contención desaparece, cuando debería ser mucho más gruesa.

Comprendo lo que dice, pero eso no significa que no me choque, pues con mis anteriores jefes, me pedían casi que durmiera en la empresa con tal de tener todo terminado.

Capítulo 5

William Taylor

La vida suele ser sorprendente y en ocasiones una perra. En New York residen más de ocho millones y medio de habitantes, es casi un milagro volver a encontrarte con alguien, no obstante, resulta que la mujer con la que pasé una noche increíble, ahora es mi asistente ejecutiva.

«¿Qué alguien me explique cómo voy a trabajar con ella, sin querer desnudarla y embestirla igual que un desquiciado?».

«Tendré que preguntar a mi amigo, Thomas, por si se ha encontrado en esta tesitura». Reflexiono una vez me he despedido de Kiara.

Esta mujer tiene algo que altera mi ser, calienta mi alma y enciende una parte de mi anatomía, la cual, hasta hace unos días, la tenía más que controlada.

«Tenías», repite mi subconsciente. Lo cual hace que mi miembro se hinche más.

La verdad es que bien podría tener algunos encuentros con ella, dejar claro que solo es sexo, sin ataduras, pero desconozco si ella aceptaría y tampoco creo que sea una buena idea, mezclar trabajo y placer.

Desecho la idea, al tiempo que camino hacia el ascensor. Kiara en ese momento sale hablando con la que parece ser su abuela. Sonríe al escuchar cómo habla con su interlocutor de forma cariñosa.

—Sí, tengo la lista. Iré a casa para cenar. *OK*, hasta dentro de un rato.

Cuelga la llamada en el instante en que llega el ascensor, por lo que los dos nos introducimos. Ella pulsa el vestíbulo, y yo el sótano.

El silencio se instala en el habitáculo y decido romperlo con una frase.

—Esa es una de las ventajas de salir pronto. —La cara interrogante de Kiara propicia la conversación que pretendo—. Sí, poder salir, cenar, disfrutar de algo más que no sea trabajar.

—No te voy a quitar la razón, pero tampoco creo que sea algo que siempre esté en nuestra mano, te sorprenderías la cantidad de imprevistos que ocurren al día.

—Lo sé, pero quiero que todos los que trabajen con nosotros se sientan felices, que puedan acostar a sus hijos, o cenar con su mujer si así lo desean.

Nada más termino de decir la frase, las puertas se abren en la entrada principal y ella, con una pequeña sonrisa, se despide. Lo último que veo antes de que las puertas se cierren es un hipnótico movimiento de caderas al caminar.

Con esa imagen en mi cabeza llego a mi planta, camino hasta mi coche y conduzco hasta mi apartamento. Una vez ya en el interior, dejo las llaves en su lugar y me dirijo hacia mi dormitorio. No obstante, una llamada hace que cambie mi dirección y mis pensamientos cambien de forma radical.

—Buenas tardes, ¿qué puedo hacer por ti, padre? —pregunto tras descolgar sentado en la cocina.

—Puedes hacer muchas cosas, por ejemplo, volver a tu sitio en la empresa.

—Pensé que ya estaba todo aclarado.

—Y yo supuse que tenía un hijo más inteligente. ¿Qué pretendes que haga con la empresa cuando me jubile?

—Puedo comprártela, ¿vas a venderla ya?

—Como que vas a comprármela, ¿es tuya!

—¿Mía? ¿Ahora ha cambiado el discurso? Vaya —menciono asombrado.

—¡William Norton! —exclama haciéndome estallar.

—¡No me llames así!, —grito soltando toda la frustración—, me llamo William Taylor, ya te dije hace tiempo que no iba a compartir apellido con esa mujer.

—Déjate de tonterías, son cosas diferentes, ella es la mujer que calienta mi cama, ¡tú eres mi hijo! ¿Qué querías que hiciera?

—No sé, tal vez, guardar luto, salvaguardar la memoria de mi madre, la misma que te esperaba durante horas en casa, con la cena preparada, solo para recibir migajas. Eso es lo que tenías que hacer. ¡Dime que quieres de una vez!

—Quiero que vuelvas, quiero que ocupes tu puesto y no trabajes en esa empresa. ¿Vas a obedecer?

—No —zanjo la discusión con esas dos letras.

Segundos después escucho el inconfundible pitido, anunciando que me ha colgado. Suspiro y me levanto para beber un poco de agua y así calmarme.

Mi padre siempre has sido un ser egoísta, eso no le molesta. Lo que de verdad le hace rabiar, es que se quede solo. Y algo me hace intuir que comienza a darse cuenta.

Con las ideas más claras, me voy a duchar y preparo un plan, el cual, iniciaré mañana mismo.

Antes de acostarme, verifico todo, y me acomodo para dormir hasta el día siguiente. No obstante, mi sueño no es tan reparador como siempre, pues en mi descanso se ha colado una persona con nombre y apellidos. Kiara Smith.

Cuando despierto, me sorprende al darme cuenta de que estoy más duro que un diamante. Y pese a todos los intentos que hago por bajarlo, solo uno es efectivo. Gracias a mi mano, y a mi espléndida memoria, la cual, rememora las curvas de mi maravillosa asistente.

«Estoy jodido», asumo todavía en la soledad de mi apartamento.

Al llegar a la oficina, accedo a mi despacho, y poco después entra Kiara con Rachel, donde ambas me informan de todo y al acabar, Rachel se marcha, mientras que Kiara permanece sentada, pues vamos a seguir donde lo dejamos ayer.

Por suerte, mi capacidad de concentración no ha mermado desde que ella está en mi vida, no, así como el control de mi miembro, el cual, vuelve a estar preparado para taladrar su canal favorito, el de Kiara.

Durante horas hablamos sobre proyectos, socios, inversores, y demás temas de interés. Incluso no hemos salido a comer, aunque mi secretaria nos ha abastecido de todo lo que hemos precisado.

—Bueno, pues eso es todo —indica Kiara al darse cuenta de que hemos terminado.

—Eso parece. Para serte sincero, esta mañana pensaba que no acabaríamos.

—Ya... —murmura antes de suspirar—, imagino que tu tío tenía razón al decir que haríamos un buen equipo —menciona y segundos después veo cómo se arrepiente del comentario.

—Mi tío es un hombre con una intuición muy alta.

—Sí, lo sé. Bueno... Voy a dejar esto en mi despacho y me voy.

—Muy bien, hasta mañana.

No desvío la mirada cuando se va, pues su movimiento de caderas, mientras se aleja, es tan hipnótico como el canto de una sirena. Al cerrarse la puerta, el hechizo se disipa y atraído por otro fenómeno, me levanto para observar a través de los ventanales. El sol comienza a bajar, y soy consciente de que hoy no veré el atardecer desde mi apartamento, por lo que me quedo ahí parado, disfrutando de las vistas.

El edificio de Taylor Enterprise, se halla en el distrito financiero, más concretamente con el barrio de Seaport, en Manhattan. Sin pretenderlo, me sorprende al comparar las vistas que disfruto desde aquí y las que tenía en el otro despacho, cerca de la torre Lower Manhattan, al sur de la calle catorce.

«No hay comparación, aquí me siento tranquilo, mientras que el otro sitio, me encontraba constantemente enjaulado».

Capítulo 6

Kiara Smith

Abandono el edificio, sintiendo como poco a poco vuelvo a ser dueña de mis actos. No puedo negar que este hombre me altera, provoca que mis hormonas se revolucionen del mismo modo que una adolescente.

«¡Por el amor de Dios, que falta poco para que cumpla veinticinco años!», me regaño en mi mente, al tiempo que camino hacia la parada de autobús.

Hoy, al decirme que nos marchábamos pronto a casa, he optado por ir a llamar a mi tía y decirle que acudía a verla. Por regla general, solo lo hago los sábados, y si no tengo ningún viaje.

De la familia, con la única que tengo contacto, es con Alice, la hermana mayor de mi madre, pues la ambición nunca la visitó, no, así como a mi madre.

Subida al autobús, llamo a Kate y le cuento las novedades. Estoy segura de que va a flipar como me ha pasado a mí.

—Hola, morena —exclama al descolgar—. Que pronto me llamas.

—Pues más te vas a sorprender cuando te diga que ya he salido del trabajo.

—¿Y eso? ¿Estás enferma? ¿Te han echado? —suelta una retahíla de preguntas sin dejarme responder—. ¡Joder, habla!

—Sí me dejarás... No es nada de eso. Resulta que a mi nuevo jefe le gusta que tengamos vida personal.

Se hace un silencio y dejo que lo asimile por unos segundos.

—Ya me cae bien tu jefe —expone y por su tono de voz sé que está sonriendo—. Y dime, ¿está bueno?

«Ya tardaba en salir la pregunta».

—Tan bueno, que no tengo que darte muchos datos porque ya los conoces.

—Venga, explícate un poco mejor, que eso no lo entiendo. ¿Cómo que ya los conozco?

—Sí, porque es el mismo hombre del viernes por la noche.

Un tremendo silbido sale de su boca, y es tan alto, que debo apartar el móvil de mi oreja.

—No me lo puedo creer, tienes más suerte que el presidente de la nación, qué digo, tienes más suerte que portando un trébol de cuatro hojas.

—Kate, no opino que esto sea suerte, más bien es una maldición. ¿Sabes los pensamientos que he tenido todo el día?

—Me los imagino, y luego dices que no tienes suerte. Ahora cada vez que te pique, le puedes decir que te lo rasque —manifiesta, y no sé si es de broma.

—¿Cómo supones que voy a hacer eso? —exclamo asustada, aunque no es ninguna tontería.

—Calma, gatita. Es una broma.

—Sí, claro —musito con el corazón acelerado—. Tú con bromas y yo casi con ansiedad.

—No entiendo por qué —prosigue perspicaz.

—Pues por qué es mi jefe, la persona con la que voy a trabajar mano a mano todos los días, el mismo que me tiré una noche y para ser sincera deseo que se repita.

—Pues ya está, te lo tiras una, dos, cinco, las veces que te dé la gana, caray qué complicada eres en ocasiones.

—Ya claro, pues no creo que pueda ser. Me ha dejado muy claro, que esa noche tiene que

quedar en el olvido y entre nosotros cuatro.

—¿En serio? —exclama incrédula—. Has ido a dar con un jefe honrado en New York, ¿dónde hay más capullos por metro cuadrado que edificios?

—Tal cual.

—Pues nada, amiga mía, no te preocupes, por suerte, encontrar hombres con los que quitarnos las penas, no es una tarea complicada. El viernes nos vamos de nuevo de juerga.

Meneo la cabeza, pues mi amiga es única. Pero oye, que por una vez ha dado en el clavo con lo que necesito.

Tras unas palabras más, colgamos y yo me bajo del autobús.

Una vez compro lo que me ha pedido, se lo llevo a casa y me pongo a charlar un poco con ella.

—¿Qué tal el trabajo entonces? Ya has conocido tu nuevo jefe.

—Sí, tía. Hoy ha sido el primer día, es pronto para saberlo, aunque se ve que es muy listo.

—Me alegro mucho. Además, como me has dicho, le gusta que salgáis a una hora razonable y no por la noche, como otros te hacían...

—Tía, cada uno es diferente. Bueno me marchó. Si te urge algo, me avisas.

—Como siempre, mi sobrina tan eficiente. No necesito mucho, solo quiero que seas feliz y que encuentres a alguien para compartir tu vida.

—Todavía soy joven, —expongo riéndome—, ya llegará.

Unos minutos después camino hacia la parada de metro para irme a mi casa. Y al llegar lo primero que hago es llenar la bañera, pues pocas veces puedo hacerlo.

Tras un baño reparador, una cena ligera y ver un capítulo de una serie de televisión, me marchó a la cama, para disfrutar de un sueño reparador, no obstante, no lo es tanto, pues mi querido jefe, William Taylor, se ha colado en él.

Al día siguiente, cuando el despertador comienza a sonar, me levanto y mientras hago mis rutinas, me mentalizo para la jornada laboral en compañía de mi jefe.

Ese día me visto con un vestido de color azul marino, y en los pies me calzo unas botas que me llegan hasta la rodilla. De camino a la oficina, reviso el *email* de la empresa y verifico que no hay nada urgente.

Llego a mi despacho unos minutos antes de la hora de entrada y tras dejar mi bolso y coger la *tablet*, camino en el mismo momento en que Rachel lo hace también.

Ambas nos presentamos en la puerta del CEO y una vez su secretaria le ha informado de todo, se marcha, continuamos con el trabajo que ayer dejamos incompleto.

Durante horas, trabajamos codo con codo, y sin ninguna complicación. Para nuestra sorpresa, antes de que se haga de noche, logro terminar de ponerlo al tanto.

Y tras intercambiar unas cuantas frases, me marchó a mi despacho, desesperada por respirar hondo y relajar las pulsaciones de mi corazón. He estado a punto de tirarme encima de él, y pese a todo lo que dice, reconozco que ambos nos sentimos atraídos.

«Mejor dejarlo así, no es bueno mezclar sexo y trabajo», reflexiono en mi mente.

No obstante, no puedo reprimir las ganas de verlo por última vez. Lo encuentro parado frente al ventanal, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, el cual, le sienta de maravilla, y una camisa blanca. Esa espalda que conozco tan bien, pues me agarré a ella, en dos ocasiones, las mismas, que empotré contra la pared, para embestirme como un animal.

Me humedezco de tal manera al recordarlo, que no puedo evitar correr para huir de la tentación.

Capítulo 7

William Taylor

Por regla general, la primera semana en cualquier trabajo siempre es estresante, aunque en este caso, debo reconocer que no ha sido así por fantástica asistente ejecutiva de la que dispongo.

No obstante, el resto no mejora, sino que empeora por días. ¿Pensaréis? ¿Qué puede ser tan malo? Pues el dolor de huevos que tengo a diario y las persistentes ganas que tengo de empotrar a mi asistenta contra la pared.

Y encima, he notado como en espacios de trabajo está tranquila, pero cuando el tema no es tan profesional, huye de mi lado como si tuviera la peste. Eso no sería algo extraño si no fuera porque he sido listo y he sabido interpretar las señales que me envía su cuerpo.

Sí, a ella también le ocurre lo mismo que a mí, se siente atraída del mismo modo que yo, no obstante, los dos somos ¿testarudos?, ¿cabezotas? Puede ser, pero ambos nos hacemos los fuertes.

«Debes buscar otra, para quitártela de la cabeza».

«¡Eso es!».

Con ese plan en mente, llamo a mi colega de juergas.

—Tomamos algo esta noche —propongo a mi amigo, tras los saludos.

—Claro, donde quieras.

—Podemos ir al mismo de la semana pasada, estaba bien... —manifiesto, de forma despreocupada.

Mi amigo da el visto bueno y yo hago un gesto ganador con el brazo. Justo en ese momento veo como Kiara, sale de su despacho y habla con Rachel.

—La verdad, es que yo os envidio, salir cada semana, ¡quien pudiera! —exclama Rachel.

—Bueno, yo tengo claro que solo es una etapa. Seguro que te has divertido tanto como yo —responde Kiara con cariño.

—Sea como sea, disfruta de tu noche de chicas. Seguro que te salen muchos pretendientes.

—Eso espero. Necesito liberar tensiones... —revela abanicándose.

Ambas se ríen y mi miembro se mueve, no conforme con esa información.

Kiara se marcha y yo espero un poco antes de irme. Cojo la chaqueta y mi móvil, antes de salir.

—Rachel, me marchó.

—Perfecto, señor William, estoy esperando solo que venga el cartero para que se lleve estas cartas.

—Perfecto. Te deseo un feliz fin de semana. Hasta el lunes.

Llamo al ascensor y segundos después se abre, aunque no esperaba chocarme con Kiara, la cual, sale en ese momento con la fuerza de un ciclón. En un acto involuntario, mis manos se sitúan en sus caderas y su boca queda a escasos milímetros de la mía.

—Perdona —musita sin moverse.

—No te preocupes —respondo igual.

Kiara se encuentra tan pegada a mí, que, por razones obvias, nota mi creciente erección. Sus ojos se abren y en ellos percibo pasión, lujuria, no lo reflexiono y la insto a caminar de nuevo a dentro del ascensor, antes de que se cierren las puertas.

En el interior, pulso el botón de *stop*, antes de atacar su boca como un animal. Mis manos aprietan su cuerpo contra el mío y ella gime de puro gozo.

Abandono su boca y reparto besos por su cuello.

—Will...

—Mm...

—Esto no está bien. Eres mi jefe —indica separándome de ella.

El frío hace acto de presencia, de inmediato. Asiento, dándole la razón, pero, en segundos, me arrepiento.

—Joder, Kiara.

—Sí, eso mismo casi hacemos aquí, joder. Pero eres mi jefe, no podemos hacer esto. Seamos profesionales.

Me paso las manos por mi pelo furioso. Tiene razón, ya te digo si la tiene, pero la deseo con tantas ganas que no puedo evitarlo. No obstante, la cordura vuelve en el momento apropiado y tras unos segundos intentando relajarme, lo consigo.

—Tienes razón, perdóname. Voy a poner todo de mi parte.

Kiara asiente y se mueve para volver a poner el ascensor en marcha. Las puertas se abren en nuestra planta y ella sale tras dedicarme una mirada que no sé descifrar.

Abandono el edificio en mi coche y me marchó a mi casa, con un solo pensamiento en mi mente. Buscar una mujer que haga que me olvide de mi asistenta.

Unas horas después, y tras haber ingerido algo, me marchó al lugar donde he quedado con Thomas. La discoteca, por supuesto, está a rebosar. Es uno de los locales de moda que hay en este momento y todo el mundo quiere acceder, aunque muchos se quedan con las ganas.

Mientras me adentro las miradas que las féminas me dedican, me hace indicar que hoy tendré dónde elegir. Encuentro a mi amigo en la barra, y tras nuestro saludo, pido un combinado con ron.

Ambos sabemos lo que hacemos aquí, buscar alguna mujer que quiera pasar un buen rato, y sobre todo sin ningún compromiso.

No pasa mucho cuando un grupo de chicas se nos acercan y se ponen a hablar. Madre mía, la morena que se pone a mi lado, no pierde el tiempo y apoya la palma de su mano muy cerca de donde está mi bestia.

Su mirada lasciva y el movimiento de su lengua repasando su labio inferior, hace que no espere mucho más y la saco a bailar, aunque antes me bebo el contenido de mi bebida de un trago.

La llevo a la pista de baile, y me meneo con ella muy cerca. No se me da mal, e intuyo por lo bien que nos compenetramos en la pista, que el movimiento de caderas en la cama será todo un festín. Estoy tan absorto que no me percató de un par de ojos, los cuales, observan todo el espectáculo que protagonizamos con un gran cabreo.

Un par de horas después, me hallo con la morena cabalgando mi largo falo, gimiendo como una posesa, mientras yo me cabreo en mi interior, pues por más que lo he evitado, mi mente se empeña en recordar a otra mujer. Kiara.

Capítulo 8

Kiara Smith

Maldigo mi mala suerte unas quinientas veces. ¿Por qué soy tan tonta? He pensado que era especial para él, hasta me atreví a creer que tendría un final feliz en cuanto amor se refiere... ¡Y una mierda!

Cuando me separé de él en el ascensor, hui al aseo, no podía permitir que me viera Rachel de esa forma. Por mucho que sea una mujer en la relativamente confío, nunca se sabe hasta dónde puede ser así.

No quiero ser la comidilla de la empresa, el eslogan lo tendrían superfácil, la asistenta que engatusó al jefe. ¡No, me niego!

Con el rostro un poco más recompuesto, salgo y camino de nuevo al ascensor. Lo que vine a recoger, se quedará ahí hasta el lunes, además no es tan importante.

En el exterior del edificio respiro hondo e intento convencerme de que lo mejor es mantenerme al margen. Buscar a cualquier tipo con el que desfogarme, pero de ninguna manera sería con mi jefe.

—Ese está prohibido, Kiara —revelo en voz alta. Por suerte el alto ruido que siempre hay, evita que alguien lo escuche y me califique como una loca.

Con la decisión tomada, camino en dirección a mi casa. Hoy saldré de fiesta, buscaré algún tío que quiera sexo, y liberaré las tensiones que llevo acumulando toda la semana.

Al llegar a casa, me preparo una cena ligera y busco un vestido que sea corto, pero también atrevido. Lo encuentro con facilidad, de color verde agua, es perfecto, pues el verano está casi al caer.

Kate aplaude al verme ya preparada para salir y yo omito lo ocurrido hace unas horas con mi jefe. Tras valorar las opciones, decidimos ir al mismo de la semana pasada.

—Kiara, los hombres como ellos, no repiten en esos sitios y además tengo pases VIPS... ¿Vamos a desaprovecharlas?

—No, tienes razón —manifiesto al final.

Cerca de las once de la noche, atravesamos la puerta del local y no perdemos el tiempo. Bailamos varias canciones, mientras damos sorbos a nuestros combinados y tanto Kate como yo coqueteamos con algunos hombres...

Cantantes de todo tipo suenan mientras nos decidimos con cuál nos quedamos. Casi estoy convencida de que el hombre que tengo pegado a mi cuerpo, es una de las mejores opciones para llevarlo a una habitación de hotel, cuando una pareja llama mi atención.

Maldigo mi mala suerte, al ver que se trata de mi jefe, con una exuberante morena. Bailan tan compenetrados que ni se percata que les fulmino con la mirada. En ese momento, unas ganas inmensas de venganza se adentran en mi cuerpo, por eso, espero hasta que se vayan para ir al mismo que él.

Estoy segura de que no la llevará a su casa, no como hizo conmigo, se ve que es un aquí te pillo y aquí te mato. Lo mismo que yo busco.

El hombre, de nombre David, espera ansioso mi indicación para irnos y la consigue un poco después.

Siguiendo los pasos del cabrón de mi jefe, entramos en el mismo hotel y para mi sorpresa, mi

amante se ofrece a pagarla entera. Poco después, me encuentro en la cama, desnuda, con mi amante dando a la zambomba, aunque por más que cierro los ojos y los abro de nuevo, aunque el goce que tenga sea increíble, y haga que llegue al orgasmo dos veces, el causante de todo ello, no es David, sino William.

«Estoy jodida», reflexiono en mi mente mientras me visto.

El sol comienza a asomar por el horizonte cuando abandono el hotel, y camino hacia la parada de metro para volver a mi casa. La sensación que tengo en el cuerpo no me gusta, no deseo sentirme así, es por eso, que no saldré en un tiempo de fiesta, o al menos no me acostaré con ningún hombre.

No voy a utilizar al género contrario por mucho que se lo merezcan, si nos empeñamos en actuar de ese modo, ¿qué camino tendremos?, ¿hasta dónde llegaremos? Desde luego, no será bueno y suficiente, ya tuve años atrás para entrar en otro círculo vicioso, pues del otro me costó mucho tiempo salir y sobre todo indemne.

Una vez llego a mi apartamento me desnudo para ducharme y tras desayunar me meto en la cama para dormir. Horas después ya despierta gracias a Kate, comemos palomitas y chucherías mientras vemos una comedia romántica.

Ninguna de las dos ha dicho nada de lo ocurrido la noche anterior, por eso me sorprende que Kate me diga antes de irse a dormir.

—Kiara, no quería decírtelo, pero ayer tu jefe estaba en la discoteca.

—Lo sé. Lo vi acompañado de una morena. ¿Qué ocurre?

—Tú te acuerdas de Thomas, el amigo de él.

—Sí, claro. ¿Por qué me dices eso?

—Por qué me fui con él, no con el otro —confiesa y yo me quedo alucinando.

—¿¡Qué!? Kate Mason ha repetido con un tío —repito alucinando.

—Sí, pero con uno que sabe lo que hace —confirma haciéndome reír.

—Vale, OK, no te voy a preguntar nada más —revelo caminando hacia la nevera.

—Ya, pero yo sí. ¿Puedes decirme por qué mirabas a tu jefe como si quisieras ahorcarlo y a la morena descuartizarla?

Me quedo parada, no he llegado a abrir la puerta del frigorífico, solamente tengo la mano apoyada en el picaporte. Kate espera desde el mismo sitio.

Unos segundos después, me giro y le confieso.

—Es un quiero, pero no debo. Es mi jefe, me atrae como un imán, aun así, no puedo perder mi puesto, mi trabajo.

—Entonces, ¿qué harás al respecto?

—Me voy a enfocar en el trabajo, siempre me ha funcionado.

Kate asiente, aunque no la percibo muy convencida. Poco después se marcha y yo decido que un vaso con leche está genial, antes de irme a dormir.

El domingo, sin perder mi rutina, hago todo lo que acostumbro a hacer y al caer la noche, preparo todo para el día siguiente. Mentiría si dijera que no he pensado en él, que no me he tocado, imaginando que es él, pero esto no puede ser. Ahora es el momento de ser fuerte.

Capítulo 9

William Taylor

Nada más llego a casa, me voy a la ducha. No me he querido duchar en el hotel, pues no deseaba pasar más tiempo con esa mujer. Varios pensamientos, y no muy agradables, se pasean por mi mente.

«William, reconoce que estás jodido», escucho en mi mente, cortesía de mi conciencia.

Es cierto que pocas veces la escucho, pues no suelo llevar la contraria a lo que deseo, pero en esta ocasión no me queda de otra, pues no soy yo quien lo ha dejado demasiado claro.

El sábado lo paso en casa, planificando la estrategia que voy a llevar a cabo en la empresa. Ahora que estoy informado de todas las obras, tengo que darme prisa y modificar algunos proveedores antes de que sea demasiado tarde.

Es por la tarde, cuando Thomas me llama a mi móvil.

—Hola, Will. ¿Te pillo en un buen momento o sigues con la morena?

—Para nada, hace horas que la despedí en el hotel.

—Ah, vale. Oye, ¿cuándo pensabas decirme que tu asistente es la misma tía con la que te liaste el fin de semana pasado?

—¿Cómo dices? ¿Cómo sabes tú eso?

—Primero porque vi cómo te fulminaba con la mirada y después porque su amiga me lo dijo antes de irnos juntos.

—Oye que bien, ¿no? —intento cambiar el tema, pero mi amigo, me conoce muy bien—, ¿y ya la has despedido?

—Pues claro. He desayunado y almorzado unos manjares que pocas veces se pueden disfrutar, pero no me cambies de asunto. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Ven a casa que te lo cuento con una cerveza.

—Joder, sí que debe de ser grave. Voy saliendo.

—Perfecto.

Cuelgo la llamada y camino a la cocina para verificar que hay suficientes botellines enfriándose. Tras eso, miro que puedo poner para picar. Unas patatas fritas y algunas cosas más las dispongo en varios tazones antes de que llegue.

Abro la puerta y tras chocar las manos, caminamos hacia la isla.

—Bueno, aquí estoy. Soy todo oídos.

Resoplo, y comienzo a contarle todo lo acontecido desde que el lunes a primera hora, mi asistente, la misma que ese fin de semana me había beneficiado en varias ocasiones, era la misma mujer que mi tío había elegido para ser mi asistente ejecutiva.

—Estás jodido —sentencia cuando acabo con el suceso de la morena en el hotel.

—Ya lo sé —resoplo, mientras revuelvo mi pelo con mis manos.

Ese gesto solo lo hago cuando lucho conmigo mismo y mi amigo lo sabe muy bien.

—¿Y qué puedo hacer? Ella me ha dejado claro que no quiere mezclarlo, y yo me muero por volver a enterrarme en ella.

—Will, es muy sencillo. —Anuncia Thomas como si nada—, tienes que hacerla cambiar de opinión, poco a poco. Mostrarte indiferente, pero a la vez, dejarla ver lo bueno que sería mezclar ambas cosas. Vamos hombre, mi amigo nunca se ha rendido y menos por algo que te importa.

—Te quiero confesar algo. Llevo unas semanas que pienso que tal vez ha llegado la hora de sentar la cabeza, de buscar a una mujer, y aunque parezca una locura, hace una semana, cuando estuve con Kiara, algo en mi interior me dijo que ella era la indicada.

—¿Y después de decirme todo esto, le harás caso? Mi amigo William sacaría su artillería pesada para derribar todas las barreras.

Lo miro y estoy flipando. Nunca imaginé que Thomas me diría algo así, de hecho, siempre he opinado que se reiría de ello. No obstante, en algo de todo ese discurso ha dicho algo que es tan verdad como la estatua de la libertad. Nunca me he rendido, y ella no será la primera.

Con las ideas un poco más claras, se lo agradezco a mi amigo y poco después le pregunto por la rubia.

—Me tiene loco, tío. Es tan fogosa como yo, es puro fuego, me reta constantemente y eso me encanta.

—Eso es una novedad... —revelo levantando las cejas—, no estarás...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —interrumpe, levantando las manos—, tanto ella como yo no queremos eso. Me lo ha dejado tan claro como el agua.

—No sé... Bueno, yo en ese tema no me meto, que ya tengo suficiente con el mío.

—En eso te doy la razón. Venga brindemos —levanta el botellín en lo alto.

—¿Por qué? —cuestiono, aunque algo me intuyo.

—¡Brindamos porque mi hermano está fuera del mercado!

Lo levanto para darle el gusto y chocamos antes de beber.

Poco después nos hallamos bebiendo y comiendo *pizza*, mientras vemos un partido de béisbol. Unas horas después, mi amigo se marcha a su casa, tras una frase de apoyo.

—Will, no pienses como hacerlo, simplemente, hazlo.

Un rato más tarde, reflexiono sobre las palabras de Thomas, aunque un mensaje de mi tío, hace que cambie mis pensamientos en segundos.

—Hola, sobrino, el lunes a las nueve, tenemos reunión en la empresa para presentarte formalmente, te veré allí.

Tras leerlo unas tres veces, le respondo con un de acuerdo y poco después comienzo a preparar mi discurso. Debe de ser algo diferente, que no lo esperen.

El domingo, tras preparar y finalizar el discurso, accedo a la base de datos de la empresa, busco la ficha de empleada de una persona en concreto. Kiara Smith.

«Hora de pasar al ataque». Reflexiono al tenerlo en mi poder.

Capítulo 10

Kiara Smith

El lunes llego a la oficina con tiempo suficiente para mentalizarme de cómo debo actuar. Mi amiga Kate es una mujer muy lista y no he podido ocultarle los instintos y deseos que despierta mi jefe en mí.

Su consejo ha sido claro, que me mantenga firme y sobre todo que evite pasar tiempo a solas con él. Eso es del todo imposible, por eso es tan importante que no se percate del estado en que me pone. Es de suma importancia, vamos cuestión de supervivencia.

A la hora acordada, camino con la *tablet* en mi mano y mi móvil en la otra. Tenemos una reunión con todo el equipo y según me ha informado Rachel, el mandamás quiere que lleguemos juntos.

Llamo a la puerta, la cual, se encuentra entreabierta.

—Entra —escucho en el interior. Accedo y le veo de pie, cogiendo una carpeta—. Buenos días, Kiara. ¿Qué tal el fin de semana?

—Entretenido —musito, de forma indiferente—. Nos esperan en la reunión.

—Sí, lo sé —revela caminando hacia mí.

William mientras se acerca me mira queriendo averiguar algo, o a lo mejor es que me inquieta que me observe de ese modo, no lo sé.

—Estás muy bella, Kiara —susurra, o a lo mejor es producto de mi imaginación, pues después expone—, vamos.

Me quedo confundida, y aunque me giro y le sigo como un autómatas, me encuentro perdida entre mis pensamientos.

Antes de entrar en la sala, vemos a Charlie, su tío y antiguo CEO de la empresa. Ambos se saludan antes de que me me salude con aprecio.

—Buenos días, Kiara. Me alegro de verte.

—Hola, gracias, a usted se le ve muy bien.

—Deja de tratarme de usted, ya no soy tu jefe.

—Claro, Charlie.

Nos reímos, poco después, indica.

—Bueno, vamos a la reunión.

Entramos en la sala de juntas y veo que hay más gente de lo normal.

—Buenos días a todos —comienza Charlie—, gracias por venir. Tomar asiento, vamos a comenzar con la reunión.

William se sitúa presidiendo la reunión y su tío se sienta a su derecha, yo por mi parte me quedo en el lugar que me corresponde, a su izquierda.

Charlie, comienza la reunión, tomando la palabra y tras explicar un poco sus motivos por lo que le ha dejado la empresa familiar a su único sobrino, le cede la palabra.

William toma el testigo y comienza su discurso hablando cuando era un niño, el cual, en ocasiones, venía con su madre a visitar a su tío materno. Revela, aunque yo ya lo sabía, que ha estado formándose desde que era un niño para ocupar un puesto de esta categoría.

Su tono de voz conciliador, queriendo transmitir confianza y seguridad, hace que le admire un poco más. Aunque si hablamos de su pose, el tema se dirige a uno que prefiero evitar y es que

me pone demasiado caliente.

Termina el discurso agradeciendo a todos su confianza y apoyo, además de una frase que hace que me sienta orgullosa de trabajar aquí.

—Todos y cada uno de vosotros sois necesarios para que esta empresa siga compitiendo contra verdaderos gigantes. Tener por cuenta que, sí todos trabajamos por seguir creciendo, yo seguiré dando lo mejor de mí para lograrlo.

Tras una gran ovación, por cierto, más que merecida, cada uno se va presentando y expone en que proyectos trabaja. Toda esta información yo la tengo, pero una de mis tareas es transcribir lo que ocurre en las reuniones y esta es trascendental.

La reunión finalmente acaba casi tres horas después y tras abandonar la sala de reuniones, William me pide que vaya con él y su tío.

—Sobрино, has estado magnífico. Te felicito, ha sido un discurso maravilloso y esa frase al final ha estado perfecta. Me siento muy orgulloso al ver en el hombre que te has convertido.

—Gracias, tío. El agradecido soy yo. Me has dado el lugar que debía darme mi padre.

—No estropeemos el día, con personas que no lo merecen. Os invito a comer. Kiara, tú también.

—Oh, no... No se preocupe —titubeo, un poco cohibida.

—Kiara, —alza la voz William—, mi tío te ha invitado y yo también quiero que vengas.

—No se hable más. Os espero en mi restaurante favorito. Ambos sabéis cuál es, aunque espero que lleguéis juntos...

Charlie se marcha y yo me quedo sin saber cómo actuar.

—Bueno... creo que voy a transcribir la reunión y tengo algunas tareas pendientes —manifiesto queriendo salir de esa estancia.

—Por supuesto. A la una y media te espero para ir a comer —informa William observándome sentado tras el escritorio.

Asiento y salgo sofocada del despacho, no entiendo muy bien, porque de repente, me ha entrado un calor tremendo.

En mi despacho, al entrar, enciendo el aire acondicionado y me siento en mi silla, mientras se enciende el ordenador. Una vez entro con mi clave, mi mente cambia de chip y procedo a trabajar con normalidad. Al menos, hasta que unos toques en la puerta, provoca la tensión de todo mi cuerpo.

Segundos más tarde veo a William acceder.

—Kiara, es la hora. ¿Nos vamos? —indica con una sonrisa de medio lado.

Asiento por inercia, entretanto me pregunto.

«¿Dónde se ha visto que el CEO venga a buscar a la asistente?».

Ya en el vestíbulo, mientras caminamos hacia el ascensor, escucho.

—¿Sabes, Kiara? Estaba pensando que voy a pedir que hagan una puerta que conecte tu despacho con el mío —revela de forma despreocupada.

—¿Y eso? ¡No es necesario! —exclamo un poco más alto de lo que pretendo.

—¿Cómo que por qué? Quiero tenerte más accesible, me parece una tontería tener que salir al vestíbulo, mientras tu despacho y el mío se conectan con una pared —menciona ya en el interior del ascensor.

El descenso hasta el vestíbulo es un suplicio, sin embargo, intento que no se note lo mucho que me altera su presencia y porque no, su forma de mirarme.

«Accesible», repite mi mente.

Capítulo 11

William Taylor

El lunes llego a la oficina con tiempo suficiente para la reunión, una vez me ha contado las novedades Rachel, le pido que indique a Kiara de la reunión y de que debe acudir conmigo.

Es una petición, aunque parezca una orden. Imprimo la ficha de Kiara, y la dejo en el interior de una carpeta. Ahora es momento de centrarme en la reunión, donde mi tío, comunicará a todos que ahora soy el nuevo CEO y sus motivos.

No me siento nervioso, más bien, lo que siento es la emoción por saber que por fin será en firme mi cargo. Ocupar este lugar en la empresa me hace muy feliz, mucho más de que si hubiera ocurrido en la de mi padre.

Bloqueo esos pensamientos, los cuales, no son bien recibidos, y menos el día de hoy. Reorganizando unos papeles, escucho cómo llaman a la puerta.

«Es Kiara», asumo en mi mente dando paso.

Ella aparece en mi campo de visión, vistiendo un vestido de color azul celeste, el cual, resalta sus atributos de una forma increíble. Me relamo en mi interior, ante los pensamientos que me embriagan.

«Todo a su tiempo». Asumo en mi mente, al tiempo que camino hacia ella.

—Estás muy guapa, Kiara —susurro sin poder evitarlo, aunque con rapidez le indico—. ¿Vamos?

Percibo su aturdimiento, y celebro que al final el susurro lo haya escuchado, aunque al inicio no era mi intención.

En la puerta encuentro a mi tío, el cual, me guiña un ojo antes de saludarme. Y tras intercambiar unas palabras con ambos, entramos en la sala de reuniones.

Como es normal, ocupo mi puesto en la cabecera de la mesa, justo al lado de mi tío, el cual, comienza a hablar, explicando cuáles han sido sus motivos para dejarme la empresa y su repentina jubilación.

Una vez ha terminado, me levanto y comienzo mi discurso. Veo en la cara de muchos, la sorpresa. Comienzo mi discurso, hablando de mi familia mate, al comenzar a hablar de mis recuerdos cuando venía aquí con mi madre. Prosigo hablando de los valores que me inculcó mi madre y por supuesto hablo de los estudios que he realizado con el fin de que algún día ocupara un puesto como el que ahora tengo.

Hago hincapié en la importancia de todos los puestos, desde los más bajos hasta los más altos, para que esta empresa sea un referente en la costa este y mi intención porque siga siendo así.

Al terminar una gran ovación hace que me sienta muy orgulloso y poco a poco doy pie a conocer a todas las personas que se encuentran en la sala.

Al salir, Kiara, mi tío y yo nos trasladamos a mi despacho y es entonces cuando mi tío nos invita a comer.

Noto el titubeo de Kiara, antes incluso de mirarla, sin embargo, no pienso desaprovechar esta oportunidad para conocerla más.

Con una voz que no acepta réplica, le indico que yo también quiero que venga, por lo que no le queda más remedio que aceptar.

Vuelvo a ver el guiño en mi tío antes de marcharse y es entonces cuando caigo en la cuenta de

que lo ha hecho a propósito.

«Tengo un aliado». Reflexiono en mi mente al quedarme solo.

Sin perder más tiempo, me siento y ojeo lo que tengo pendiente.

Hago un par de llamadas y al terminar, saco la ficha de Kiara.

Un rato después, descubro que mi asistente vive en Brooklyn, que tiene a su tía como contacto de emergencia y a una tal Kate Masson, la cual, intuyo que es la amiga con la que se ve Thomas.

Saber que Kiara vive en ese barrio, no es que me desagrade, pero sin duda me resulta extraño, más sabiendo el sueldo que tiene. Vale que lo tiene desde hace poco, pero otra en su lugar, ya hubiera hecho cualquier cosa por vivir en Manhattan.

Natural de Maine, lleva en este estado desde que vino para estudiar. En la universidad fue una de las mejores y eso la llevó a hacer las prácticas en la empresa.

Fue de las pocas que no estuvo de becaria y según los archivos de la empresa, su dedicación y esfuerzo fue constante y extraordinario. Normal que mi tío la hiciera asistente ejecutiva mía en cuanto pudo. Es algo que se ha ganado.

«Es una joya».

Con esos datos en mi mente, me planteo como puedo averiguar más cosas de ella. Debe de ser en un ambiente de trabajo, con varias personas y mostrar interés cuando, explique algo de su vida privada.

Saber qué grupos de música le gusta, su plato de comida favorito... Entre otras cosas más.

Veo como se acerca la hora de marcharnos y decido no darle oportunidad para que se niegue. Dejo todo dispuesto para cuando volvamos y salgo al vestíbulo, antes de caminar a su despacho.

Una vez intercambio unas palabras, ella sale y caminamos hacia el ascensor. En ese momento se me ocurre que debería poner una puerta que conecte su despacho y el mío, y se lo hago saber.

La cara de Kiara es un poema, y al saberse encerrada conmigo se aleja todo lo que puede y aunque me gustaría acercarme a ella y saborear sus labios de nuevo, debo guardar las formas.

Llegamos a la planta baja con demasiada rapidez, o tal vez, fue producto de lo distante que me encontré observándola sin que se diera cuenta.

En el vestíbulo saludamos algunas personas y al traspasar las puertas de la entrada, sitúo mi mano en su espalda por unos segundos. Los suficientes para darme cuenta de que mi presencia no le es indiferente.

Con un ritmo constante, andamos hasta el restaurante preferido de mi tío y al llegar el *maître* nos conduce sin decirle nada hasta la mesa donde están mis tíos.

—Hola, tía —saludo contento por verla.

—Sobrino —responde con una sonrisa—, qué alegría me da verte.

Mi tía es una mujer maravillosa. Recuerdo con anhelo las tardes que pasaba con ellas. Ambas eran uña y carne y al fallecer mi madre, mi tía poco a poco se fue apagando, hasta tal punto que no le gusta salir de casa.

Kiara, la cual, se ha mantenido al margen hasta ese momento, recibe los saludos de mis tíos antes de sentarnos.

—Me alegro de verte, muchacha. Mi marido me ha dicho que eres la asistente de mi sobrino.

—Así es. Es una oportunidad de oro, la que me ha brindado su marido.

—Nada de eso, es algo que te has ganado tú misma.

Kiara se ruboriza y en ese momento aparece el camarero con una botella de vino.

Capítulo 12

Kiara Smith

Kimberly, la esposa de Charlie es encantadora. La conocí en la primera fiesta de Navidad que la empresa organiza todos los años y siempre me ha tratado con cariño y respeto.

Imagino que su marido le contará cosas sobre mí, pues tantas conversaciones no hemos tenido. La comida transcurre con tranquilidad, y aunque me integran en la conversación, pocas veces intervengo.

Sigo pensando que esta comida es más familiar, y que no debería estar, pero por la cara que me dirigen los tres, veo que me consideran algo más que una asistente.

—Y dime, Kiara. ¿Este verano te cogerás las vacaciones o te quedarás en la gran manzana?

—He estado mirando algunos destinos, puede ser que me vaya, aunque no es seguro.

—¿No irás a ver a tu familia? —cuestiona William, curioso.

—No —respondo con brevedad.

Aunque no quería decirlo con tanta brusquedad, al final ha sonado así. Espero que no se molesten y sobre todo que no quieran indagar más.

El silencio en la mesa dura unos segundos, hasta que lo rompe Charlie.

—Kiara, siempre serás bienvenida en nuestra casa del lago, por si quieres relajarte.

Sonrío agradecida, pese a que no aceptaré su ofrecimiento.

William me observa con intensidad y yo me remuevo incómoda. Tanta mirada está haciendo que una parte de mí se despierte, en contra de lo que deseo.

La comida finaliza y una vez nos despedimos salimos a la calle, para volver a la oficina y una vez en nuestra planta, cada uno se da a su despacho.

Por mi parte al entrar dejo la chaqueta y el bolso antes de mirar si tengo algún mensaje, poco después me pongo a trabajar. Las horas transcurren sin que me dé cuenta. El reloj marca las siete y media de la tarde, cuando apago el ordenador.

Me encuentro esperando el ascensor, cuando escucho la voz de él a mi espalda.

—Hoy te vas tarde —menciona demasiado cerca para mi estabilidad.

—Lo cierto, es que no me he dado cuenta —respondo sin darme la vuelta.

—Kiara, ¿puedes darte la vuelta? —susurra cerca de mi oreja.

Niego con la cabeza y en ese momento se abre el ascensor. Entro con rapidez y pulso el botón del vestíbulo. Me detengo frente a los botones y veo cómo entra posicionándose al lado mío.

No puedo evitar ponerme nerviosa ante su cercanía y mis bragas se humedecen por la excitación que me invade. Por suerte, el ascensor llega a mi planta antes de que me abalance sobre él, arruinando mi discurso.

No entiendo como si sigo molesta por su comportamiento del viernes por la noche, aun me resulte tan complicado resistirme a él.

«No hay quien me entienda», reflexiono en mi mente caminando hacia el metro.

Al llegar a mi casa, me cambio la ropa y cocino unos huevos fritos con patatas. En el restaurante que hemos comido, no he querido abusar y comer de más.

Saco las patatas de la sartén y las añado al plato donde están los huevos, antes de ponerme a comerlos. Disfruto de ellos, y al terminar recojo todo y camino hacia el salón un rato.

Ojeo los canales sin encontrar nada que me llame la atención, es posible que mi jefe, el cual,

se mantiene en mi mente sin ser invitado, sea mucho más interesante que lo que televisan.

Desesperada por pensar en otra cosa, oteo la agenda de mañana. A primera hora tengo una reunión, veo el símbolo de que estará presente William, y farfulto sin poder evitarlo.

—Estupendo, encima lo tendré a mi lado.

Me levanto y me voy a lavarme los dientes, antes de acostarme. El día ha sido largo y por la pinta que tiene mi agenda, preveo que mañana será peor.

Durante la noche sueño con todas las cosas que deseo hacer con su cuerpo, todas las posiciones que anhelo probar con él. Por lo que no me resulta extraño que al levantarme me encuentre excitada como si llevara meses de abstinencia.

Frente al armario, después de una ducha que ha durado más de lo que acostumbro, miro la ropa de la que dispongo. No quiero despertar su interés en mí.

Elijo un traje de color beis, con chaqueta y pantalón y una camisa azul. Zapatos con un poco de tacón en color negro y el bolso de siempre. Me recojo el pelo en una coleta baja y me aplico un poco de rímel en las pestañas, colorete, para disimular mi sonrojo, el cual, suele aparecer cuando le apetece.

En el camino a la oficina, me dice Rachel que tiene mi *tablet* y que el señor William le ha pedido que vaya directamente a la sala de reuniones. En el ascensor respiro hondo y me mentalizo para lo que me encontraré.

Al llegar a la planta salgo, saludo a Rachel, la cual me da la *tablet*, aunque no tarda en marcharse. Opto por acercarme a saludar a varios de mis antiguos compañeros, entre ellos se encuentra Marc, el cual, acabó la carrera conmigo y entró en la empresa al mismo tiempo que yo.

Converso con varios y cuando estoy despidiéndome de Marc, percibo la mirada de alguien en mi nuca. Me despido, pues ya solo quedan unos pocos en el vestíbulo, antes de girarme para comprobar que es William el que me observa de forma inquisitiva.

Intentando que no sea perceptible como me tiemblan las piernas camino hacia él.

—Buenos días, William —saludo al estar frente a él.

—Hola, Kiara. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias. Ya podemos entrar en la reunión.

—Perfecto, comencemos.

Su mano se posiciona en mi espalda, más concretamente en la zona lumbar, aunque eso no evita que me caliente como la lava de un volcán.

Caminamos hacia la sala de reuniones y al entrar nos sentamos en la cabecera. Toma la palabra el jefe de equipo de la obra que tenemos en New Hampshire. Una macro comunidad que será la segunda residencia de muchos neoyorquinos, pues muchos desean tener una vivienda con acceso a la playa, la cual, en este caso, también será privada.

Durante las dos horas de reunión, intento mantenerme concentrada, sin embargo, me resulta muy complicado al notar el dedo de William en mi pierna y sobre todo por la cantidad de veces que mi jefe se ha aproximado para que se lo mostrara desde la *tablet*.

Capítulo 13

William Taylor

Durante la comida no puedo evitar incluir en todas las conversaciones a Kiara. Mi tío me observa con una sonrisa en la cara, y sé que intuye lo que me ocurre, por eso mi tío le hace preguntas sobre asuntos privados.

Me resulta muy interesante saber que no viaja a ver a su familia. Las opciones son muy amplias, pero al percibir como se ha puesto a la defensiva, opto por imaginar que no tienen buena relación o tal vez ninguna.

Me hago una anotación mental, debo investigar sobre ello. Al terminar de comer, caminamos de nuevo hacia la oficina. Tengo varios asuntos que atender.

Al llegar a mi despacho, ojeo los mensajes y los más importantes, procedo a llamarles. Esta tarea me lleva más de media hora y al acabar me pongo a revisar el *email*.

Termino cerca de las siete y me quedo disfrutando del atardecer hasta que escucho cómo Kiara abandona su despacho. Con rapidez, recojo todo y salgo sin hacer ruido. Me sitúo en su espalda y le hablo.

El silencio me ayuda a escuchar el ritmo frenético de su corazón ante mi cercanía. Menciona que no se ha dado cuenta y eso me hace feliz, pues a mí me pasa lo mismo. Le pregunto por qué no se da la vuelta y ella niega con la cabeza.

En ese momento el ascensor abre las puertas y entra antes de pulsar el botón de la planta baja. Se posiciona en un extremo y yo entro antes de ponerme a su lado.

El ruido de los corazones es perceptible para los dos, sin embargo, nadie dice nada. Las puertas vuelven a abrirse en su planta y sale sin decir ninguna palabra. Esta vez no miro el movimiento hipnótico de sus caderas, antes de que las puertas se cierren.

Al llegar al sótano, camino hacia mi coche y salgo del subterráneo sin darme cuenta de que hay una persona oculta tras una columna.

Conduzco por las calles hasta mi casa, y un plan comienza a perfilarse en mi mente. Quiero tenerla cerca, que se dé cuenta de que lo que sentimos los dos es algo que no podemos evitar, ni obviar.

Y al llegar a mi apartamento, marco el número de Rachel.

—Señor, William, en que puedo ayudarle.

—Rachel, disculpa que te moleste. Es posible que llames ahora a la empresa de confianza para las reformas. Quiero que una puerta conecte el despacho de Kiara con el mío. Y si es posible que comiencen mañana a primera hora.

—De acuerdo. Llamo en este momento y te informo de lo que me digan.

—Perfecto. Espero tu llamada.

Cuelgo la llamada y me encamino hacia mi dormitorio para cambiarme. Diez minutos después, recibo la respuesta.

—Señor, me ha dicho Vicent que no hay problema. Solo que el despacho de la señorita Kiara no podrá ser utilizado.

—No hay ningún inconveniente. Dile que a primera hora comience. Kiara trabajará desde mi despacho. Que trasladen todo antes de que comiencen.

—Perfecto. Una pregunta, jefe, ¿quiere que sea yo la que se lo comunique a Kiara?

—No. Solo quiero que le lleves la *tablet* a la planta donde tenemos la reunión de primera hora. Dile que te lo he pedido yo.

—Perfecto. Así lo haré.

Nos despedimos y cuelgo la llamada.

Con el plan iniciado, caliento la cena que tengo preparada y me siento a cenar. Al terminar, medito frente al ventanal, mi próximo paso con Kiara.

El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos. En la pantalla está el nombre de mi tío.

—Hola —le saludo con afecto—. ¿Qué tal?

—Bien, hijo. Quiero preguntarte por un asunto.

—Tú dirás.

—¿Tienes interés en Kiara?

—¿Es tan obvio? —cuestiono intrigado.

—Para otra persona que no sea tu familia, es posible. Pero tu tío te conoce bien y es posible que también la mires como yo miraba a tu tía.

Escucho su risa y no puedo evitar que yo también lo haga.

—Tío, la conocí antes de saber que era mi asistente, pasé la noche con ella y no he podido olvidarla.

—Entonces es que ella está destinada a estar contigo. Es el destino.

—¿En serio?

—Sí, pero antes de que te tires a la piscina, me gustaría que supieras algo que he averiguado de ella.

Escucho con atención lo que mi tío me explica y es inevitable que me preocupe. Unos minutos después me despido de él. Camino hacia el baño con las palabras de mi tío rondando, hay algo que no me cuadra.

Un rato después me encuentro tumbado en la cama hablando con Thomas.

—Amigo, necesito que sonsaques algo a Kate. Por lo visto, Kiara no tiene relación con su madre, puedes indagar por qué.

—Por supuesto, no hay problema. He quedado con ella mañana.

—¡Madre mía! ¿Otra vez?

Escucho su risa y tras unas palabras nos despedimos.

Una vez hemos colgado, verifico que la alarma esta puesta, me duermo con una sonrisa, el plan está en marcha.

A la mañana siguiente, llego a la oficina con casi media hora antes de la reunión. Quiero comprobar todo.

Desde el vestíbulo, observo como sacan los enseres del despacho de Kiara y los trasladan a mi despacho. Rachel, sale con la *tablet* y al verme se acerca.

—Buenos días, William.

—Hola, Rachel.

—He recogido lo poco que tiene Kiara, ahora en breve se la llevo.

—Muy bien. Ve bajando, ahora voy.

Entro a mi despacho y veo que han puesto un plástico en la pared que divide nuestros despachos.

—Hola, señor. Soy Vicent Miller, el encargado de la reforma. Hemos procedido a aislar su despacho, y hemos trasladado la mesa de su asistente. El resto, aunque podrá cogerlo en caso de que lo necesite, está aislado para evitar que se ensucie en exceso. La obra tardará un par de días.

—Muy bien, se lo agradezco. Quiero hacerte una petición, sería posible que cambiar la pared

por completo.

—Lo lamento, no creo que sea posible.

—Perfecto, no se preocupe.

Abandono mi despacho y me marchó a la planta inferior. Al llegar veo a Kiara hablando con un chico. Por la familiaridad que le trata intuyo que ya le conocía.

Ella se percata de mi presencia y al venir hacia mí, el muchacho entra en la sala de juntas. Intercambiamos unas palabras y sin evitarlo posiciono mi mano en su espalda. Durante la reunión, me acerco a Kiara en varias ocasiones, entretanto, manteniéndome impasible.

«Kiara, ahora vas a saber de lo que soy capaz». «No podrás escapar de lo que sientes conmigo». Manifiesto en mi mente con seguridad.

Capítulo 14

Kiara Smith

Termina la reunión y no puedo evitar suspirar porque este calvario se va a acabar. Tengo las bragas empapadas, mi corazón bombea como si estuviera corriendo un maratón o mejor dicho como si estuviera follando como una condenada.

«Ojalá», reflexiono en mi mente.

Abandonamos la sala de reuniones y caminamos hacia el ascensor. Al entrar en él, noto como William me mira y decido hacerle frente.

—¿Ocurre algo?

—Sí, verás... Por unos días no podrás utilizar tu despacho.

Justo cuando acaba de decir eso, las puertas se abren y veo como algunos operarios, sacan escombros.

Mi cara de perplejidad es tan obvia que Rachel parece que me pide disculpas con la mirada.

Entro en la oficina de William, pues a la mía es imposible y veo cómo un gran plástico hace de aislante, y detrás de este, una gran apertura.

—La puerta —susurro en voz alta.

—En efecto —escucho a mi espalda—. Solo serán dos días.

William se mueve y camina hacia su escritorio. Yo respiro hondo y me doy la vuelta. Miro alrededor y veo mi mesa, con mi ordenador, pegada a la suya.

Pongo las manos en mi cintura, y sin reflexionar le digo.

—William, no juegas limpio. Quedamos que me darías espacio, eres mi jefe.

—En efecto, ¿y quién te ha dicho lo contrario? Te dije que me parecía importante que hubiera una puerta que comunicara nuestros despachos.

—¿Y que hayas estado toda la reunión tocándome y casi abalanzándote sobre mí, no es premeditado?

—Lo dices como si te hubiera subido a la mesa, hubiera arrancado esos pantalones, antes de hacerte mía —pronuncia con ese tono sexy, bajo, ronco que tanto me gusta.

Lo miro mientras aprieto los muslos. Es inevitable. Entonces escucho una proposición de William que me hace feliz, pero al mismo tiempo hace que me invada un miedo terrible.

—Te propongo un trato. Si durante estos dos días me demuestras que te soy indiferente, que no albergas en tu ser ningún deseo por mí, te prometo que dejaré de ponerte contra las cuerdas.

—Y si no lo soy. Y si simplemente estoy haciéndome la fuerte porque no quiero que me pongan una etiqueta que odio, que detesto, ¿qué harás?

Veo como duda ante mis palabras, acabo de dejarle claro que lo deseo, pero que la etiqueta que me pongan me da un terrible pavor.

—Nadie te pondrá esa etiqueta —indica.

—Sabes que es inevitable —manifiesto viendo cómo se acerca.

Llega hasta mí y posiciona una mano en mi cadera y otra en mi cuello.

—Tú nunca serás una interesada, una oportunista que intenta ganarse el corazón del jefe. ¿Quieres saber por qué?

Niego con la cabeza, pues no puedo hablar. Me hallo en un estado que no logro comprender.

—Porque mi corazón me lo robaste mucho antes de ser el CEO, te lo llevaste el sábado cuando

abandonaste mi apartamento. Y sabes una cosa. Ya que te lo has llevado, lo lógico es que tú también me entregues el tuyo. ¿No crees?

Sin palabras, sin ningún motivo para rebatir. Así me ha dejado. Veo cómo William se acerca a mí y sus ojos me indican que va a besarme, sin embargo, el teléfono comienza a sonar, rompiendo el momento.

William me suelta y se dirige hacia la mesa, sin sentarse, lo coge y en segundos veo cómo la cara le cambia.

—Gracias por avisarme, que acuda seguridad a mi despacho. —Cuelga y me mira—. Kiara, siéntate en tu mesa y mantente impasible —ordena con firmeza.

Camino con rapidez y al sentarme la puerta se abre.

—¿Cómo puedes ser tan rastrero? ¿Estás robándome las empresas que llevan años conmigo por mejores condiciones?

—Tú me enseñaste que en los negocios todo vale. ¡Qué culpa tengo yo que prefieran las mías a las tuyas!

—¡Eres un malnacido! —arremete su padre intentando pegarle.

En ese momento llega los de seguridad y le inmovilizan evitando que llegue a tocarle.

—Podéis enseñarle la salida, por favor.

—Por supuesto.

El padre lo mira con rabia, antes de mirar alrededor, es entonces cuando me ve y le dice a su hijo con rabia.

—Aprenderás que conmigo nadie se mete, y sale indemne. Te acordarás muy pronto de estas palabras. —Es lo último que dice antes de que le saquen del despacho.

William se derrumba en su silla y coge el teléfono.

—Rachel, ven ahora mismo.

Cuelga el teléfono y entra su secretaria.

—Quiero que prohíban la entrada a mi padre. De la forma que sea se debe evitar que vuelva a entrar.

—Entendido, ahora mismo lo comunico a los de seguridad —menciona Rachel entonces me mira—, Kiara, tienes todo, ¿verdad? ¿No te hace falta nada?

—De momento no, gracias, Rachel —indico reponiéndome del susto.

—Bien, entonces me retiro. William, me pongo con ello ahora mismo.

Rachel abandona el despacho cerrando la puerta detrás de ella y yo observo como William introduce su cabeza entre sus brazos y masajea su pelo.

Por lo que le conozco, sé que es un acto que solo hace cuando está preocupado, y sin meditar me levanto para acercarme. Me posiciono a su espalda y masajeo con cuidado sus hombros y su cuello. El respingo que hace al inicio, da pie a que se recueste en la silla dándome un mejor acceso. Poco a poco noto como se relaja y al terminar suelta un suspiro.

—Gracias —menciona en voz baja.

—No me las des.

Doy un paso atrás y me doy la vuelta para volver a mi silla, cuando me coge por la cintura y me sienta encima de él. El pequeño grito que doy, es ahogado por la boca de William. Sus labios se mueven con maestría sobre los míos, bebiéndose mis suspiros.

Nos apartamos poco después con la respiración agitada, producto de la pasión y antes de que vaya a más me levanto distanciándome de él.

—William...

—Kiara, vuelve aquí. No te niegues lo que deseas.

—Ya claro, ahora me quieres a mí, pero el viernes bien que te fuiste con otra morena. Por favor, deja este juego, respeta que no quiera enredarme contigo.

La cara de sorpresa de William me da la oportunidad de volver a mi asiento y ponerme de una vez por todas a trabajar.

Capítulo 15

William Taylor

Me cabreo, no lo puedo evitar porque es muy evidente de que ella se siente atraída hacia mí, no obstante, ella se resiste con uñas y dientes. Barajo las opciones y decido ponerme a trabajar, igual que ella. Ya tendré oportunidad de hacerle ver que está muy equivocada y por lo cual, no pienso hacerle caso.

Unas horas después, percibo como Kiara se levanta de su asiento. Me ignora, aunque al sentirse observada, me mira.

—William, voy a comer —revela por fin, pese a que es algo obvio.

—Vale —indico y continúo trabajando, aunque estoy pendiente de sus movimientos. Noto como me mira y vuelvo a levantar la cabeza—. ¿Quieres decirme algo?

—Sí. Por favor, yo entiendo lo que te pasa, pero te suplico que no vuelvas a hacer lo de antes. Tú eres mi jefe, yo soy tu empleada, entiende que entre nosotros no puede haber nada más, ni mucho menos amoroso.

Comienzo a levantarme, entretanto le cuestiono.

—¿De verdad? Tú también sientes la misma atracción, no puedes negarlo. Es evidente que tú me deseas con la misma intensidad que yo —expongo acercándome a ella—. ¿Estás segura de que eso es lo que deseas? —inquiero frunciendo el ceño—. ¿O es solo por el miedo que te da a la etiqueta que te pongan, si es que ocurre?

—Sabes que es inevitable, en cuanto nos confiemos, cualquiera puede ponerla. El murmullo y los corrillos serán inevitables, y dime: ¿Acaso no intuyes que la opinión que tienen de mí, cambiará de forma radical?

—Pues si eso ocurre, ya me ocuparé de desmentirlo. Pero, ¿por qué negarnos a explorar lo que sentimos, por qué negarnos lo que deseamos? Respóndeme a eso Kiara y te prometo que no volveré a traspasar el límite jefe/empleada.

La incertidumbre se asienta en mí, al percibir su dilema. Tras unos segundos que a mí me han parecido mucho más se acerca y me dice cerca del oído.

—Quiero negociar —susurra y no puedo evitar brincar de la emoción en mi interior.

—Bien. Esta tarde, al terminar de trabajar —anuncio sin dar pie a que se niegue.

—Perfecto —responde y veo cómo su mirada cambia.

Veó cómo se gira y mientras camina hacia la puerta me quedo embobado al ver el movimiento de sus caderas. Al abandonar el despacho, me froto la cara para despejarme. Giro el rostro para mirar a través del ventanal, al menos hasta que unos toques en la puerta, hacen que me gire.

—Adelante.

Rachel entra en mi despacho y su cara no augura nada bueno.

—William, me gustaría hablar contigo —emite confirmando mis suposiciones.

—Dime.

—He recibido este *email* —expone tendiéndome un folio.

Lo agarro, antes de leerlo con atención.

No hace falta ser muy listo para saber quién es el emisario. La miro y es notable su desasosiego.

—Rachel, me ocuparé personalmente de ello. Gracias por decirme. Quiero que llames al

informático y le pides que venga, también si puedes traerme un bocadillo o algo para comer.

—Por supuesto, ahora mismo.

Mi secretaria sale de la oficina y no lo pienso dos veces antes de mirar en el *email* de Kiara. Al acceder lo veo en la bandeja de recibidos. Sigue en negrita, no lo ha abierto, entonces miro la hora. Es de hace tres minutos. Aprieto el botón izquierdo del ratón y accedo. Al comenzarlo, veo que no se trata del mismo.

La advertencia que le hace suena mucho más amenazadora que la de Rachel. Lo vuelvo a poner sin abrir y me siento en mi silla antes de que llegue el informático.

Kiara regresa cuando estoy dando las últimas indicaciones al especialista, pues tras decirme lo que se puede hacer, hemos acordado las medidas a llevar a cabo.

—¿Suced algo? —cuestiona, intrigada, en cuánto el informático se marcha.

—Sí, mi padre, —al ver su sorpresa decido contarle todo—. Verás ha mandado algunos correos al personal de la empresa, incluida tú.

Kiara se sienta en su silla y accede al correo. Su cara pasa por varios estados hasta que su cabreo es completamente evidente.

—¡Qué grandísimo hijo de perra! —exclama cabreada—. ¿Pero...? ¿Cómo? ¿Cómo puede haber en el mundo gente tan mala? ¿Es que no tienen una vida? —pregunta y por su tono de voz intuyo que no habla solo de mi progenitor.

Su cuello se desplaza hacia atrás mientras lanza un bufido. Opto por acercarme a ella, la moqueta amortigua mis pasos, sin embargo, se percata de mi presencia, antes de que llegue.

—William, no te acerques. No es una buena idea ahora.

Detengo mis pasos y la miro con atención por unos segundos.

—Iba a devolverte el masaje.

—Claro, y lo acabamos como antes... —menciona levantando el cuello—. Tengo mucho trabajo y tú también, deja esas prácticas para cuando estemos fuera del horario de trabajo.

—De acuerdo —acepto volviendo a mi asiento.

Durante horas trabajamos mirándonos los dos de reojo. En varias ocasiones me ha pillado y yo a ella. La tensión entre los dos es muy alta, no obstante, nuestra profesionalidad gana por goleada.

Pero igual que todo tiene un inicio, también tiene un final, y al ver que son las seis de la tarde, no tardo en proclamar.

—Kiara, —ella levanta la mirada y me mira—, es la hora.

Capítulo 16

Kiara Smith

Kate suele decirme que me gusta correr riesgos, que suelo ser una amante de los peligros, y aunque en ocasiones me gusta jugar, esta vez tengo claro que saldré perdiendo en esta competición.

Lo tengo tan claro, que supongo que al final el dicho español, sarna con gusto, no pica, puede ser cierto. Cuando William me dejó sin nada que rebatir, decidí que lo mejor era aceptar lo que ocurre. Lo que pasa es que él no se imagina las exigentes condiciones que estableceré.

Soy una mujer que sabe cuidar muy bien sus cartas. No en balde, y gracias a mi estrategia, pude escapar de mi familia, y de su control.

Al volver de comer, me encuentro a mi jefe conversando con el jefe de informática y no tardo mucho en darme cuenta de que algo pasa. Por eso pregunto. Sin embargo, al contarme lo que sucede, no tardo en abrir mi *email* para verificar que tengo uno.

Imagino que William lo ha vuelto a poner cerrado, una vez lo ha leído. No pierdo el tiempo, y lo abro para averiguar qué tan grave es. La furia no tarda en aparecer, la rabia se apodera de mi cuerpo. Sin planteármelo, me encuentro reflexionando cómo puede ser tan cabrón y sin remediarlo, le comienzo a comparar con mi familia. Ambos son unos seres ambiciosos, sin escrúpulos y ya puestos, creo que sin corazón.

Cuando logro contenerme, dejo caer la cabeza hacia atrás y respiro hondo, intentando recuperar el control de mis emociones y ya puestos de mi cabeza, pues los recuerdos han regresado a mí como una lluvia torrencial.

Noto como se acerca William y le paro antes de que sea demasiado tarde. Lo que menos necesito ahora es caer en la tentación, no cuando no tengo el control de mis actos.

Le paro los pies y en un tono que espero que no tome a mal, le pido que trabajemos, pues es lo que debemos hacer. Para mi sorpresa lo acepta y durante unas horas, es lo que hacemos, al menos hasta que escucho mi nombre y segundos después, que es la hora.

La verdad no sé si se ha dado cuenta de que he boqueado como un pez fuera de la pecera, o si se ha percatado que he tenido que esforzarme en tragar, pues mi boca parecía el lago Ontario, pero poco me importa. Tengo que centrarme y dejarle claro que este juego solo continuará con mis condiciones.

William se levanta y por el reflejo, veo que ha apagado ya el ordenador.

—Vamos, Kiara. Apaga. Es hora de otro tema —su voz es pausada, quizás un poco ronca, y lo confirmo al ver el bulto en una zona.

No lo disimulo, ¿para qué?, él está pendiente de mis gestos y mis miradas.

—¿Dónde quieres hablar?

—Tenemos tres opciones, tu casa, la mía o aquí.

Las opciones me han sorprendido, aunque esperaba que me diera una opción más.

—Tengo otra. Vamos a una cafetería, un lugar donde podamos hablar.

William niega y se para cerca de mí. Su mano toca con cuidado mi pelo, lo acaricia, al menos, hasta que lo aparta y toca con lentitud mi clavícula, desciende por mi brazo, hasta que sujeta mi mano.

Esa parte de mi cuerpo, bajo su caricia, se ha quedado adormilada, anhelante por volver a

sentir, su mano apresa la mía y la levanta. No puedo aguantar más y mientras él la acaricia, yo me levanto. Mi brazo izquierdo se aproxima a su pecho, y nuestras miradas se unen.

Como si de un embrujo se tratara, doy un paso hacia él y su mano me aprieta más. Su miembro es completamente visible y me relamo solo con imaginar lo que me hará en cuanto le deje.

Nuestras miradas no se separan, al revés, transmiten lo que nuestros labios callan. Al menos hasta que cerca de mis labios me explica.

—Kiara, no podemos hablar en un lugar público, porque deseo hacerte mía. Deseo que grites mi nombre y eso solo podemos hacerlo en un sitio privado. Entonces, ¿dónde vamos?

—A tu casa —susurro, sedienta como si estuviera en el desierto de Nevada.

—Perfecto. Coge tus cosas. Vienes conmigo en mi coche.

No pierdo el tiempo y un minuto después estamos caminando hacia el ascensor. Tres minutos después estamos introduciéndonos en el coche y un tiempo más tarde entramos en su edificio.

El ascenso en su ascensor es un suplicio y es aún peor cuando abre la puerta de su casa. Deseo subirme a él y que me taladre sin piedad, sin embargo, debo serenarme para poder jugar bien mis cartas.

—¿Quieres tomar algo? —escucho a mi espalda.

—Agua —indico caminando hacia la barra que separa la cocina.

—Bien.

William se dispone a servirme lo que le he pedido casi sin perderme de vista. Su mirada transmite un gran deseo y en ella también se percibe grandes promesas para lo que me espera.

Al ponerme un vaso de agua, y él una cerveza, expongo mis cartas.

—William, no puedo negarte que te deseo, es obvio, pero si quieres que sigamos viéndonos, solo puede ser con tres condiciones.

—Dímelas.

—En la oficina tenemos que comportarnos como lo que somos, jefe, y empleada. —William asiente y yo prosigo—. La segunda, es que lo que tengamos debe ser confidencial. —William frunce el ceño, pero calla—. Y la tercera, es muy simple. No estaremos con nadie más. Seremos exclusivos.

—No pongo ninguna objeción. Acepto tus condiciones.

—Genial —explico contenta, al menos hasta que escucho.

—Ahora tienes hasta que cuente diez para desnudarte, sino te romperé las prendas que tengas puestas.

Todo eso con una voz demasiado sensual, demasiado irresistible como para negarme.

Las prendas de mi cuerpo vuelan sin orden, sin darme cuenta de donde caen. La impaciencia hace acto de presencia y la recompensa es demasiado buena.

Capítulo 17

William Taylor

Observo a Kiara despojarse de todas las prendas que cubren su cuerpo, con una rapidez que pocas veces he visto. Me relamo como un animal hambriento pendiente de su presa.

Desde mi posición no se ha dado cuenta de que me he quitado los zapatos, los calcetines y el pantalón. Los gayumbos aún continúan en su posición, por un claro motivo. Voy a hacerle sufrir por todo este tiempo que ha estado negando lo evidente.

Kiara termina de caer la última prenda en el momento en que comienzo a desabrochar la camisa. Su mirada es de puro fuego, aunque la mía no creo que difiera mucho.

Se levanta, incorporándose por encima de la barra, y se percata que estoy con la ropa interior. Entonces escucho cómo ronronea.

—Te gusta, ¿eh? —Kiara asiente y se pasa la lengua por su labio inferior—. Quiero que te subas del todo. Y abras las piernas. —Ella abre los ojos y yo sonrío con picardía—. Voy a cenar. Tengo un terrible hambre.

Al terminar de decirlo, no tarda ni dos segundos en subirse. Acaricia mi pecho desnudo, mientras yo la acerco agarrándole por las caderas. Deslizo las palmas de mis manos por su cuerpo, hasta que llego a sus rodillas. Con una sutil indicación las abre mientras queda en una posición que me encanta. Acaricio la cara interna de su muslo, mientras que al mismo tiempo acerco mi boca a su pezón.

La vuelvo loca, durante lo que dura unos instantes, los suficientes para que ella desee que la acaricie. Kiara se impacienta y agarra mi cabeza para que me introduzca su pecho en la boca, lo hago. Vaya si lo hago, lo que pasa, es que, en ese mismo momento, acaricio su monte de Venus, e introduzco un dedo en su cavidad, la misma que está resbaladiza y anhelante porque la penetre.

Su enorme gemido no tarda en escucharse por todo mi apartamento. Devoro sus pechos mientras la llevo a la cúspide de su placer con una mano.

Una vez se encuentra laxa, después de un grandísimo orgasmo, la cojo y la llevo a mi dormitorio. La tumbo en mi cama, sin molestarme, en quitar la colcha, sin apartar nada, no puedo esperar, quiero que vuelva a desearme, quiero que se abra a mí, como nunca lo ha hecho.

Acaricio su cara, con ternura, y me recreo en esos labios que tanto deseo, y que tanto me encienden. Prosigo por su cuello, donde alterno mis caricias con pequeños mordiscos y lametones.

No tardo en alcanzar sus pechos, donde los masajeo, poniendo de nuevo sus pezones tan duros como diamantes. En ese momento, soy consciente que la respiración de Kiara es irregular, aunque no tanto como lo deseo.

Beso y lamo su vientre, antes de llegar a su centro. No lo pienso ni dos veces cuando me lanzo a beber de esa parte, donde considero que me puedo volver un adicto, no solo por su sabor, sino también por su olor.

Kiara suelta gemidos cada cual, más alto. Y yo me relamo feliz de conseguir derrumbar todas esas barreras que había levantado en mi contra.

No dejo que llegue al tan esperado orgasmo, sino que, sin pensar en las consecuencias, bajo la única prenda que porto y la atravieso con mi miembro. Taladro su canal sin descanso, gozando como un condenado y ella también, pues sus ojos me lo dicen. La beso callando sus gemidos,

pues los quiero todos para mí.

La conexión que conseguimos establecer es tan brutal que incluso al descargarme dentro de ella, al mismo tiempo que ella llega, no es suficiente para ninguno de los dos.

Salgo de ella y la cojo a pulso antes de volver a introducirme en su interior. Gemimos los dos, el placer es una puñetera locura, y aún más, cuando me siento en un banco y ahí juntos, los dos sentados, nos acariciamos, nos besamos, nos amamos, como nunca llegué a imaginar.

La noche cae en New York, otorgando una oscuridad en mi apartamento, aunque no nos quedamos a oscuras.

Abrazados con su cabeza en mi hombro, muy cerca de mi cuello, recuperamos la respiración poco a poco.

—Kiara, no te voy a presionar, pero sé que tú también lo has sentido.

Ella aparta la cabeza y me mira. Su rostro medio iluminado me resulta cautivador. Por lo que la observo, queriendo grabar este momento para siempre.

—Will, —hace una pausa y suspira—. Esto puede jugar en mi contra, pero lo que siento estando contigo, no lo he sentido con ningún otro.

No pienso decir nada al respecto, por lo que la beso, intentando transmitirle que ella, para mí, significa todo. Que representa lo que deseo para el resto de mi vida.

No sé cuánto tiempo después salimos de mi dormitorio, de camino a la cocina. Kiara lleva un chándal mío y yo estoy vestido únicamente por un pantalón de pijama.

Lo hemos hecho de nuevo en la ducha, y creo que ha sido aún mejor. Al menos ninguno tenía resaca y estaba en plenas facultades. Kiara es una tigresa, algo que ya sabía, aunque no por eso, me gusta menos, al revés, me encanta.

Cenamos entre sonrisas y caricias una ensalada con filete de pescado en salsa verde. Y al terminar, vuelvo a llevarla a mi dormitorio, donde vuelvo a hacerla mía, antes de caer rendidos para dormir.

A las cinco y media de la mañana, al sonar el despertador, Kiara ronronea pegándose a mi cuerpo. Su calor me hace plantear que, quizá por un día, pueda saltarme mi rutina, pero luego pienso que ella seguirá en mi cama cuando vuelva.

Me levanto con cuidado y me visto antes de abandonar mi apartamento.

Capítulo 18

Kiara Smith

Si algo he aprendido en mi vida, es que desde que nacemos estamos condicionadas a tomar decisiones. A veces no son las más adecuadas, en otras ocasiones las tomamos presionadas, y muy pocas veces son las que nos identifican a lo largo de nuestra vida.

Ayer, al decidir yo misma lo que quería, en ningún momento pensé que volvería a sentir lo mismo que en aquella noche. ¡Por Dios! Como es posible que desee quedarme y al mismo tiempo, me invadan unas terribles ganas de salir corriendo. ¡Qué alguien me lo aclare!

Antes de que pueda tomar una decisión en claro, escucho la puerta cerrarse y unos pasos se acercan hacia la habitación.

—¿Kiara? —escucho la voz de William en el dormitorio.

—Ya salgo —alego antes de respirar hondo frente al espejo.

Abro la puerta, aun con la cara húmeda, y me encuentro a William sudoroso.

«Ya podía yo buscarlas», retumba en mi mente al ver la ropa que porta.

—Hola —indico embobada mirándole con una sonrisa tonta.

—Buenos días, preciosa —percibo como me mira, igual que ayer como si tuviese un hambre voraz y yo fuera su única presa.

Paseo la lengua por mi labio, pues pese a todos los orgasmos que me ha brindado, aún tengo ganas de más marcha.

Dejo abrirse la camisa que he cogido de él, y al mismo tiempo doy un paso para atrás. Una clara invitación a lo que quiero.

—Buena elección —menciona antes de despojarse de sus prendas.

Ambos nos introducimos en la ducha, donde entre caricias, besos y gemidos nos quitamos las ganas que nos tenemos.

Estamos en la cocina, tomando un café, cuando le digo que me marchó.

—¿Por qué?

—William, tengo que ir a cambiarme de ropa. No puedo ir con la misma.

—No vas a ir con la misma ropa —anuncia antes de que suene el timbre.

Con paso tranquilo y hasta silbando, camina hacia la entrada, veo como el portero le da unas bolsas y cierra la puerta antes de darse la vuelta.

—Como te decía, eso no es un problema —manifiesta antes de dejarlo a mi lado.

Asombrada, miro en el interior y me encuentro un traje compuesto con chaqueta y falda de color verde esmeralda y una camisa blanca.

—William, te lo agradezco, pero en lo sucesivo no me compres nada más.

—¿Por qué? Kiara, si quiero comprarte algo, lo haré, luego tú decides si quieres ponértelo o no.

Muevo la cabeza, pues con este hombre no puedo. Termino el café y sujeto la bolsa antes de ir al dormitorio.

Estoy abrochándome el sujetador, cuando noto su presencia atrás.

—Déjame que te ayude.

Sus manos en mi espalda, su respiración en mi cuello, y unas palabras, aunque cortas, es suficiente para notar la humedad en mi entrepierna.

Por suerte, o para mi desgracia, no prosigue como deseo, sino que se aparta.

Me apresuro a ponerme la falda y la camisa, antes de girarme. Le veo rociarse con su perfume, entretanto me mira a través del espejo. Cojo la americana y veo cómo la manga es de tres cuartos, algo que me encanta.

—Te queda como un guante.

—Sí. Creo que después de tocar todo mi cuerpo, sabes muy bien la talla que uso.

—Por supuesto. Y no te quepa duda de que seguiré memorizando cada parte de tu cuerpo. — Sus palabras suenan a promesas, unas que sin duda serán muy agradables y satisfactorias.

Salimos de su casa y vamos hacia la oficina. En el trayecto no nos encontramos a nadie, y al llegar a nuestra planta, veo el sitio de Rachel vacío. Entramos en el despacho y poco después comenzamos a trabajar, no obstante, somos interrumpidos un par de veces por los operarios.

Eso me recuerda, que dentro de poco tendré una puerta, la cual, conectará con este despacho.

Silencio los pensamientos lascivos que me invaden y los cambio por los profesionales. Prosigo con mi trabajo, evitando mirar esa mesa y sobre todo a William, pues no sé si conseguiré contenerme.

Unos toques en la puerta, hacen que levante la vista de la pantalla. Rachel entra antes de mirarnos.

—William, Kiara, en diez minutos tenéis la reunión.

—Sí, gracias, Rachel —anuncia William, y yo le sonrío, agradecida.

Siete minutos después salimos del despacho. Y tras dos horas y media de reunión, abandonamos la sala de reuniones con la cabeza embotellada y un hambre atroz.

Estoy pensando donde ir a comer cuando entra Rachel con una bandeja. El olor que emite, me hace salivar en cuestión de segundos.

—Gracias, Rachel —manifiesta William, antes de mirarme—. Vamos a comer.

No lo pienso dos veces cuando dejo el bolso y camino ese pequeño espacio donde se encuentra un sofá y una mesa baja.

En la mesa, se encuentra la bandeja que acaba de traer Rachel, me relamo solo en lo que veo, pues la comida italiana es una de mis preferidas.

William toma asiento a mi lado y juntos nos disponemos a comer cada uno su plato. De vez en cuando nos miramos, y las miradas de los dos, deja claro, lo que ocurrirá al acabar la jornada de trabajo.

Tras devorar los platos, nos ponemos a trabajar. Por mi parte comparto con él mis ideas sobre uno de los proyectos que tenemos. Me sorprende y también me asusta, al saber que William y yo compartimos la misma mentalidad sobre los proyectos que tenemos.

La sostenibilidad, el ecosistema y la funcionalidad, deben de estar presentes en cada paso que demos.

A las seis y media, comenzamos a recoger para marcharnos. Las miradas de William me hacen saber lo que desea, sin embargo, debo ir a mi casa, y sobre todo tengo que cambiarme de ropa.

Al decírselo, tras asegurarme de que Rachel no está, le explico mis intenciones. Sin embargo, me encuentro con una propuesta, que no esperaba.

—Vale. Ve a tu casa, yo iré a la mía, cogeré ropa y algunas cosas y voy a la tuya.

Boquiabierta, sorprendida y sin ninguna arma con la que rebatir. De este modo me ha dejado, sin embargo, me gusta, mucho, demasiado, la idea de que duerma en mi casa, en mi cama.

Capítulo 19

William Taylor

Conduzco de camino a mi casa con una sonrisa en la cara. Kiara no se esperaba mi respuesta. Mi madre, cuando era pequeño, solía decirme que era muy listo, pues siempre le rebatía sus propuestas, sobre todo para salirme con la mía.

Tengo claro lo que quiero, Kiara sabe lo que busco, lo que ella no se esperaba es que decretara que iría a su casa, tras coger algunas pertenencias de la mía.

Tal vez dentro de unos días le puedo dar una noche de tranquilidad, que no de soledad, eso es algo que no deseo. Desde ayer, tengo claro lo que codicio, y aunque Kiara se niegue a admitirlo en voz alta, sé que ella, anhela lo mismo que yo. En su caso, lo rebato por algo que concierne a su familia, aunque pronto lo voy a averiguar, y es entonces cuando concentraré todos mis esfuerzos en hacerla cambiar.

Albergo unos sentimientos en mi interior por Kiara que no me avergüenzan, ni me dan miedo, al contrario. Sonrío, pues sé que mi madre desde el cielo estará feliz por mí.

Llego a casa y lo primero que hago es coger una bolsa con cuidado, guardo un traje, una camisa. También un par de calzoncillos y por supuesto, las cosas de higiene, y mi perfume.

Mañana no voy a salir a correr, aunque eso no quita que renuncie a mi ejercicio diario, pues lo haré, pero con Kiara.

En el instante en que voy a coger la caja de condones, me doy cuenta de que el día anterior no lo he utilizado con ella. Maldigo en mi interior, porque pese a que ella es la mujer con la que quiero compartir mis días, y mis noches, es demasiado pronto.

Opto por cogerlos, aunque cuando llegue, hablaré con ella de este tema. No quiero que piense lo que no es. Diez minutos he tardado en coger lo que preciso y tras mirar la cena que me ha dejado la asistenta, opto por meterlo en un recipiente y llevarlo a casa de Kiara.

Cojo de nuevo el coche y en el navegador introduzco la dirección de Kiara.

El trayecto es corto y me alegro por ello, la verdad, supuse que tardaría más, aunque hoy parece que el tráfico no es tan pesado como de costumbre.

Aparco cerca de su portal y al llegar veo cómo sale una mujer mayor, por lo que me apresuro a entrar antes de que se cierre la puerta.

Subo por las escaleras y al llegar a su puerta, llamo. Segundos después, Kiara me abre la puerta, vestida con una camiseta que deja al descubierto un hombro, y que deja entrever que no lleva sujetador. En sus piernas lleva un pantalón holgado, como si fueran de yoga.

Su ropa hace que me relama, por todos los pensamientos que me asaltan. Accedo al interior, y miro a mi alrededor, aunque mi escrutinio es interrumpido por un sonido. El de la puerta, poco a poco me giro buscándola.

La encuentro apoyada en la puerta, con una pose que hace que mi raciocinio se evapore, interesándose solo por una cosa, o, mejor dicho, buscando una única cosa. Hacer mía a Kiara en esa posición, algo que no tardo en hacer.

Un tiempo después, bajo de mis caderas a Kiara, tras vaciarme en su interior. Damos unos pequeños pasos, hasta alcanzar un rollo de papel. Nos limpiamos y en ese momento, decido explicar lo que me preocupa.

—Kiara, te quiero preguntar, hoy me he dado cuenta de que no he utilizado preservativo

contigo, ni ayer, ni hoy. —Ella me mira escéptica, pero no dice nada—, ¿tú tomas la píldora?

El silencio es lo que se escucha durante unos segundos.

—William, tomo la píldora desde que tenía la mayoría de edad. No tienes que preocuparte, no voy a quedarme embarazada, no soy ese tipo de mujeres.

El tono en que lo dice, me hace intuir que ella ha querido dejar claro, que ella no es así. De inmediato, percibo como ella se arrepiente, por lo que opto por cambiar el tema.

—En todo caso la culpa sería mía. Reconozco que contigo, me olvido de ponérmelo. Deseo poseerte como nunca he hecho con otras. Ni siquiera con la morena con la que me viste.

Kiara me mira incrédula, no se lo cree, pero no pasa nada. Se lo pienso demostrar. Poco después me dice dónde está su dormitorio, y antes de llevar la bolsa que he traído, dejo el recipiente en la barra que divide la cocina del salón.

Cabe decir que esas horas con Kiara son maravillosas, solo basta un roce para encendernos igual que dos adolescentes. Tras un último asalto, donde le he hecho el amor, de forma lenta, pausada, acariciándola cada centímetro de piel, disfrutando de esa conexión única que ambos sentimos, paseo con lentitud las yemas de sus dedos, su espalda. Ella no tarda en quedarse dormida en esa posición, mientras que yo reflexiono como le voy a explicar que deseo dormir cada noche con ella, que no deseo alejarme ni un metro si lo puedo evitar.

Con ese pensamiento en mi mente caigo en un profundo sueño, hasta que escucho la alarma de mi móvil. Me giro para alcanzar el dichoso aparato, y una vez lo he silenciado, vuelvo para mirar a mi acompañante.

Kiara se revuelve un poco, pero continúa durmiendo. Su cuerpo se encuentra tapado por una sábana, por eso, la levanto para comprobar que durante la noche no se haya puesto ninguna prenda.

La suerte me sonrío al verificar que no, por eso, me deslizo en el interior, hasta alcanzar la parte que deseo, su centro. Respiro antes de apartar un poco más sus piernas con el único fin de tener accesible su centro.

Al estar en la posición que deseo, con la ayuda de mis dedos, abro sus labios exteriores, antes de darme un festín, mi lengua repasa su hendidura arriba y abajo, como si fuera un helado. Kiara se revuelve, y no tardo en ver cómo emana de su cuerpo esa humedad que me indica que le gusta lo que le hago.

Una de sus piernas, se sitúa encima de mi hombro, facilitándome el acceso, no pierdo ocasión, y me como su coño con pasión, con fervor, con mi boca y dos de mis dedos, los cuales, salen y entran en su interior con una increíble velocidad, los cuales casi igualan sus gemidos, al menos hasta que un largo alarido, y un chorro de su interior sale de su centro.

No he tenido suficiente, saco mis dedos y chupo como si fuera un bebé que se encuentra succionando de la teta, al menos, hasta que todo mi autocontrol se evapora, por eso, aparto la sábana y una vez estoy sentado sobre mis talones, introduzco mi miembro, el cual, se encuentra tan duro como un diamante, y la embisto como un animal.

Kiara emite un gemido de satisfacción antes de incorporarse. Ambos quedamos semisentados, y ambos somos los que nos movemos buscándonos, tentándonos, hasta que alcanzamos la cúspide del placer.

La conexión que comenzó en el acto sexual, se mantiene al acabarlo. Kiara y yo nos besamos, nos acariciamos queriendo alargar el momento. Por eso, siento que, para ella, ha sido mucho más, tal vez es demasiado pronto para confesarnos que nos amamos, no obstante, ambos lo hemos sentido, y con ese acto, ha quedado constatado, aunque sean sin palabras.

Capítulo 20

Kiara Smith

Aunque no lo diga en voz alta, aunque me empeñe en negármelo en mi interior, la realidad es que me he enamorado de William. Lo quiero, pero no puedo evitar tener miedo.

Siempre he evitado parecerme a mi progenitora, no deseo parecerme a ella en lo más mínimo, no obstante, si continúo por este camino, seguiré sus pasos y no puedo evitar compararme con ella.

Poca gente conoce cuál son mis padres, Kate y mi tía, la hermana de mi madre, son las personas que saben toda la verdad, toda la historia, una que puede asustar y avergonzar a cualquier persona.

Si prosigo por este camino, es muy probable que todo salga a la luz. Que la gente conozca mi procedencia no me importa, no obstante, no albergo ninguna posibilidad si William se entera de mi pasado, el cual, no estimo que se lo tome de buen grado.

Pero, ¿cómo mantenerlo oculto?, si continúo manteniendo esta relación en privado, sí, pero al fin y acabo voy a mantener una relación con él, sin que se entere de donde provengo. No tengo ni la más remota idea.

Dejo esos pensamientos a un lado, pues William entra en mi despacho por la puerta que conecta ambos despachos.

—Hola, preciosa —saluda acercándose a la silla frente a mi mesa.

—Hola. ¿Qué tal la reunión con el equipo de Fort Myers? —cuestiono lo más profesional posible.

—Bien. La obra avanza según lo previsto. Le he encargado al responsable que me mantenga al tanto, sobre todo, cuando se ejecuten los cambios que hemos acordado.

—Perfecto. Es una buena noticia —manifiesto con una sonrisa.

—En efecto. Bueno, ahora dime, ¿qué tal tu mañana?

—Pues ha estado entretenida comprobando los informes y evaluaciones de New Hampshire.

—Algo de lo que nos tengamos que preocupar.

—Sí. Por lo visto hay un pequeño retraso con un pedido. La empresa ha pedido una prórroga para abastecernos, pero eso supone una demora en la entrega.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Por lo que he leído, dos meses.

—¿Qué se puede hacer?

—Contratar más operarios en cuanto entren los materiales.

—Bien. Hazlo, da la orden. Quiero terminarla en el plazo. No nos podemos retrasar.

—De acuerdo.

—¿Algo más?

—Mmm. Creo que no.

—Perfecto. Entonces hablamos más tarde.

Observo como se levanta, mientras me mira con intensidad. No puedo evitar repasarlo de arriba abajo, parándome un poco más para observar algunas zonas.

—Kiara —me llama William y lo miro a los ojos—. Te espero para cenar en mi casa.

Levanto una ceja y me levanto de mi sillón, mientras que lo miro.

—En tu casa —menciono mordiéndome el labio inferior—. ¿Y a qué se debe esa invitación? —cuestiono apoyándome en la esquina derecha de la mesa.

—Por supuesto, se trata de una invitación indecente, por supuesto, no acepto un no por respuesta. No te demores mucho —explica con voz calmada, aunque sus ojos emiten pasión.

—Claro que no, ahí estaré.

William se marcha y yo, mientras vuelvo a mi sitio, intento recomponerme como puedo. Pese a todas las veces que hemos satisfecho nuestras necesidades sexuales, la tensión sexual que hay entre los dos, no disminuyen, sino que aumentan. Eso me confirma que no ando muy desencaminada, al saber que lo que siento por William es mucho más grande.

Poco antes de las dos, unos toques en la puerta, hacen que levante la vida de los informes. Una vez dado paso, entra Rachel. En su mano lleva una carpeta.

—Hola, Kiara, te traigo el informe impreso del responsable de Newport. Me ha pedido que lo revise a conciencia.

Frunzo el ceño, pues eso suena a problemas.

—Claro, dámelo. Me pondré con ello ahora mismo.

—Perfecto, si necesitas que te traiga algo de comer, me avisas, voy a la cafetería de aquí al lado —explica tendiéndome la carpeta.

—Genial. Tráeme un bocadillo, —manifiesto abriéndola. Mi cara no debe de ser muy buena, pues Rachel antes de irse me pregunta.

—¿Problemas?

—Más de lo que crees —murmuro, leyendo con calma, pues no puede ser que ocurra lo mismo en dos obras, de diferentes estados.

Busco en el informe la empresa de abastecimiento y para mi consternación, es la misma de la de New Hampshire. Me temo lo peor, es por eso, que busco en cuantas obras nos abastece. Abro los ojos asustada por lo que me encuentro.

Miro hacia la oficina de William y lo veo hablando por teléfono. Por los gestos, no me es muy difícil saber que está discutiendo.

De inmediato me pongo a intentar arreglar este desastre y lo primero que hago es contactar por teléfono con la empresa. La secretaria me indica que se encuentra comiendo y que le pasará el recado.

—Esto pinta muy mal —musito en voz alta.

Sin perder tiempo, reviso el contrato de cada obra, algo debe de haber, para poder cogerles de las pelotas. Una vez lo he leído, no lo consulto ni con William, el cual, se encuentra aun discutiendo por el teléfono móvil.

Redacto un *email* y le dejo claro, que tiene diez días para surtir en las obras los materiales, de lo contrario se rescindirá todos los contratos y se le pedirá una indemnización, además de la devolución del anticipo que ha recibido por cada una de las obras.

Espero ser lo suficiente tajante, para dejarle claro, que con nosotros no se puede jugar y salir indemne. Pongo a William y al encargado de la obra con copia oculta para que tengan constancia de mi movimiento.

En cuanto doy la tecla de enviar, miro a William y veo cómo cuelga en ese momento. Ni siquiera me paro a pensar que debería dejar que se relaje, me levanto y voy hacia la puerta.

—William, tenemos un problema —expongo, entrando en su despacho.

Capítulo 21

William Taylor

Me resulta muy extraño lo sucedido en la obra de New Hampshire, por eso, hago unas averiguaciones, pues temo que mi padre ande en el ajo. Algo en mi interior, me está avisando, por lo que, tras preguntar a varias personas, no lo reflexiono y llamo a mi progenitor.

—Hola, hijo. Esperaba tu llamada —indica con guasa.

—¿Por qué no me sorprende?

—Siempre fuiste muy listo, sabía que en nada sabrías que conmigo no se juega —asevera de forma prepotente.

—¿Entonces lo admites? —insisto—. ¿Dime por qué? —interrogo.

—¿Aún no has aprendido que conmigo no se juega? Vuelve a la empresa y te prometo que no interferiré más en las obras de esa empresa de tres cuartos.

—¿Entonces es eso? Solo quieres que vuelva a estar bajo tu yugo —reitero—. ¿Que no pueda decidir nada por mí mismo?

—No. Ya me has demostrado que cuando quieres puedes trabajar bien. Serás mi mano derecha, tendrás el puesto que quieres y solo tendrás que rendirme cuentas a mí.

—¿Pero te has vuelto loco? —exclamo cabreándome más—. ¿Cómo eres capaz de pedirme eso?

—Un respeto, William. Soy tu padre, no me faltes el respeto, ni juegues conmigo. Ah, y antes de que se me olvide. Quiero que rompas esa relación que tienes con tu asistenta.

—¿Qué? —exclamo o mejor dicho grito.

—Sí. No quiero que sigas con esa relación, ahora te quiero concentrado en el trabajo, si necesitas liberar tensiones te puedo enseñar buenos clubs donde follar como te dé la gana, pero las relaciones solo traen problemas. Tienes que aprenderlo.

No puedo permitir que mi padre quiera dirigir mi vida, eso no lo pienso permitir, por eso le digo con toda la calma posible.

—Eso que me acabas de solicitar, puedes ir olvidándolo, no pienso hacerte caso. Puede que seas mi padre, pero eso no te da derecho a mandar en mi vida.

—Puedo hacer eso y mucho más. Si no estás conmigo, estás contra mí. Y te puedo asegurar de que no me temblará la mano si tengo que arrasar con todo lo que te importa. Reduciré hasta las cenizas a esa empresa que tantos dolores me ha dado y esa chica... digamos que puedo ser el verdugo que le diga a su familia donde se encuentra y de paso que vuelva al infierno que era su vida.

—¡No te atreverás!

—Ya tienes una muestra de lo que soy capaz. No lo reflexiones mucho y toma una decisión. El tiempo se acaba... Tic Tac, William —indica antes de colgar.

La furia corre por todo mi cuerpo, no entiendo cómo mi padre puede hacerme algo así. Es una jugarreta tan rastrera, que aún no he podido asimilar.

Tengo claro que mi padre puede seguir intentando boicotear cada una de las obras, solo para dejarme en la calle y sin una empresa que dirigir. Me lo ha dejado muy claro, si no vuelvo, acabará con la empresa, hasta que no quede nada.

No puedo permitir eso, no puedo permitir que mi padre arruine lo único que queda de la

familia de mi madre. Y no es solo la empresa, por algún motivo que aún desconozco, mi padre sabe que tengo algo con Kiara, me lo ha dicho.

Ella es el segundo punto flaco donde puede atacarme, me frustro solo en pensar que con todo no puedo. Debo reflexionar todo con claridad, planificar una estrategia y llevarla a cabo. Solo así podré resultar ganador.

Ahora mismo tengo todas las de perder, pero en algún momento cambiarán las tornas y entonces seré el verdugo que vaya por él.

En cuánto cuelgo la llamada, Kiara entra como un ventanal en mi despacho.

—William, tenemos un problema.

—Kiara, dame unos minutos. Por favor, déjame solo.

Ella se para en seco y me mira incrédula. En sus ojos veo con claridad la confusión, y rabia. En los míos debe de ver mi súplica, pues asiente y vuelve a su despacho.

Sin perder el tiempo, me levanto y cojo mis pertenencias. En el vestíbulo llamo a mi tío y me indica que está en su casa. Antes de colgar le manifiesto que voy hacia allí, pues tengo que hablar con él urgentemente.

Bajo al subsuelo, y arranco el coche. Por la rabia que siento ante los últimos acontecimientos, no me doy cuenta de que alguien está oculto tras una columna, y salgo del aparcamiento, quemando rueda para la satisfacción del desconocido.

Conduzco por las calles de New York con precisión y tomo la carretera que me lleva hasta la casa de mi tío. Piso el acelerador, queriendo liberarme de la presión que siento, sin embargo, me preocupo al comprobar que mi coche no me reacciona para frenar.

No hay que ser muy listo para saber que han manipulado mi coche para dejarme sin frenos. Enciendo las luces de emergencia y llamo a Kiara, tengo que avisarle de lo que sucede.

—William, ¿Por qué te has ido? Tenemos un problema con una empresa.

—Kiara, escúchame —le interrumpo—, han manipulado mi coche, estoy sin frenos por la carretera.

—William, pero... ¿Dónde estás?

—Iba adónde mi tío. Kiara... ha sido mi padre, todo ha sido por mi padre. Tienes que cuidarte, es una persona peligrosa.

—William, espera que llame a emergencias. No me cuelgues.

Para mi desgracia, poco después veo como un todoterreno, se sitúa detrás de mí, y aunque nada le hace llamativo, sé que estoy en peligro y por eso se lo hago saber a Kiara.

—Kiara, nena. Tengo un todoterreno pegado atrás.

—William, no cortes, estoy dándole tus datos.

En el momento en que respondo la llamada de la teleoperadora de emergencias, solo me da tiempo para comunicarle en qué carretera estoy, qué coche conduzco.

Cuando voy a añadir la matrícula del todoterreno, este comienza a embestirme por detrás haciendo que pierda el control del coche.

Mi último pensamiento antes de perder la conciencia es para Kiara.

Capítulo 22

Kiara Smith

En mi mente solo repito dos palabras desde hace diez minutos.

«Vaya mierda».

Antes de irme, he llamado a Charlie y le he explicado lo que ocurre, ellos también van de camino al hospital donde han llevado a William.

He dejado a Rachel con las indicaciones que debe seguir. No se me olvidan las frases que William me dijo antes de cortar la comunicación.

«Ha sido mi padre, todo es culpa de mi padre».

Llego al hospital y a la primera que veo es a la tía de William. Se halla llorando, desconsolada, me acerco a ella y nos abrazamos. En ese momento, compruebo que yo también estoy sollozando.

Nos separamos, y veo a Charlie acercarse.

—¿Qué se sabe? ¿Está bien? —preguntamos primero su esposa, y luego yo.

—En este momento está en el quirófano, tenemos que esperar, aunque me han dicho que es grave —nos informa con los ojos vidriosos.

—Se ve a poner bien, es un muchacho fuerte y joven —manifiesta Kimberly, su mujer, antes de abrazarle.

Veo la esperanza, pero también la tristeza y la pena en el rostro del que fue el CEO de la empresa.

El tiempo transcurre despacio, pasado un rato, decido comentarle lo que me expuso William antes del accidente.

—Charlie, tengo que decirte algo que me dijo William.

—Sí, dime qué es.

—Él me dijo que todo era culpa de su padre.

Ambos no tardan en mirarme impresionados. Charlie abre la boca para responderme, en el instante en que se acerca un policía a nosotros.

—¿Son familiares de William Taylor?

—En efecto, soy tío —informa Charlie.

—Soy el oficial que está investigando el accidente de su sobrino —anuncia para los dos—. ¿Usted fue quien llamó a emergencias? —cuestiona mirándome.

—En efecto. Soy Kiara Smith, soy la asistente ejecutiva de William.

—Puede decirme que le dijo.

—Sí, repitió varias veces que el culpable de todo era de su padre. Que toda la culpa era de él.

—Entiendo —murmura anotando—. Saben si el señor Taylor se encuentra por aquí o ha venido.

—El padre de William no se apellida Taylor, —interviene su tío enfadado—, William adquirió el apellido materno, cuando su padre se volvió a casar, su nombre es Patrick Morton.

—Gracias por la información, señor Taylor —agradece el agente antes de centrarse en mí—. Es necesario saber cómo fueron los acontecimientos. Dígame que sí ocurrió algo llamativo.

—Sí, yo debía hablar con él por un problema y varias veces comprobé que estaba discutiendo con alguien por teléfono.

—¿Sabe con quién?

—Lo desconozco, cuando colgó me dirigí hacia él, pero me dijo que necesitaba unos minutos, la verdad no sé cuándo se marchó, no me di cuenta.

—William habló con su padre, era con quien discutía —interviene Charlie—. Y venía a mi casa para pedirme consejo, al parecer su padre le estaba chantajeando.

—Comprendo. Y cuando la llamé, que le dijo.

—Que todo era culpa de su padre, que es una persona peligrosa y que debía cuidarme.

—Perfecto. Hablaremos con él y seguiremos investigando. Deben saber que el vehículo de William fue manipulado para quedarse sin frenos.

Una exclamación de los tres sale de nuestras bocas, pues no lo esperábamos.

Segundos después, tras darle nuestros contactos, se marcha. Nosotros volvemos a sentarnos, para seguir esperando, sin embargo, es por poco tiempo, pues el médico que le ha operado nos llama.

—Soy el médico que ha operado a William. Cuando llegó al hospital su estado era crítico y al comprobar sus heridas fue intervenido con urgencia. Lo que más nos preocupa es un coágulo que presentaba en el cerebro, ahora mismo lo mantenemos en coma inducido, esperamos que se siga absorbiendo.

—Entiendo —manifiesta Charlie.

El médico se marcha y Charlie de camino a la sala de espera me explica.

—Kiara tienes que hacerte cargo de la empresa. De momento será temporal, iremos viendo. Mañana iré a la empresa y te entregaré un poder para que puedas actuar libremente. Confío en ti.

Me emociono porque no me lo esperaba, sin embargo, soy capaz de desempeñar ese puesto. Solo espero que William no tarde mucho en estar recuperado, pues más que la empresa, la que lo necesita, soy yo.

Durante todo el mes, he estado ejerciendo como CEO en funciones de la empresa. Durante este tiempo me he tenido que enfrentar a empresarios que no han dudado en cuestionar mi eficiencia, otros se han creído que, por ser mujer, no debería ocupar ese puesto. En fin, a todos ellos, les he cerrado el pico y de paso he dañado su ego, el cual, era muy grande.

No lo siento, no lo lamento, si no desean salir escaldados, que no cuestionen cosas que no son ciertas. Las conversaciones con Charlie son diarias, incluso en varias ocasiones ha venido a las comidas que he tenido con empresarios.

La angustia que sentía al inicio por William no ha menguado, incluso ha crecido, la diferencia es que he aprendido a sobrellevarlo, aunque solo por el día, pues por la noche, las lágrimas caen por mis mejillas cuando voy a verlo, puesto que la esperanza no la he perdido, ni su tío tampoco.

Segunda parte

Capítulo 23

William Taylor

Al abrir los ojos, una luz cegadora me da de lleno en mis pupilas. No lo puedo evitar, por eso, los cierro de golpe. Aún no sé dónde estoy, ni porqué me siento tan cansado si en teoría he dormido.

Vuelvo a abrirlos poco a poco y lo que veo me inquieta.

«Estoy en un hospital», indico en mi mente.

Antes de que busque el aparato que sirve para llamar a la enfermera, la puerta se abre y veo una morena muy bella entrar. Ella se queda mirándome y de repente, se abalanza sobre mí.

—¡William estás despierto! —susurra emocionada cerca de mi cuello.

Yo me quedo quieto porque no la conozco, quizás sea alguien que he conocido hace poco, pues los recuerdos son muy confusos. Creo que ella se da cuenta de que no la abrazo, pues no he hecho el más mínimo intento en hacerlo, entonces ella se separa.

—¿Will? —cuestiona asustada.

—Lo siento, señorita, pero no la recuerdo —revelo, para su consternación.

Ella rápidamente pulsa el botón y poco después una enfermera abre la puerta. Al ver que estoy despierto, le dice a otra que avise al médico. La enfermera se dispone a hacer su trabajo, entretanto la desconocida, se aparta y llama a alguien.

Sigo sin saber qué hago en el hospital, qué me ha ocurrido, por eso, nada más aparece el doctor, le pregunto.

—Perdone, puede decirme que ha pasado para que esté en el hospital —manifiesto inquieto.

El hombre se acerca a mí y comienza a preguntarme.

—Tuvo un accidente automovilístico. ¿Se acuerda de ello? —revela y yo intento buscar ese suceso entre las lagunas de mi mente.

—No —aclaro tenso.

—De acuerdo, —explica anotando—. ¿Se acuerda de su nombre?

—Sí, soy William Taylor —proclamo con claridad.

—Perfecto. ¿Recuerdas que día naciste?

—El 28 de mayo de 1993, —respondo antes de preguntar—, doctor, ¿puede decirme que día es hoy?

—Hoy es 21 de junio del 2023 —informa sin mirarme.

—No puede ser... —exclamo nervioso—. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—No estuvo dormido, ha estado en coma más de dos meses —aclaro mirándome.

Emito una exclamación, la cual, no he podido controlar.

—¿Qué es lo último que recuerda? —cuestiona y no puedo decirlo con claridad, por eso le expongo.

—Es todo muy confuso, no lo tengo claro.

—Bueno, no se preocupe, muchas veces con el paso de las horas, los recuerdos vuelven a estar. Sin embargo, voy a ordenar que le hagan unas pruebas mañana para comprobar que no hay nada extraño.

—Por supuesto. Se lo agradezco.

—Intente dormir y descansar. No se fuerce. Lo que ahora no recuerda, puede hacerlo dentro de

unas horas.

El médico se despide y vuelvo a mirar de nuevo a la morena. Ella solo me mira hasta que la puerta se vuelve a abrir. Mi padre entra en la habitación y veo cómo la mujer le dirige una mirada cargada de rencor y asco.

—Hola, hijo. Me ha dado la buena noticia el doctor.

—¿Cuál? No recuerdo nada de los últimos tres o cuatro meses.

—Bueno, eso no es importante, que estés despierto es la noticia que nos debe alegrar.

Mi padre mira alrededor, mientras yo intento evaluar la situación, entonces repara en la chica.

—¿Aún sigues aquí?, —asevera mi padre a la chica—, no entiendo por qué no te has marchado. Mi hijo no te recuerda, lo mejor que podrías hacer es irte y no volver nunca más.

—¿Usted cree? —cuestiona la mujer haciéndole frente—. Pues escuche con atención, no me voy a ir porque usted lo diga.

—Engreída —murmura mi progenitor en voz baja, aunque lo he escuchado.

Voy a preguntar a mi padre, sin embargo, en ese momento, la puerta se abre y entran mis tíos. La sonrisa de alegría de ambos hace que mi corazón salte de emoción.

Una vez me saludan y me prodigan algunas palabras de cariño, viene el momento incómodo.

—William, ¿no recuerdas a Kiara? Es tu asistente ejecutiva.

La confusión es palpable en mi rostro. No entiendo nada. En la empresa de mi padre soy un cero a la izquierda, no logro comprender cómo ahora tengo una asistente ejecutiva.

En ese momento, la mujer que no conozco le dice a mi tío que no la recuerdo, que no recuerdo nada de hace unos meses. Mi tío frunce el ceño y me mira. Entonces dice algo que me deja todavía más perplejo.

—William, tres semanas antes del accidente, renunciaste a tu puesto, de no soy nada en la empresa de tu padre, para convertirte en mi sucesor en la que era mi empresa, la de tu familia materna.

Miro a mi padre y a tío alternando, en el rostro de mi padre se percibe con claridad la rabia, en la de mi tío la incertidumbre. No obstante, antes de tomar una decisión o de pronunciarme, mi padre suelta un discurso que para nada nos esperábamos todos los presentes.

—Hijo. Sé que probablemente sea un poco tarde para este anuncio, pero si quieres volver a la empresa como mi mano derecha, serás bienvenido sin dudarlo.

Capítulo 24

Kiara Smith

Lo que en un principio iba a ser cuestión de unos días, se ha convertido en mucho más. Pese a que estoy más que preparada para desempeñar este puesto, no ha sido un camino de rosas.

En tan solo una semana, he lidiado con empresarios que no querían ni hablar conmigo. Han cuestionado mi estatus en la empresa más veces de las que puedo imaginar y además he tenido que aprender a saber que batallas debo luchar y cuáles ignorar. Porque sí, hasta eso he tenido que hacer.

El poder que Charlie me ha otorgado, se detalla que mientras William se encuentre en coma, soy yo la que tiene pleno derecho para poder negociar, firmar y rescindir contratos y todo lo referente a la empresa y sus obras.

Parece poco, ¿verdad? Pues a eso sumar que mi familia ya conoce mi paradero, el nombre de la empresa, y por supuesto no se quedaron en Maine, en la casa familiar, sino que la matriarca se ha atrevido a venir a la empresa a ordenarme que vuelva a casa para cumplir con mis obligaciones.

—¿Hasta cuándo seguiréis con lo mismo? Yo pensé que ya había quedado claro que no voy a casarme con Peter —menciono con una voz clara, y tono de voz que empleo cuando estoy en una reunión de trabajo.

—No quiero escuchar ningún discurso —asevera mi madre—. Mañana nos volveremos a Maine, tu tiempo de rebeldía se ha acabado.

—Lo que se ha acabado son tus órdenes. Yo aquí no soy una don nadie, soy una mujer de éxito, soy Kiara Smith, la CEO en funciones de esta empresa y lo que tú quieras conseguir, lo tendrás que hacer tú misma o buscar a otra imbécil que lo haga por ti.

El bufido nada femenino que sale por su boca no puede contenerlo, y su expresión de furia aún menos. No sé qué es lo que le pasa por su mente, cuando intenta agredirme, pero la cuestión, es que no lo consigue, pues los agentes de seguridad que se encontraban en la puerta, lo impiden.

Una vez la han sujetado, doy unos pasos y les pido a los chicos que la saquen y que le impidan el acceso en lo sucesivo. Los gritos y los pataleos que propina no son para nada femeninos, ni educados, sino que se asemejan a una loca desquiciada como las que podemos ver en las telenovelas.

Una vez la calma vuelve a la planta, Rachel y yo continuamos trabajando en nuestras tareas que no son pocas. Pues tengo que hacer el trabajo de William y mío, aunque Rachel, algunos días me alivia la carga de trabajo.

Cada día, antes de irme a mi casa, camino unas cuantas manzanas hasta llegar al hospital donde se encuentra William. Durante unos minutos, le hago compañía, les pregunto a las enfermeras y hasta en alguna ocasión me informa de los avances el médico que lleva su caso.

Un día, la verdad no recuerdo cuál, mientras el doctor nos decía los avances, el estruendoso grito del padre de William nos alerta tanto a Charlie como a mí.

—Sois unos desalmados. ¿Cómo os atrevéis a insinuar de que soy el culpable del accidente de mi hijo? —cuestiona furioso.

—No insinuamos nada. Fue lo que tu hijo dijo antes del accidente —responde Charlie.

—Ah, ¿sí? Qué bien os ha venido que esté dormido y no pueda decir que eso es una mentira.

—¿Usted cree? —interrogo, haciéndole frente—. Yo imagino que al que mejor le viene es a usted —aclaro sosteniéndole la mirada.

—Cállate, ¿tú que vas a saber? —me increpa con desprecio—. Que sepas Charlie, que mi hijo te iba a abandonar. Él iba a tu casa para decirte que renunciaba a su puesto, porque iba a volver conmigo.

—¡Eso es mentira! —menciona alzando la voz.

—Qué pena que mi hijo esté en coma y no pueda aclarar este tema. Ojalá pronto salga de este estado y te diga que se marcha. Ese momento lo pienso disfrutar, igual que cuando tu hermana me dio el sí, quiero para tu consternación.

—¡Maldito hijo de puta! —brama Charlie—. No te atrevas a nombrar a mi hermana. Déjala que descanse en paz.

La sonrisa del progenitor de William era de un hombre desquiciado, de una persona perversa y manipuladora. ¡Dios mío! Ahora sí que estoy segura de que algo ha tenido este hombre que ver en el accidente de mi jefe.

Por suerte, después de ese suceso, la calma comienza a ser visible, no así cuando me reúno con los empresarios. No obstante, me siento muy feliz, pues he podido solventar todos los problemas que han ido aconteciendo en la empresa y por consiguiente en las obras.

«Nos subestiman los hombres, por ser mujeres, pero nosotras somos tan capaces, y válidas como cualquier hombre».

Un mes después de que William entrara en coma, Charlie se reúne conmigo y me propone algo que al principio me asusta.

—Kiara, has comprobado con creces que eres capaz de desempeñar este cargo, estoy muy feliz, pues yo siempre vi un gran potencial en ti. Por eso quiero decirte que voy a ascenderte a vicepresidenta de la empresa.

Mi escepticismo es tal que Charlie me tranquiliza con su habitual labia. Por eso, unos minutos después me encuentro concretando todo lo referente a mi nuevo cargo y salario. Pues por más que intento que no sea tan elevado, él me da los argumentos suficientes para no rebajarlo más.

Una semana después, me hallo firmando el documento que sin duda me hace muy feliz y que al mismo tiempo me acojona terriblemente.

Kate ese día se empeña en salir a celebrarlo, mi tía casi me ordena que lo celebre de la forma que quiera, pero que lo haga. Al final, hago un poco de ambos. Kate y yo nos marchamos a la casa de Charlie, cerca del lago Ontario, durante un fin de semana, donde nos divertimos y descansamos.

Al regresar, me encuentro con la sorpresa de que tengo un apartamento de la empresa listo para mudarme. El apartamento se encuentra en el mismo edificio que William, algo que me gusta y al mismo tiempo me entristece.

Tras dos días que no he podido ir al hospital, aunque estuve al pendiente de todo, vuelvo a ir. Mi alegría es visible al ver que William se encuentra despierto, y sin pensar lo abrazo. En medio de mi alegría, percibo que algo no está del todo bien, pues William no me abraza, sino que permanece tenso.

Y al separarme obtengo la confirmación, puesto que William me pregunta quién soy. «Felicidades, Kiara, ahora estás en un tremendo problema».

Capítulo 25

William Taylor

Mi cabeza es un hervidero de emociones y situaciones. No he podido recordar nada, mi mente es una olla a presión. La enfermera, al ver mi mala cara, con amabilidad, me ha dado algo para la migraña que sufro, y después le ha pedido a todo el mundo que se marchen.

Al poco tiempo, caigo en un profundo sueño hasta el día siguiente. En el instante, en que el sol comienza a despuntar, dos enfermeras entran para el control y una vez me he aseado y desayunado, un celador aparece para llevarme a otra área. Por lo visto me van a hacer las dos pruebas que el doctor dijo ayer.

Tras una mañana de pruebas, vuelvo a mi habitación. Me relajo en la cama hasta que escucho a mi tío.

—Hola, sobrino. ¿Cómo estás? —pregunta con amabilidad.

—Ahora mismo cansado. He llegado hace un momento de las pruebas —revelo, incorporándome.

—Me alegro —responde.

Mi tío Charlie se acerca y presiento que me va a preguntar si he recordado algo, pero antes de que lo haga, mi padre entra en la estancia.

—Buenas tardes, hijo —me saluda ignorando a mi tío.

—Hola.

Soy testigo de las miradas que se dirigen los dos y cuando creo que ambos se pondrán a discutir en nada, una de las enfermeras de ayer entra y mira a ambos.

—No, señores, el paciente tiene que descansar, las discusiones fuera de este cuarto —proclama con seriedad—. Por favor, si no son capaces de comportarse, abandonen la habitación.

Mi tío guarda silencio, entretanto mi padre se pone rojo de la rabia. Se veía venir, pues la enfermera solo miraba a mi progenitor mientras hablaba.

—¿Quién es usted para hablarme así! Está claro que este hospital no es apropiado para que mi hijo se recupere del todo.

—¿Quién soy? Soy la jefa de enfermería, soy la mujer que ha estado cuidando de su hijo. Soy la profesional que quiere que se recupere y salga de aquí lo mejor posible. Haga el favor y no interfiera en mi trabajo y no cuestione mis indicaciones.

Mi padre furioso da un paso adelante para increparle, pero la puerta se vuelve a abrir y aparece la chica que aún no recuerdo, pero que al parecer es mi asistente.

—Buenas tardes —saluda, antes de acercarse a mi tío.

—¡Hombre, la que faltaba! —expone con sarcasmo mi padre—. ¿No tienes trabajo que hacer? Kiara ignora a mi padre, adrede y se acerca a la jefa de las enfermeras.

—Hola, Samantha. ¿Qué tal?

—Aquí estamos, Kiara —responde con una sonrisa la mujer.

Mi padre se desespera y al final se gira para lanzarme un ultimátum, muy propio de él.

—William, según me ha dicho el médico, en dos días te darán el alta. Tienes ese tiempo para decidir dónde vas a trabajar —proclama y sin dar opción a réplica, abandona el cuarto.

El silencio se hace en la habitación y aunque las caras de mi tío y Kiara son de tristeza, la esperanza se mantiene. Samanta me mira con lástima y una vez termina de tomar nota, se

marcha.

Charlie y Kiara los cuales se han apartado para hablar, terminan y mientras mi tío se acerca, ella se mantiene alejada.

—William, no voy a presionarte, confío en ti. Hace unos meses, no tuviste ninguna duda al aceptar mi proposición, pese a que ahora no lo recuerdes.

—Gracias, tío —manifiesto tranquilo.

En ese momento, el teléfono de Kiara comienza a sonar y ella se gira mientras contesta. Su tono de voz, pese a que es bajo, se percibe que está cargado de nerviosismo. Poco tarda en colgar y volverse hacia nosotros.

—Lo siento, es un tema de trabajo, debo marcharme. William, entiendo y comprendo tu situación, pero antes de irme me gustaría decirte que nuestra relación antes de tu accidente era mucho más que la relación laboral. Me harías muy feliz si en un futuro cercano recuperas la memoria, sin embargo, comprendo que eso no está al alcance de ninguno de los presentes.

Muevo la cabeza sin tener muy claro que estoy afirmando, segundos después, se marcha y yo miro a mi tío.

—¿Puedes contarme algo más? —le ruego.

—No puedo, pero Thomas está dispuesto a explicártelo. Yo conozco una parte, pero Kiara me ha pedido que sea tu amigo el que te lo cuente.

—¿Dónde está?

—De viaje, vendrá la semana que viene, sin embargo, me ha indicado que le llames si es preciso. En el cajón, —señala la mesa que tengo al lado—, está tu teléfono. Ahora te dejo, la enfermera tiene razón, tienes que descansar y esta tensión no ayuda en tu estado.

Asiento y murmuro.

—Espero tomar la decisión correcta.

Mi tío me mira esperanzado, antes de marcharse. Valoro llamar a mi amigo, la persona que posiblemente me pueda ayudar, sin embargo, antes de alcanzar el cajón, llega la comida, y pospongo mi propósito para después.

Una vez he comido, me quedo dormido sin pretenderlo, y al despertar, decido llamar a mi amigo.

—Hombre, el bello durmiente. Menos mal que tu tío y Kiara me han estado informando de todo.

—Hola, Thomas. Entonces sabrás que no recuerdo una mierda de estos meses.

—Eso es lo que no entiendo, pero he estado investigando que puede ser temporal.

—Sí, eso me ha dicho.

—Bueno, ¿qué quieres saber?

—Todo.

—Lo tuviste muy claro. Además, lo hiciste en dos días, de hecho, en tu celebración conociste a Kiara, la que no recuerdas ahora, pero que antes del accidente, al parecer lo que sentías por ella era muy profundo, así me lo confesaste tú mismo.

—Madre mía, estoy alucinando. ¿Tanto he cambiado?

—Sí.

Suelto un bufido y mi amigo me aconseja.

—Will, date tiempo, no te agobies, pero tengo que avisarte de algo que sucedió poco antes de tu accidente.

—¿Qué sucede?

—Kiara y Charlie aseguran que les dijiste que tu padre estaba detrás de tu accidente y también,

le dijiste a tu tío, que tu padre te había mandado un ultimátum.

—Pues ahora me ha ofrecido el puesto de vicepresidencia.

—Sí, pero tú sabes también como yo, que tu padre no da puntada sin hilo. Piénsalo, y sobre todo no te precipites.

Capítulo 26

Kiara Smith

Una mierda, todos los últimos acontecimientos que he vivido han sido una monumental cagada. Salgo del hospital con un cabreo de mil demonios, pues han contactado conmigo de la obra de Fort Myers, por un asunto bastante grave.

«Al final voy a tener que ir yo misma para asegurarme de que todo marche bien».

El trayecto en taxi hasta la oficina, lo hago llamando al responsable de obra, el cual, me da todas las explicaciones que le solicito. Una vez cuelgo la llamada, llamo a Rachel.

—Rachel, compra tres billetes a Florida —índico nada más descuelga—. Y llama a Matt y a Judith, pídeles que vengan a mi despacho en media hora.

—¿Tan grave es?

—Sí. Nos están saboteando, y voy a acabar con esto yo misma.

—Que tiemblen —escucho y creo que ha hablado en voz alta sin pretenderlo.

—Por supuesto. Estoy llegando a la oficina. Nos vemos en breve.

—De acuerdo.

Unos minutos más tarde, pago la carrera y entro al edificio. Al llegar a mi planta, accedo al despacho y Rachel entra poco después para contarme las novedades.

Una vez me pone al día de las llamadas, y del vuelo, se marcha dejándome con Matt y Judith. Dos personas en las que confío, y en las que me he apoyado en los últimos meses.

—Chicos, os necesito a ambos para solucionar los contratiempos que estamos sufriendo en la obra de Fort Myers. Matt, es preciso que dejes todo el trabajo más urgente, organizado o solucionado el día de hoy. Judith, delega la decoración en la obra de New Hampshire, te necesito en la obra de Florida por un tiempo —demando intentando transmitirles mi urgencia.

—Por supuesto, Kiara —aseguran los dos y poco después se marchan, siguiendo mis indicaciones.

Me siento y tomo el teléfono para advertir a Charlie de lo que está ocurriendo. No tarda ni tres toques en cogérmelo, y al explicarle lo que sucede y cuáles son mis intenciones me responde.

—Muy bien, Kiara. Te deseo buen viaje, porque estoy convencido de que la obra será terminada.

—Te agradezco la confianza.

No deseo preguntar por William, sin embargo, al final mi lengua va por libre.

—Charlie, ¿te ha dicho algo cuando me he ido?

—No. Pero le he dicho unas cosas, no creo que pase de hoy que llame a Thomas.

—De acuerdo. Gracias por decirme.

—A ti. Y cuídate.

—Por supuesto.

Cuelgo la llamada y me pongo a revisar unos informes. Al ver el volumen de trabajo, preveo que me dará la noche aquí, pero no me importa. Unas horas después, cuando la noche comienza a caer en New York, la pantalla de mi móvil se enciende y el nombre del mejor amigo de Will se muestra en ella.

—Hola, Thomas. ¿Qué tal?

—Bien, Kiara. No sé si sigues trabajando, pero quería decirte que acabo de hablar con William

y le he contado lo que teníais.

—Muchas gracias por decirme, aun así, eso no cambia el hecho de que no me recuerda —revelo triste.

—Lo sé, pero como le conozco, sé que he sembrado la duda en él.

—¿Qué le has dicho? —inquiero mientras mi mente trabaja—. ¿No le habrás contado que su padre está intentando arruinar la empresa? ¿O sí?

—No. Pero William sabe que su padre hace las cosas o cambia por algún motivo y el beneficiario siempre es él.

—Vale, bueno. Te aviso que me marchó mañana temprano a Florida.

—Imagino que habrá un tremendo problema cuando vas tú misma.

—Estoy sin diseñadora, tengo un problema de narices con unos permisos que al parecer me han retirado, porque hemos incurrido en alguna ley de la zona.

—¡Joder! Eso sí que es grave. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

—Te lo agradezco, no obstante, estoy segura de que lo solucionaré.

—Bien. Te dejo, tengo trabajo por hacer. Vamos hablando —explica antes de cortar la llamada.

Dejo nuevamente el teléfono y continúo con el trabajo. Unas horas después, una llamada de Kate, me indica las horas que son.

—Kiara, si te vas de viaje, lo lógico es que duermas unas horas —menciona mi amiga tras los saludos.

—Lo sé, casi acabo y voy a casa —le hago saber y un rato después, tras dejar lo más importante finalizado, abandono mi despacho y bajo hasta el vestíbulo.

El guardia de seguridad me abre la puerta, después de regañarme, pues es muy tarde para irme, pero al ver a Kate, asiente conforme.

Mi amiga conduce por las calles hasta mi casa y al aparcar en el garaje, subimos mientras hablamos de lo acontecido hoy.

—Tenías que ver cómo me trata ese ser —explico a Kate hablando del padre de William.

—Dale su merecido. Se lo ha ganado —expone con rabia.

—Ya, eso estoy haciendo. Hasta el momento no ha podido tumbar ninguna de nuestras obras. Cada vez es más débil, aun así, no deja de intentarlo.

—Es que aún no entiendo qué le ha podido decir a Hellen para que os abandone.

—No te preocupes, lo voy a averiguar, y si quiere continuar trabajando en lo sucesivo con nuestra empresa, deberá hacer pública una disculpa y explicar lo ocurrido.

—Bien dicho, de este modo, la gente del sector poco a poco sabrá qué tipo de persona es.

—Sí. Por el único que lamento todo esto es por William, aún no sabemos si volverá con él, o continuará con nosotros.

Capítulo 27

William Smith

Desde que colgué a mi amigo, he dado vueltas a sus palabras. Kiara, mi padre, la empresa. Lo sorprendente de todo es que siempre pongo a ella en el primer lugar, cuando antes era siempre la empresa.

Thomas tiene el don de decir mucho, con pocas palabras. Y, sobre todo, ocultar en su discurso con una advertencia. Ese tu padre no da puntada sin hilo, es muy cierto. Tampoco debo obviar, que desde que desperté, cada vez que veo a mi padre, algo me dice que debo estar alerta, como si hubiera un peligro.

Si esto fuera una película, estoy seguro de que pondrían una de esas melodías de miedo, como las que se escuchan cuando el asesino va a aparecer.

Esa es la forma que tienen para que el cuerpo se alerte, para que el espectador esté atento, por qué algo ocurrirá. En fin, puede que, tras el accidente, esté un poco susceptible, pero creo que es algo que puedo permitirme.

Unos toques en la puerta me sacan de mis pensamientos y ruego que no sea mi padre. Dos hombres uniformados aparecen en mi campo de visión y me tenso de inmediato.

—Buenas tardes, William. Somos los agentes Johnson y Brown.

—Hola, agentes.

—Ayer nos notificaron que habías salido del coma y aunque sabemos que no recuerdas nada de ello, queríamos probar suerte.

—Le han informado bien, no recuerdo nada desde marzo aproximadamente. Lamento no ser muy de ayuda. Pero me gustaría que me dijeran todo lo referente al accidente.

—Bueno, poco más de lo que ya le habrán podido decir sus familiares.

—Esa es la cuestión, es que no me han informado nada de ello —insisto, pues ellos deben de saber algo al respecto.

—Bueno, sus frenos fueron manipulados, en las cámaras del aparcamiento se vio a una persona rondando por su coche. Luego está la llamada que efectuó a Kiara, entonces su asistente, donde aseguró que su padre estaba detrás de todo.

—¿¡Cómo dicen!? —exclamo sentándome y en ese momento una punzada de dolor me atraviesa el cerebro.

El dolor es tan fuerte, que me retuerzo sin poder controlarlo. Me llevo las manos a la cabeza, intentando controlar ese dolor punzante que me atraviesa.

La enfermera entra como un vendaval y me inyecta un calmante en la vía que tengo. Poco a poco, el dolor comienza a diluirse, pero también siento cómo caigo en un sueño profundo, sin poder evitarlo.

Lo que me inyectó la enfermera ha surtido el efecto correcto, pues duermo hasta el día siguiente y al despertar no hay ni rastro del dolor que sufrí ayer. Lo único bueno de todo esto es que comienzo a recordar algunas cosas, incluso momentos que pasé con Kiara.

—No sé qué me pasó. Un dolor me atravesó. Como si fuera un rayo.

—¿Y tras ese episodio recuerda algo más? —interroga el doctor, dejando a la vista sus intenciones.

—La verdad es que no —menciono con calma. Le mantengo la mirada, para que vea que no

oculto nada, aunque no es para nada la verdad. Ahora lo tengo claro, pero para proteger a Kiara y la empresa familiar tengo que mantener esta estrategia.

—Bien, bueno. Si el día de hoy no ocurre nada similar, es posible que mañana te dé el alta.

—Gracias. Por cierto, le quiero hacer una pregunta, ¿sabe de qué comisaria son los policías que ayer vinieron?

—Pues lo desconozco, seguro que su familia sí conoce ese dato.

—De acuerdo, gracias.

El médico se marcha y yo, una vez estoy seguro de que no me interrumpirán, llamo a mi amigo.

—Hola, Will, ¿Qué tal va tu estancia en el hospital?

—Bien. Quiero preguntarte, ¿mañana estarás de vuelta?

—Justo hace una media hora que estoy aquí. ¿Qué sucede?

—Puedes venir con algo de ropa y prestarme dinero. Mañana parece ser que me dan el alta y no sé qué tengo aquí.

—Sin problema. Te veo en un rato.

Cuelgo y me siento en la silla, aunque unos minutos después llega mi padre.

—¡Buenos días, hijo! —exclama contento—. ¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Lo celebro. Y dime, hijo. ¿Ya has tomado una decisión?

—Sí. Voy a volver a tu empresa.

Veo cómo la sorpresa se adueña del rostro de mi progenitor y ahora sé que viene lo difícil, porque mantener esta actitud con él, estoy seguro de que será una tarea titánica.

—Lo celebro. Voy a ordenar que pongan tu despacho cerca del mío y a preparar todo para cuando puedas volver.

—Me parece bien.

La euforia de mi padre es desproporcionada ante la noticia, e intuyo que mucho tiene que ver que abandone la empresa de mi tío.

«Espero que Kiara esté haciendo un buen trabajo, aunque no albergo ninguna duda de que es así».

Mi padre abandona mi cuarto y yo respiro aliviado, entretanto en mi cabeza planifico una estrategia para neutralizar a mi padre y de paso, minimizar las consecuencias de sus actos. Unas horas después, aparece Thomas y le explico mi plan.

—Amigo, por nada del mundo puedes contarle mi plan a otra persona, mucho menos Kate, Kiara o mi tío.

—¿Estás seguro de ello? —interroga, inquieto.

—No me queda de otra. Debo proteger a todos ellos y lo mejor es que no sepan nada.

—En eso te doy la razón, pero... no sé... —indica dudando, no obstante, sé que no hablará con nadie de esto, pues si de alguien estoy seguro es de la lealtad de mi mejor amigo.

Capítulo 28

Kiara Smith

Desde que llegamos al paraíso, no he parado. Aunque en verdad lo que he hecho, es refugiarme en el trabajo y he pagado mi frustración con las personas que se han empeñado en llevarme la contraria y por consiguiente han sido testigos de mi faceta más agresiva multiplicada al cuadrado, pues la mala hostia que me gasto, no la aguanta cualquiera.

Desde el segundo día, nadie se atreve a llevarme la contraria, por si acaso, despiertan a la fiera. Sí, hasta tal punto hemos llegado. Pero, que culpa tengo yo, si la ineptitud de la gente, hacen que arruinen mis propósitos. Ninguna, ¿verdad? Pues eso.

Llego a la reunión con la empresa que tiene que suministrar en la obra, el suelo de las cocinas a la hora acordada, pues no quiero tener más contratiempos. Nada más entro en el despacho, veo su cara de prepotencia al comprobar que soy una mujer.

«Este no sabe lo que le espera». Afirmino en mi interior.

—Buenos días, soy Tom Garret.

—Hola, soy Kiara Smith —me presento aún serena, a pesar de que no me ha gustado su tono.

—Tome asiento. —Lo hago, más que nada porque es parte de mi estrategia—. Como le dije al responsable, hubo un malentendido con su pedido, y ese material en este momento no hay disponible. Sin embargo, le informamos de los otros tipos que tenemos.

—Señor, Garret, le voy a decir lo que pensé al saber lo que ocurría. ¡Vaya casualidad tan grande! Pues si no hubiera pasado lo mismo en otras obras, podría calificarse como tal, pero no es el caso. —Abro el maletín y le entrego el informe que he redactado el día anterior y se lo entrego—. Tal y como está especificado en el contrato, la empresa que usted regenta, si no hace entrega de los materiales, se rescindirá el contrato firmado y al no cumplir con su cometido, debe devolver en el plazo de quince días el importe del adelanto y además indemnizar a la empresa por los perjuicios que han ocasionado.

Tal y como iba leyendo y escuchando mi discurso, la cara se le iba transformando hasta quedar una mueca, pero al llegar al final su cara de espanto es suficiente para seguir alimentando mi ego y por qué no, las arcas de la empresa.

El hombre comienza a balbucear, sin decir nada en concreto.

—¿Quiere decirme algo?

—¿Podemos negociar? —inquire con cara de vinagre.

—Por supuesto. Le escucho.

Media hora después salgo con la confirmación de que el padre de William sigue entorpeciendo en las empresas que nos suministran. Por suerte, o para su desgracia, nosotros hacemos las cosas legalmente y de paso nos cubrimos las espaldas.

Al llegar a la calle, respiro hondo, pues por un momento creí que iba a desmayarme, sin embargo, solo fue una sensación. Camino hasta el auto que tengo rentado y conduzco hasta el complejo que estamos construyendo.

Será un referente en Florida, e incluso en otros estados, de eso estoy segura. Al llegar al sitio, aparco al lado de una furgoneta y dirijo mis pasos hasta el interior. El suelo, tan delicado que se encuentra en la entrada, se halla protegido por plástico, sobre todo para que no se produzcan arañazos.

Camino hasta la parte del personal y veo a lo lejos como Judith discute con un operario.
«No soy la única que está de mala leche». Reflexiono, mientras camino hacia ellos.

—Buenos días.

—Hola, Kiara —saludan al mismo tiempo.

—¿Qué sucede?

—Aquí, Ben, que no le queda claro cuando le explico las cosas y necesita que vigile lo que hace.

—No es así, me confundí, que pasa, ¡soy humano!

El chico se defiende y reconozco que tiene razón.

—Vale. Bueno, ¿está arreglado?

—Sí —confirma Judith.

—Pues ya está. Queremos soluciones, si ya lo está, no hay que dar más vueltas —intercedo mirándolos a los dos.

Continúo caminando y llego a donde me dirigía, la cocina. Una sala vacía, sin ningún tipo de electrodomésticos, a excepción de algunas estanterías que no están fijadas a la pared.

De una puerta aparece el jefe de obra y me mira interrogante.

—El viernes te llegará la mitad y el miércoles que viene el resto.

—¿De verdad? —cuestiona, incrédulo.

—Sí —anuncio.

Mi teléfono comienza a sonar y le pido un momento.

—Hola, Charlie —saludo apartándome—. ¿Qué tal todo?

—Bien, hija. ¿Alguna novedad?

—He conseguido solucionar algunas cosas, en otros casos, he incrementado las arcas de la empresa. Puedo confirmarte que tengo tres empresas que han colaborado con tu cuñado, aunque se han retractado.

—Esa es una noticia maravillosa. Estoy orgulloso de todo lo que estás consiguiendo. ¿Ya sabes cuándo vuelves?

—Creo que, en un par de semanas, aunque estoy valorando ir este. Necesito descansar un poco.

—Eso te iba a decir, llevas casi dos semanas y apenas has descansado. Vuelve a casa este, el sábado te visitaré, quiero hablar contigo.

—¿Sucede algo? ¡No me digas que hay problemas allí!

—No, muchacha, para nada. Puedes estar tranquila.

Suelto un suspiro y respiro hondo.

—Menos mal, bueno, te dejo, te avisaré cuando esté en la ciudad.

Cuelgo la llamada y callo el pequeño presentimiento que se había instalado en mi cuerpo.

Capítulo 29

William Taylor

Desde que salí del hospital he tenido la sensación de que alguien me sigue. Una percepción que me acompaña cada día, desde que estoy fuera de mi edificio.

La primera vez fue cuando corría una mañana, y por más que quise descubrir quién era, todavía no lo he descubierto, pero eso no hace que procure ser cuidadoso.

Después de que los policías que llevaron mi caso, me dieran todos los datos que yo desconocía, razono cada paso que doy, y cada sitio que visito. Aunque desde esta semana solo visito dos. Mi casa y la empresa.

El nuevo despacho está bien, pero percibo que estoy vigilado con cada movimiento que hago, sin embargo, soy listo, no he sacado información, pero me ha llamado la atención el cambio de algunas empresas que suministran materiales en la empresa de mi tío.

La mala praxis de mi padre sigue en activo, pues por «equivocación» he abierto algunos *emails* que no me correspondían y me he enterado de algunos datos.

Tal y como me dijo mi padre en el hospital, ahora soy su mano derecha y me ocupo de las tareas que él me delega. Hasta el momento creo que le genero confianza, pues solo sabe alabar mi buena gestión.

También, me ha pedido que colabore en una obra que por el momento no ha comenzado, para que sea más autosuficiente, algo inhóspito, pues antes se negaba rotundamente.

El viernes cansado de seguir desplazándome con taxi, opto por ir a comprarme un coche con la compañía de mi mejor amigo. Me decanto por un deportivo de dos plazas que tienen disponible y tras pagarlo en su totalidad me indican que el lunes lo entregarán.

Una vez hemos acabado, nos marchamos a cenar a un restaurante cercano, es ahí cuando me confiesa que todavía sigue quedando con Kate.

—Tío, sí que te dio fuerte la rubia.

—No me jodas. Que lo tuyo raya la obsesión. Ya te he dicho que hoy le preguntaré, pero supongo que sigue en Florida.

—Mucho latino hay por ahí... Estoy pensando en mandar todo a la mierda y volver a la empresa.

—Ni loco hagas eso, la pondrás en peligro. Por lo que me dijo Kate, su madre averiguó donde estaba y se presentó. Eso no es una casualidad, intenta investigar si tu padre está metido en eso.

—Lo haré, pero cuéntame, ¿qué le dijo?, ¿qué ocurrió?

—Pues que la mujer se plantó y le dijo que ella aquí no era una don nadie y que no iba a casarse con no sé qué empresario, solo porque ella quisiera, le dijo que se buscara a otra.

—¡Toma ya! —exclamo haciendo un gesto de victoria.

—Sí, por lo visto, fue tremendo, porque antes ella no encontraba el coraje para decirle negarse.

—Creo que en parte ha sido mi culpa, tal vez ella pensó que volvería.

—Es posible.

En ese momento el móvil de Thomas suena y en la pantalla se ve el nombre de la rubia.

—Hola, Kate —responde a la llamada.

Él escucha y después le dice.

—Comprendo. En una media hora estoy ahí, hasta ahora.

Cuelga y me dice.

—Terminemos de cenar, que Kate acaba de llegar a casa con Kiara, por lo visto ha venido porque quiere descansar.

—Perfecto. Pues comamos para irnos.

Una vez hemos acabado, pagamos la cuenta y cogemos el coche. Por lo visto, Kate y Kiara ahora viven en nuestro barrio. A solo dos calles, la una de la otra.

Una vez me deja en mi portal Thomas, subo a mi casa y entrar, escucho que el vecino de abajo por fin ha llegado, pues se escucha la música. Hoy no, pero mañana sí que voy a ir a presentarme.

Me desnudo y me introduzco en la ducha, justo antes de dormir. El verano en la ciudad es fuerte, y aunque me gustaría marcharme, no creo que me lo permita mi jefe, ósea, mi padre.

El sábado cuando amanece, tras hacer mis ejercicios en casa, desayuno y me siento en el sofá. En ese momento me acuerdo de que iba a presentarme al vecino y por eso, opto por vestirme y tras las presentaciones, iré a dar una vuelta por Central Park.

Bajo un piso por las escaleras y al llegar llamo a la puerta, sin embargo, no se escucha ruido en el interior. Decido dejarlo para otro momento y llamo al ascensor para bajar.

Ya en el exterior, la temperatura a esta hora es agradable, por lo que voy dando un paseo. Nuevamente, tengo la sensación de que alguien me observa, pero la ignoro.

Al llegar camino durante un rato y al ver un banco a la sombra me acomodo antes de sacar el móvil del bolsillo. No hay muchas notificaciones, pues no soy muy dado a las redes. De repente alguien llama mi atención, se trata de una morena, más concretamente de Kiara. Veo su rostro un poco acalorado por el *sprint* y aunque me gustaría llamarla, conversar con ella, no lo hago. No quiero ponerla en peligro.

Ella se aleja y yo me quedo con un vacío en mi interior que no sé de qué modo llenaré, pero estoy decidido a hacer algo por recuperar lo que tenía.

Capítulo 30

Kiara Smith

Nada más pongo un pie en la puerta de salida, una espectacular rubia me da la bienvenida. Que bien sienta ese abrazo después de estar lejos de ella casi dos semanas.

Después de ese abrazo revitalizante, caminamos hasta su coche y abandonamos el lugar. En el trayecto, Kate me cuenta algunas cosas y yo le cuento lo bonito que es Fort Myers y las cercanías.

—Quiero que me lleves —alega sonriendo—. Lo harás, ¿verdad?

—Por supuesto. En la inauguración te llevaré.

Mi amiga aplaude contra el volante y yo siento que recupero un poco la calma. Kate me informa que si no tengo ningún plan ha quedado con Thomas, pero que puede cancelarlo.

—No te preocupes, vete y pásalo bien. Yo voy a dormir pronto, estoy muy cansada.

—Sí, se te nota en la mirada. Bueno, te haré caso, pero mañana pasamos el día juntas.

—Si al día entero, te refieres a pasar unas horas. Porque con lo que tú duermes...

—Quiere enemigas, si tengo amigas así... —refunfuña haciéndose la ofendida.

—Sabes que te quiero muchísimo, solo digo la verdad.

—Bueno... Lo dejamos con que comeremos juntas y pasaremos la tarde viendo películas y comiendo chucherías.

—Acepto —manifiesto, antes de abrazarla, despidiéndome.

Saco la maleta de la parte trasera y accedo a mi edificio. Mientras subo no puedo evitar pensar en William. Ahora yo soy su vecina, la persona que vive debajo de él y eso genera en mí, sentimientos contradictorios.

Al entrar en mi casa, me quito los zapatos, y poco después me encuentro bajo el chorro de la ducha, desnuda, intentando relajar los músculos de mi cuerpo.

La música suena en casa, no con un volumen alto, pero lo suficiente como para invitar a la relajación. Al acabar mi baño, me visto con un camisón verde y camino hasta la cocina.

Como imaginé no hay nada para cenar, ni siquiera para cocinar, por eso, no dudo ni un segundo en pedir a un restaurante de comida rápida.

El repartidor aparece con el pedido un tiempo después y sentada con las piernas cruzadas sobre la mullida alfombra, disfruto de la *pizza*, cuatro quesos y un refresco, mientras veo una película de Jason Momoa, más concretamente el *film* de *Aquaman*.

Me acuesto a una hora relativamente pronto para una mujer de mi edad, pero la verdad es que estoy muy cansada. Nueve horas después, me levanto con una energía que llevaba días que no sentía. Por eso decido salir a correr y después, sin sentirme mal, desayunaré unos panqueques junto con un maravilloso café.

Tras más de una hora y media corriendo, decido que ya está bien por hoy y me marchó a por mi ansiada recompensa. El local cuando llego se encuentra lleno, pero el camarero al verme me hace señas.

—¿A dónde te habías metido? —cuestiona con su típico acento mexicano, Fabio.

—He estado fuera por trabajo —explico sentándome en un taburete.

—¿Lo mismo de siempre? —pregunta con una sonrisa.

—¡Pues claro! —menciono devolviéndosela.

Fabio se aleja y yo decido ojear el móvil mientras llega mi pedido. Sobra decir que, al ponérmelo, lo degusto saboreándolo como si fuera un majar y es que, para mí, sí lo es.

Salgo del local después de pagar mi consumición y camino con paso ligero hasta mi apartamento. Casi he llegado, cuando recuerdo que en mi casa no tengo ni leche. Por eso, me desvío y hago una parada antes de mi hogar. El supermercado. Como es normal, lleno la cesta y al pagar me doy cuenta de que no tengo carro, ni bolsas, y solo de ver la compra me entran sudores.

—Perdona, —solicito a la chica—, ¿pueden llevármelo a casa?

—En efecto. ¿A qué hora le viene bien?

—Mientras sea antes de la hora de comer, sin problema.

—Perfecto, en una hora aproximadamente lo tendrá.

Agradezco a la chica su ayuda y me marcho para casa, mientras otra de sus compañeras introduce la compra en una caja, de las que utilizan los repartidores.

El trayecto a casa, lo hago sin pararme ya en ningún otro sitio, y es que me conozco y sé que me entretendré.

En mi apartamento, me despojo de mi ropa, antes de meterme en la ducha, y al salir me pongo una camiseta de tirantes morada y un pantalón corto blanco con lunares morados.

Estoy haciéndome un moño cuando el portero me indica que el repartidor está subiendo. Un tiempo después, cuando ya he colocado las cosas, decido prepararme la comida.

Hacia las cuatro de la tarde aparece mi amiga con una cara de felicidad que no puede con ella.

—Cualquiera diría que te estás enamorando.

—¿¡Yo!? ¡Antes les salen pelos a las ranas! —exclama haciéndose la ofendida.

—Pues una vez me dijeron que un tipo de ranas sí que tienen...

—Bueno, pues antes me vuelvo monja.

—¿No fuiste de monja el carnaval pasado? —insisto dejándole sin opciones para que lo niegue.

—¿Tú de qué parte estás? —cuestiona con la ceja arqueada.

—Tuya, siempre de la tuya, pero tienes que reconocer que te gusta, eso tiene discusión.

—Un poquito... —revela antes de suspirar—. Pero que sepas qué a él, también le ocurre.

—¿El qué? ¿También se ha enamorado? —interrogo antes de soltar una carcajada y mi amiga no tarda en acompañarme.

Capítulo 31

William Taylor

En el instante en que suena la alarma el lunes, me arrepiento haberme quedado hasta tan tarde investigando. Con tan solo cuatro horas de sueño, hoy el día se me hará tremendamente largo, sin embargo, cuento con un aliado, el café.

Salgo de casa con dirección a la oficina y tras ponerme a trabajar, se me ocurre una idea. Mi padre hoy al parecer está reunido con un empresario, pero a mí no me consta. Sin pararme a pensar, comienzo a investigar quién es, a qué se dedica y que lazos les unen.

Mi sorpresa es mayúscula al averiguar que el empresario ha sido investigado varias veces por estar vinculado con la mafia mexicana y colombiana. Al parecer, lo consideran un nexo, entre la mafia y algunos empresarios del país.

No me sorprende al saber que mi padre se halla en esa lista de empresarios, pues era conocedor de esas prácticas desde hace años, aunque por supuesto, no las apruebo.

Recabo información para más tarde analizarla, pues algo me dice que aquí hay mucho más de lo que imagino. Vuelvo a retomar el trabajo, justo antes de que mi padre entre en la oficina.

—Hola, hijo. ¿Qué tal tu mañana? —pregunta, y se nota que está de buen humor, tal vez incluso valoro que se ha tomado alguna copa.

—Bien, he estado revisando los presupuestos, las obras y las ventas de algunas obras. He pensado que podemos hacer un catálogo diferente, para saber más rápidamente que pisos aún no se han vendido, qué locales tenemos vacíos y se pueden explotar...

—Me parece una buena idea. De este modo, los comerciales podrán enfocarse en vender o alquilarlos. Ponte con ello, y si necesitas ayuda, habla con Megan.

—¿Megan?

—Sí, ella. La rubia con pechos grandes. Tienes que conocerla —insiste para mi perplejidad, pues en ningún momento me ha dicho qué puesto ocupa, o sección.

—Vale, lo tendré en cuenta.

—Bien, hijo. Bueno... Voy a hacer unas llamadas y que más tarde tengo una comida con un empresario —menciona sin dar más datos.

Al marcharse, continúo trabajando hasta la hora de comer. Estoy a punto de salir a almorzar, en el instante en que tocan a la puerta.

—Adelante —indico sin moverme.

Una chica rubia, más o menos de mi edad, entra en el despacho mirándome con descaro.

—Buenas tardes, soy Megan Barns. Su padre me ha indicado que es posible que necesite ayuda con una tarea o varias... —expone mordiéndose el labio, mientras me mira como si fuera comida.

Mientras me ha soltado todo ese discurso, ha entrado en el despacho, y ha caminado hasta sentarse en la silla que está frente a mi mesa.

—Eh... —emito sin coherencia, puesto que, ha cruzado las piernas a lo Sharon Stone, en instinto básico—. Pues verás, no es por ser maleducado, pero aún no es seguro si voy a necesitarte. —Consigo decir sin que parezca lerdo.

—Oh, vaya. Pues nada, si necesitas lo que sea puedes buscarme o hacerme llamar y correré rápida hasta llegar a tu lado —menciona mientras me da una vista privilegiada de sus senos.

—Por supuesto. Gracias por venir hasta aquí —concluyo, con el fin de que se marche.

Ella al final abandona mi despacho, y yo respiro hondo, por el suceso que acaba de ocurrir. Salgo del despacho, unos minutos más tarde y abandono el edificio sin encontrarme con nadie, algo que agradezco.

Tomo un taxi y le indico el nombre del restaurante antes de que arranque. En el trayecto, me descargo los archivos que he copiado del servidor y con mi clave, accedo al sistema para saber en qué restaurante come mi padre, la sorpresa es descomunal, al ver que ese día no hay nada anotado.

«Eres listo, padre, pero lo terminaré averiguando». Revelo en mi mente.

Al llegar, pago la carrera y camino hasta la puerta, sin embargo, un hombre choca conmigo de forma abrupta. Pide disculpas casi sin pararse y repuesto del susto, entro al restaurante.

No obstante, al sentarme en la mesa, me doy cuenta de que tengo un sobre en la americana, un papel que, por supuesto, no he introducido. Lo saco y leo lo que pone.

«Si quieres la información que buscas, te espero a las ocho, en la quinta con la trece, ven solo».

No pone nada más, y por una vez soy consciente que mis paranoias de que estaba siendo seguido y vigilado no eran infundadas.

Al traerme la comida, la degusto con impaciencia, pues las ansias por saber que está ocultando mi padre, son más fuertes que mi voluntad.

Las horas siguientes, me enfrasco en realizar las tareas que me he asignado y a las siete me marcho para recoger mi coche y dejarme caer por el lugar donde me han citado.

En la tienda de automóviles me entregan mi deportivo y tras despedirme me dirijo adrede a la dirección que apareció por sorpresa en mi chaqueta.

Falta un semáforo para llegar en el instante que me entra una llamada en mi móvil.

—Hola, William —saluda el desconocido.

—Eh... ¿Hola? —respondo sorprendido.

—Verás, mi intención era subirme a tu auto, pero te están siguiendo.

—¿A mí?

—Sí. Te lo explicaré, sin embargo, no podrá ser ahora.

—Vale...

—Atiende, continúa por esta calle hasta que un coche plateado se ponga detrás del tuyo.

—De acuerdo, y luego que hago —pregunta, no obstante, la llamada ya ha llegado a su fin.

«Genial, esto comienza a parecerse a la película enemigo público». Manifiesto en mi mente.

Capítulo 32

Kiara Smith

Al volver a Fort Myers encuentro muchas cosas avanzadas y eso me genera confianza. Sí, porque eso es significativo de que estoy ejerciendo bien mi trabajo.

El día avanza casi sin darme cuenta y al observar el atardecer, la nostalgia hace acto de presencia. Tonta de mí, pensé que William bajaría a verme, durante las tres noches que dormí en mi casa, soñé que bajaba, que me hacía suya y que al acabar me decía que había recuperado la memoria y que no quería volver a separarse de mí.

Por suerte o para mi desgracia, eso no ha ocurrido, y es que, aunque quiera negarlo en voz alta, la realidad es bien distinta. Hace años me negué a enamorarme, juré que no iba a entregar todo de mí, solo por una persona. No es que lo haya hecho, lo que sucede es que mi corazón decidió irse a hacer compañía a William, sin que él, me entregara el suyo para poder sobrevivir.

Salgo de mis pensamientos, cuando mi móvil comienza a sonar como si no hubiera un mañana.

—Buenas tardes, Kiara —saluda contento Matt.

—Hola, Matt. ¿Quién ha sido el que te ha puesto de tan buen humor? —pregunto, sonriendo.

—Tú, siempre. Me han dicho que tengo que encargarme a la vicepresidenta un monumento por su eficacia. ¿Crees que puedas ayudarme a elegirlo?

—Por supuesto. ¿Cuándo quieres ir a comprarlo? —pregunto siguiéndole el rollo.

—Mientras cenamos lo podemos hablar —menciona detrás de mí.

Me giro tan rápido, que menos mal que me agarro a él, pues por poco me caigo.

—¿Estás bien? —pregunta, inquieto.

—Sí. Me he dado la vuelta muy rápido.

—¿Estás segura? Estás pálida.

—Sí, pero tú hablabas de una cena... —cambio de tema.

—En efecto —indica muy seguro de sí mismo.

—Vamos entonces y me cuentas eso de que la vicepresidenta es un hacha.

Matt se ríe mientras me guía con su mano en mi cintura hasta donde está su coche. Desde que asumí mi cargo, Matt y yo hemos pasado mucho tiempo, incluso alguna noche hemos quedado para salir a cenar y a bailar, aunque siempre en compañía de los compañeros. En el trayecto, hablamos de cosas banales hasta que llegamos a un restaurante de hamburguesas.

Entramos riéndonos por una anécdota que ocurrió en la universidad y tomamos asiento en una mesa al fondo.

—¡Qué tiempos aquellos! —exclamo sentándome frente a él.

—¡Ni que lo digas! —menciona Matt mirándome con los ojos brillantes, como siempre que nos encontramos solos.

La camarera se acerca para entregarnos las cartas y una vez oteo el plástico, me decanto por un refresco y una hamburguesa doble con patatas fritas.

Matt le dice que quiere lo mismo y al irse, seguimos conversando.

—De verdad, Kiara, por mi parte te digo que estoy asombrado por todo lo que has conseguido. Y no soy el único.

—Gracias, Matt. Pero es un trabajo en equipo. Todo esto no sería posible si todos remamos en

la misma dirección.

—Sí, pero eso no quita que no nos sintamos orgullosos.

Me sonrojo, es inevitable. En ese momento, suena mi teléfono y veo que se trata de Thomas.

—Matt, dame unos minutos, tengo que cogerlo.

Según descuelgo camino hacia la salida. Prefiero hablar con él a solas y no frente a mi compañero.

—¿Te pillo en un buen momento? —cuestiona y parece que está con el manos libres.

—Sí, no pasa nada, iba a cenar con Matt, un amigo. ¿Sabemos algo más? —manifiesto casi del tirón.

—Así es. Vamos por partes. Ya tenemos la confirmación de que el padre de William tiene tratos con la mafia de Sudamérica.

—Eso confirma muchas cosas —murmuro en voz alta.

—En efecto. Te mantendré informada si me entero de algo más.

—Genial. Gracias, Thomas.

—De nada. Kiara, ¿puedo decirte algo de William?

Suspiro, no lo puedo evitar.

—Dime. ¿Ha recuperado la memoria? —pregunto con la esperanza de que sea así.

—No en su totalidad, pero ya empieza a recordar cosas.

—Eso es una noticia fabulosa. Me alegro por él —manifiesto dejando notar la felicidad que esa noticia me da.

—Lo sé, por eso quería decírtelo.

Cuelgo la llamada con la sonrisa recuperada, aunque no es por el motivo de antes. Me siento en el instante en que la camarera nos trae los refrescos.

—¿Algún problema? —cuestiona Matt.

—No, ¿por dónde íbamos? —cambio la conversación.

Durante más de una hora degustamos las hamburguesas y hablamos recordando algunas anécdotas de nuestra época universitaria. No obstante, también hablamos de algunos temas relacionados con el trabajo y es que mi gestión frente a la empresa está en boca de mucha gente.

Algunos, con ironía, fantasean con encontrarse conmigo en una mesa de negociación, resultando ellos vencedores. Suelto sendas carcajadas, pues me divierte lo que Matt me cuenta.

Al salir nos despedimos con un abrazo y con la promesa de repetirlo en nuestra ciudad. En el camino hacia mi hotel, pienso en lo que me ha dicho Thomas, y llego a la conclusión que el padre de William es demasiado peligroso, quizá tanto o más que mi familia.

Capítulo 33

William Taylor

Sigo conduciendo sin tener muy claro lo que tengo que hacer. Cuando estoy llegando a una intersección, recibo la llamada del mismo número de antes.

—William, en la siguiente calle, gira a la derecha e ingresa en el aparcamiento que hay poco después. Sube a la segunda planta, hasta el final.

—De acuerdo.

Miro por el retrovisor y veo que está el coche plateado y no me he dado cuenta desde cuando...

Hago lo que me ha dicho el hombre y al llegar al lugar, solo hay dos coches en esa zona. Aparco y apago el motor. Miro alrededor, antes de asustarme por unos golpes en la ventanilla. Reconozco a uno de los policías que fue al hospital.

—Agente.

—Hola, William. Me alegro de que hayas seguido las indicaciones.

—¿Eras tú?

—No, era yo —interviene un hombre que no reconozco.

—William, déjame que te presente a Michael, de la CIA.

—Encantado —musito confundido—. Disculpe, pero si me dicen que ocurre, se lo agradezco.

—Sí —intercede el agente—. Verás, William, tu padre sin saberlo te ha puesto una X en tu cabeza —abro asombrado los ojos—. Te lo explico.

El agente comienza a relatarme todo desde el inicio. Los contratos de mi padre con un presupuesto inferior para poder ganar más dinero. La mano de obra que siempre aparecía cuando se la necesitaba a un precio mucho más bajo.

—Entonces tú decidiste irte a la empresa de tu tío y la gente con la que tu padre hace negocios se fijaron en ti.

—El accidente.

—Por supuesto, sin saber con quién ibas a ver y que tú habías discutido con tu padre porque ya habías descubierto lo que hace.

—¿Continúa haciéndolo?

—Sí, pero Kiara está haciendo un trabajo maravilloso —alaba el agente de policía.

—¡Vaya! —Es lo único que pronuncio, puesto que estoy alucinando.

Los dos hombres me miran cautelosos, hasta que el agente de la CIA se aproxima y posiciona una mano sobre mi hombro.

—William, tienes que ayudarnos.

Alzo la cabeza y miro al otro policía.

—El día que vinieron y me contaron esa pequeña parte recuperé un poco la memoria y, después, aunque no lo he hecho del todo, ya me acuerdo de muchas cosas.

—Lo hemos imaginado —menciona el policía.

—No he dicho que ya me acuerdo, porque mi padre estaba saboteando la empresa de mi tío, pensé que, para intentar evitarlo, lo mejor que podía hacer era quedarme en su empresa.

—Y averiguar —prosigue el policía de la CIA.

Asiento y abro la puerta para coger el USB.

—Tomad, por si hay algo que os ayude —indico tendiéndoselo.

El agente lo guarda con rapidez y me mira de una forma diferente.

—Te lo agradezco, William. Ya solo me queda alertarte, de que hay un coche que te vigila constantemente.

—He tenido esa sensación muchas veces, pero no supuse que fuera eso.

—Ahora que lo sabes, comprenderás algunas cosas, sin embargo, eso también incluye tu colaboración.

—Les ayudaré en todo lo que pueda.

Un rato después salgo del aparcamiento y me dirijo a mi casa. Al llegar, me despojo de toda la ropa y me introduzco en la ducha, mientras memorizo las palabras del agente.

«Debes estar presente en la mayoría de las reuniones que tenga tu padre, si logras grabar los tratos que consigan, podremos tener algo en su contra cuando el juez los condene», expresó el agente con seguridad.

«Sí lo logro, podré ser feliz con Kiara», «podré llevar la vida que deseo». Reflexiono trazando un plan.

A la mañana siguiente, mientras desayuno, tomo la decisión de que voy a comportarme de la manera que mi padre ansía verme. Cruel, despiadado en los negocios y en lo personal, un hombre que sabe cómo camelarse a cualquiera, sea del género que sea.

Llego a la oficina y lo primero que hago es encender el ordenador. Compruebo la agenda y veo que mi padre tiene una reunión, me ajusto el traje y camino hacia su despacho.

Al entrar encuentro a mi padre hablando de una forma poco profesional con la famosa Megan.

—¿Interrumpo? —cuestiono intentando parecer molesto.

—No, hijo, para nada. Le estaba indicando a Megan que a partir de ahora será tu asistente. Creo que tienes demasiado trabajo y te voy a liberar de un poco de carga.

En mi interior algo me grita que es para tenerme más controlado, sin embargo, no doy signos de ello en el exterior.

—Gracias, padre. Se lo agradezco —manifiesto dejando entrever una sonrisa pícara.

Megan atenta a todos mis gestos, se humedece la lengua, un gesto que deja claro lo que busca.

Capítulo 34

Kiara Smith

Nunca he dudado de mi capacidad frente a los negocios, pero eso no quita que sienta un orgullo descomunal al ver el nombre de la empresa que lidero como una de las empresas más importantes del país.

La noticia me llega un día que sin duda comenzaba a torcerse y eso que solo eran las nueve de la mañana.

—¿Cómo es que no están aquí los electrodomésticos? —exclamo cabreada, pues quería irme esa noche de vuelta a mi ciudad.

—No puedo decirle el motivo —informa asustado el encargado.

—Quiero hablar con el responsable de la empresa en dos minutos —ordeno y se marcha casi volando a cumplir mi petición.

Mi cabreo va en aumento, pues cuando algo se arregla, otra cosa se estropea. Además, mi estómago está sufriendo las facturas, puesto que llevo unos días con malestares.

Una hora después, al parecer el transportista sufrió una avería y solo se ha retrasado. Al terminar la mañana, los aparatos llegan y todos los empleados disponibles, arriman su hombro para colocarlos.

Por el momento los colocarán, pues con el ajetreo y el viaje, deben quedarse al menos dos días, hasta que los enchufen y comiencen a hacer su trabajo. Es en ese momento cuando la llamada de Rachel, me hace saber que soy candidata a ese premio.

—Rachel que sepas que me acabas de alegrar el día de una forma que no puedes comprender.

—Lo puedo imaginar. He escuchado que te han comenzado a calificar como una tirana.

—Eso es porque les he exprimido, pero ahora viene el momento de relajación, incluso para mí.

—¿Qué te sucede?

—El estrés, me ha pasado factura en el estómago. Cuando vuelva me haré un chequeo.

—Me parece muy bien. Te lo agendaré. ¿Vuelves hoy al final?

—Sí, y no viajaré hasta la inauguración. Intuyo que me echáis de menos.

—Hombre, contigo aquí es más fácil.

—Lo sé, no lo digo a malas. —Confieso con una sonrisa—. Mañana nos vemos, Rachel y de nuevo gracias por tu maravillosa ayuda.

—De nada, jefa. Por cierto, como la cabeza de la empresa eres tú, deberás ir al evento representándola.

—¿¡Yo!?, ¿por qué yo? —exclamo, casi asustada.

—Te lo acabo de decir, porque eres la mandamás, —manifiesta como un autómatas—. No te preocupes, te ayudaré a buscar el vestido —anuncia, antes de colgar.

Me quedo mirando el teléfono con una sonrisa tonta, porque en el fondo me hace mucha ilusión.

La curiosidad hace que mire quienes son los otros, y un profundo asco me invade al ver la empresa del padre de William.

«¡El que faltaba! El empresario más traidor está nominado», refiero con cara de asco.

Guardo el móvil, pues otra vez estoy de mala hostia y entro dispuesta a ponerles a todos las pilas. Un par de horas más tarde, abandono el recinto, tras asegurarme de que he transmitido

todas mis peticiones a las personas indicadas.

Paso por el hotel con el tiempo suficiente para coger el avión. Con un poco de suerte, cenaré en mi casa y dormiré en mi cama. Tras tres horas de avión llego a la ciudad donde resido, la ciudad que nunca duerme.

De camino a mi hogar en un taxi, porque no he querido molestar a Kate, el intransitable tráfico hace que me desespere y cuando creo que al final no lograré lo que ansío, el conductor modifica su ruta, dejándome en la puerta sin que me lo espere.

Abono la cuenta, antes de bajarme con mi maleta de mano. El portero me da la bienvenida y me entrega las cartas que han llegado en mi ausencia. Una vez ya en mi planta, abro la puerta de mi apartamento y accedo.

Las luces no tardan en encenderse, dándome una vista espectacular. Un suspiro se escapa de mi boca sin que pueda evitarlo, y un cansancio se apodera de mí. Arrastro los pies hasta mi dormitorio y antes de que me desnude, recuerdo que no tengo nada de cena.

«Voy a pedir que me traigan algo», reflexiono en mi mente.

Oteo los folletos que tengo y al final elijo el menú de dos personas de un chino que está a dos calles. Así, si mañana tengo mucho trabajo, tendré para cenar.

Hago mi pedido, poco antes de desnudarme e introducirme en la ducha. Media hora después estoy comiendo unos tallarines con gambas y un rollito de primavera y al terminarlo, guardo todo antes de tumbarme en mi cama, donde caigo rendida hasta el día después.

Cuando despierto el jueves en mi casa, al principio me siento un poco desorientada. Llevo tantas semanas viajando, que por la mañana me siento un poco pérdida. Tardo poco en elegir mi atuendo, vestido azul cielo, con cinturón marrón.

Al ponérmelo después de la ducha, siento que ya no me queda del mismo modo, sobre todo en la zona del vientre.

«Habré engordado», reflexiono en mi mente.

No obstante, al mirarme en el espejo, no se nota en absoluto. Salgo del apartamento y bajo al garaje donde cojo mi coche con rumbo a la oficina.

Capítulo 35

William Taylor

Tal y como pensé Megan se ha pegado a mí como si fuera una prenda de ropa. Al inicio, me ha costado la vida que no se percate, de que su presencia no me agrada lo más mínimo.

Después de un par de días en esta situación, he llegado a la conclusión de que, si quiero salir airoso, lo más sensato es ignorar su presencia. La mañana del miércoles, mi padre entra como un vendaval en mi despacho y anuncia que la empresa ha sido nominada como candidata para un premio empresarial.

La sorpresa que me embriaga es notable para todos, pues nunca ha ocurrido, mi progenitor continúa hablando y en medio de esa confusión, escucho que solo ha sido posible por mi trabajo.

«¿¡Qué!?!». Exclamo en mi mente alucinando.

Megan, que hasta ese momento estaba quieta analizando mis gestos, sí, he dicho bien, examinando todos los movimientos faciales que transmitía, con una sonrisa que a mí me pareció más propia de una asesina a sueldo, le comunica a mi padre que se siente muy feliz por la empresa.

No oculta para nada su fogosidad, algo del todo inadecuado en un ambiente de trabajo, pero es que esta mujer no sabe hacer otra cosa. Poco antes de que se marche, deja caer una bomba que no puedo evitar.

—Hijo, me acompañarás esa noche, como iré con mi esposa, es conveniente que vayas con una mujer. Vete pensando con quién acudirás, o si no se lo propones a Megan, seguro que está encantada.

La cara de ella es pura felicidad, y da por hecho de que vendrá conmigo, algo que sin duda no ocurrirá. En mi cabeza un plan comienza a tomar forma, pues espero que esa noche acabe con esta pantomima, que tanto me cuesta mantener.

Las horas siguientes, son un suplicio, gracias a mi asistente, pues la cual, en vez de hacer el trabajo que la he asignado, está buscando el vestido. Todavía no se ha dado cuenta de que no le he dicho que vendrá conmigo.

Me hallo preparándome para marcharme, en el instante, en que mi padre me avisa de que mañana debo asistir con él a una reunión. Unos aplausos se escuchan en mi interior, entretanto, asiento con calma y seriedad.

—Por supuesto. Me añades a tu agenda para saber dónde acudir.

—Ya lo he hecho, —interviene Megan la cual, ha aparecido después de desaparecer por un buen rato.

—En ese caso, te lo agradezco —menciono en el mismo tono.

Es obvio que mi padre y ella han estado satisfaciéndose en el plano sexual y el asco y la repugnancia que me embriaga, las camufla como puedo.

Abandono el lugar, y me marchó a mi apartamento con la sensación de que pronto todo acabará, o eso es lo que ansío. Ya en mi hogar, pienso como grabaré la reunión, o al menos haré unas fotos de los que participan.

Según me dijo el agente de la CIA, a ellos, le resulta muy difícil saber a qué acuerdos llegan, pues en la base de datos no se encuentran. Con ese dato, solo quedan dos salidas. La primera, es que lo guarde en casa, en su ordenador o en la caja fuerte. La segunda, es que mi padre lo guarde

con un testaferro o persona de confianza. Por eso es de vital importancia que mañana esté atento con todo lo que se habla y por supuesto, descubrir quién es el lugarteniente que guarda a buen recaudo todos los documentos.

Al introducirme en la cama, unos ruidos me hacen saber que la inquilina del piso de abajo ha vuelto. Me hago una nota mental, para visitarla y presentarme.

El portero fue el que me dio el dato, días atrás, de que se trataba de una mujer, empresaria, pero que no tenía muchos más datos de ella. La discreción de él es conocida por muchos vecinos, y no quise indagar más, pese a la curiosidad que me despertaba.

Durante la noche, vuelvo a soñar con Kiara, la mujer que ha logrado que me enamore y que por desgracia debo mantener alejada de mi persona, no porque me agrade, sino para protegerla.

A la hora acordada, llego al lugar donde se celebrará la reunión. No me pasa desapercibido el paraje tan extraño donde se efectuará, no obstante, al entrar todo cobra sentido.

Se trata de un club clandestino tanto de juegos de mesas como un sitio donde encontrar a mujeres que satisfagan tus deseos sexuales. Veo acercarse a Megan con una sonrisa que me produce escalofríos.

—Hola, William —saluda con una actitud diferente a la que ha tenido hasta ahora—. Bienvenido, acompáñame a donde se celebrará la reunión.

—Hola, Megan. ¡Vaya! Conoces bien este lugar... —menciono intentando sacarle información.

—Sí, esta fue mi casa, hasta que ascendí en la organización y tu padre me llevo a trabajar —revela y yo cada vez estoy mucho más perplejo—. Pasa, ahora te informará todo tu padre y mi jefe —hace una pausa y me mira directamente—, él de verdad —aclara para mi consternación.

Nada más accedo veo a mi padre y cuatro personas más. El poder que ahí se destila es obvio.

—Pasa, hijo. No te quedes ahí parado, quiero presentarte a mis socios, las personas que nos han ayudado a llegar donde estamos.

Con paso seguro me dirijo hacia el asiento vacío, el cual, se halla al lado de mi padre. Nada más tomo asiento, busco a Megan y no la encuentro.

—Quiero que seas bienvenido a mi casa, William —manifiesta uno de ellos—. Me alegro por fin de conocerte en persona. Soy Gregory González.

—Un placer, hasta hace un momento desconocía tu existencia.

—Por supuesto, el que te encuentres aquí, significa tres cosas. La primera, que no se han hallado indicios que tengas contacto con la policía. La segunda, es que tu padre confía en ti, y esto solo es una preparación para cuando te hagas cargo de la empresa y, la tercera, que en verdad es la más importante, es que yo he querido que este encuentro se produzca.

—Me siento halagado, os lo agradezco a ambos, o solo a ti —cuestiono con ironía.

—¡Vaya! ¿Es sarcasmo lo que se percibe?, yo que tú tendría cuidado.

—Gregory, no seas así, ya te lo he comentado, después del accidente, esta faceta se ha intensificado.

—Sí, hablando de ello, William, ¿te ha dicho tu padre porque tuviste el accidente?

—No —manifiesto, y noto la inquietud de mi padre a mi lado.

—Bueno, pues yo te lo voy a decir —declara con maldad—. Tu padre fue el causante de ese accidente —testifica bajo el estupor de mi progenitor.

—¿Cómo es eso posible? —vocifero con asco al tiempo que me levanto.

—Hijo...

—Sí, en efecto, él fue el detonante, pero el ejecutor en realidad fui yo —revela el desconocido mirándome de forma siniestra.

Capítulo 36

Kiara Smith

Nada más traspaso el umbral de la puerta, soy consciente de las caras de felicidad de mis compañeros, porque eso es lo que son para mí. Agradezco el aplauso, pero también participo, pues es un logro de todos en conjunto, y al dejar ese acto tan bonito les comparto a los presentes unas breves palabras.

—Compañeros, esta empresa está donde está por el trabajo que todos desempeñamos —hago un inciso y escucho una voz que vocifera.

—Y el tuyo.

Asiento y sonrío, antes de añadir.

—Yo soy parte, sí, pero quiero dejar claro, que, si este barco llega a buen puerto, es por el trabajo en conjunto, no solo el mío. Gracias a todos.

Estrechamos las manos, algunos de ellos, y camino hasta el ascensor para subir a mi planta. En ella, Rachel, me da la bienvenida y pasamos a mi despacho, con una cierta nostalgia, pues se trata de el de William.

Me siento en la silla tras colgar el bolso del perchero y deposito el móvil encima de la mesa, entretanto, Rachel me informa de las llamadas que debo hacer, los mensajes que tengo y no menos importante, las reuniones que tengo acordadas.

—Perfecto, Rachel. Lo primero que haré serán las llamadas, los *emails*, los tengo más o menos al día y por favor, avísame diez minutos antes de la reunión.

—De acuerdo.

Me pongo a trabajar sin perder el tiempo y tras dos horas de arduo trabajo, donde en ocasiones he respondido algunos correos urgentes, al tiempo que hablaba con unos publicistas, consigo avanzar bastante, antes de acudir a la reunión.

Me hallo tecleando como una loca, a un proveedor, el cual, quiere inflar el presupuesto de una manera exagerada, cuando la puerta se abre y veo a Rachel.

—Es la hora.

—Voy —manifiesto poniendo el punto al final y le doy con el ratón a la pestaña de enviar—. Hay que ver la cara que tienen algunos —farfullo sin poder evitarlo.

Camino con el móvil en la mano, y la *tablet* en la otra hasta el vestíbulo, y después bajo al piso inferior.

Las dos horas que dura la reunión se me pasan volando, no obstante, hemos progresado, todos y eso me llena de alegría. Antes de irme les felicito a todos por sus desempeños, antes de regresar a mi despacho.

Al entrar un olor a flores frescas invade mis fosas nasales y no tardo en encontrar donde se hallan las causantes. Un hermoso y enorme ramo de flores, encuentro sobre la mesa auxiliar.

Camino hasta ellas y aspiro su aroma, antes de buscar la tarjeta.

«Siempre lo supe, eres una magnífica mujer, pero una excepcional empresaria. ¿Me dejarás que te acompañe en tu camino? Matt».

No puedo evitar sonreír, pese a que mi corazón no salta de alegría. Las famosas mariposas que atacaban mi estómago cada vez que estaba con él. Las palpitaciones que sufría cuando estaba cerca de él, no las siento. No obstante, siento una paz y una tranquilidad, que quizá y solo quizá,

él sea el único que pueda ocupar mi corazón, pese a que ya está otra persona.

Noto su presencia en mi espalda y aunque me gustaría darme la vuelta y agradecerérselo, no lo hago. En su lugar, me quedo expectante, anhelando que me coja de la cintura y me gire, antes de besarme como sé que lo desea.

Unos instantes tarda en posar sus manos en mis caderas y pegarse a mí, huele mi pelo, acaricia una parte antes de apartarlo y repartir unos besos húmedos, calientes por mi cuello.

Me excito sin remediarlo, y le doy acceso para que continúe, algo que no tarda en hacer, al menos hasta que me gire y observe esos ojos, que una vez me gustaron, aunque no le dije nada.

—Kiara, desde que te conozco me llamaste la atención, y con tu presencia en mi día a día, te metiste en mi corazón. Sé que tuviste algo con William, no te lo voy a reprochar, pero déjame que ahora que no está sea yo el que intente conquistarte, en darte todo el amor que te mereces.

—¿Estás seguro? —susurro, abrumada.

—Sí, si tú lo estás.

Y así, de esa forma tan romántica e inusual, Matt y yo comenzamos una relación. Tras esas palabras cargadas de amor, de comprensión, nos besamos hasta que nos separamos para respirar.

Una vez recompuestos, Matt me pide que le acompañe a comer.

—Claro, vamos —accedo con una sonrisa bobalicona en mi rostro.

Antes de volver al trabajo, Matt me propone que vayamos a cenar y yo, por todas las emociones, le pido que cenemos en mi casa, pues estoy cansada.

—¿Eres consciente de lo que ocurrirá si voy?

—Matt, ahora mismo solo puedo decirte que pasará lo que tenga que pasar, pero sin forzarlo, y si ocurre es porque lo deseamos.

Con esa declaración, le quiero hacer entender que yo lo deseo, que no me es indiferente, su respuesta no se hace de esperar y me besa con fervor.

—No cocines, no pidas nada, yo seré tu chef —manifiesta antes de irse.

Horas más tarde, salgo del despacho para ir a mi apartamento. Le he mandado un mensaje a Matt con mi dirección y me ha respondido que llegará sobre las ocho.

En mi reloj marca casi las siete, por suerte, me queda tiempo para darme una ducha y cambiarme de ropa. Nada más llegar lo hago y a la hora acordada aparece mi segundo príncipe, y no azul, pues no creo en cuentos de hadas.

Entra en casa, y me da un beso en la boca, tras ese momento, le indico donde se halla la cocina. Entre bromas y sonrisas, sacamos todo y se pone a preparar su plato estrella como él dice. Que no es otro que pollo al estilo *Kentucky*.

Un tiempo más tarde, sin saber cómo, o tal vez sí y no lo quiero admitir, Matt y yo nos encontramos retozando en el suelo de la cocina con una pasión inaudita.

Una vez acabado el momento, Matt y yo nos recomponemos la ropa como podemos y antes de volver a la tarea que estábamos llevando a cabo, el timbre de la puerta nos sobresalta.

—Esperas a alguien —pregunta Matt.

—No, tal vez sea Kate o el portero —revelo caminando para abrir.

Tan confiada estoy, que al abrir me quedo sin palabras, no puedo articular ni una sílaba, pues el que se encuentra al otro lado de la puerta es William.

El silencio se asienta sin que podamos revertirlo, y es que este momento había deseado tanto que ocurriera, pero no ahora, no en este momento, ni mucho menos después de lo que acaba de ocurrir entre Matt y yo.

Capítulo 37

William Taylor

Todavía no sé cómo he sido capaz de estar en esa sala, de escuchar y prestar atención a lo que hablaban. Al parecer, mi accidente fue provocado, aunque la llamada de atención no era para mí, sino para mi progenitor.

Durante una hora, ambos me cuentan lo que creen que debo conocer. Sin embargo, me queda claro, que no es ni mucho menos todo. Hay mucho más.

Hablan de gente que traen de Sudamérica, de drogas, de contactos y cuando supongo que no hablarán de nada más sacan el tema que me interesa.

—¿Qué sabemos del boicot?

—Que la tía es dura de pelar y de momento está cumpliendo los plazos, aunque siempre podemos quemarlo.

—¿Tú crees? ¿Sabes que está nominada también?

—Lo sé. Y también sé que tú has entrado por los pelos.

—Pero estamos, y espero resultar ganador —resuelve hinchando el pecho mi padre.

—Bueno, no nos desviemos. ¿Quieres que presione más? ¿Qué le haga alguna jugarreta?

—Opino, que aún no se ha dado cuenta de que este es un mundo de tiburones, no de sirenas.

Se ríen como hienas y en mi interior mis entrañas se contraen con fuerza. Mi padre en ese momento se acuerda que estoy y me observa con cautela.

—¿William? Estás muy callado, ¿qué te ocurre?

—No sé de lo que habláis, no puedo decir nada.

—Es verdad, te lo contaré. Estoy boicoteando la empresa de tu tío —suelta tan pancho y una carcajada, sale de su boca igual que algunos trazos de saliva.

El tremendo asco que me da, hace que tenga la coartada perfecta.

—¿No me digas que te molesta? —Escudriña Gregory.

—Lo único que me fastidia es que mi padre me lance su saliva. ¿O es que a ti te agrada?

Las caras de ambos me confirman que creen en lo que acabo de decir y otra vez se ponen a hablar como si yo no estuviera en la sala. Un rato más tarde, estoy cansado de seguir escuchando los métodos que utilizan con sus enemigos, y me levanto.

—Señores, me marchó —revelo mirándolos.

—¿Por qué tanta prisa?

—La empresa no se dirige sola, y los negocios no esperan.

—Patrick, tenías mucha razón al decir que tu hijo era como tú. Siempre pensando en la oficina, en los negocios... —menciona Gregory.

—Ya te lo dije —dice levantándose y por un momento creo que dirá que viene conmigo—. Hijo, vete yendo tú, yo quiero divertirme un poco —proclama abriendo la puerta—. Megan, guapa, vamos a darnos un poco de placer —vocifera mi progenitor antes de caminar por los pasillos, con ella colgando del brazo.

—Si lo deseas, puedes ir —manifiesta Gregory a mi espalda.

—No, gracias. Tal vez en otro momento.

Abandono el lugar y conduzco hacia la oficina, todavía no tengo claro cómo les voy a compartir la información que tengo. Y eso que es mucha. En la oficina trabajo con normalidad,

incluso acudo a una reunión sin decir mucho, pues no me interesa lo más mínimo.

Llega la hora de irme, cuando recibo en mi móvil un mensaje dándome las indicaciones que debo seguir. Y lo hago sin dilación.

En la dirección acordada, les indico todos los datos de los que dispongo. Ahora sabemos que Megan es el testaferro de mi padre. Ella es la única que hace de enlace entre los dos. Y dejo para el final lo ocurrido con mi padre y la empresa de mi tío.

—¿Entonces te creyeron?, ¿estás seguro?

—Sí. No albergan ninguna duda. Además, Patrick se llevó a Megan y durante esas horas no me sentí vigilado.

—En ese caso, continuaremos de este modo, hasta la fiesta. En el instante, en que estéis en la gala, arrestaremos a Gregory y a la salida a tu padre. Me parece bien.

Indico confiando en que todo salga bien. Pasadas las nueve, llego a casa y tras ducharme y vestirme con un chándal bajo a la casa de mi vecina.

La sorpresa al encontrarme al otro lado a Kiara es tan grande como encontrármela con esa indumentaria y por supuesto, con Matt.

—Hola, William —escucho a Kiara, y su asombro es evidente.

—Hola. Perdona, venía a presentarme a mi vecino, no sabía que eras tú.

—No te disculpes, vine a vivir después de tu accidente. No lo podrías saber.

—Ah —musito, intentando parecer despreocupado—. Bueno, supongo que estáis ocupados, me marchó. Hasta luego.

Me giro y pulso el ascensor con el pulso latiéndome tan rápido que creo que lo escucha ella. Cuando accedo al elevador, escucho a mi espalda como se cierra la puerta.

Mientras subo al mísero piso que nos separa, maldigo una y mil veces mi mala suerte. Entonces recuerdo las palabras de Thomas cuando le dije que había recuperado la memoria y lo que pretendía hacer.

«Puede que cuando quieras recuperar lo que tenías no puedas. Piénsalo bien y reflexiona. Luego no me digas que no te avisé».

La verdad es que supuse que se trataba de mi puesto en la empresa, pero nunca se me ocurrió que podía estar hablando de ella, de Kiara, de la mujer que se había introducido en mi corazón, en mi pecho, en mi piel.

Su recuerdo es lo que me queda, el recuerdo de su piel, de su aroma, de sus caricias. ¿Sería suficiente? No, la respuesta era tan clara como el agua, incolora, inodora e insípida.

Capítulo 38

Kiara Smith

En cuanto cierro la puerta, noto la presencia de Matt, por lo que me giro y lo miro. No me da tiempo a averiguar cómo se siente, en el instante que tengo a Matt pegado a mí. Sus manos alzan mi rostro, antes de darme un beso corto.

—¿Quieres que me vaya? —propone contra todo pronóstico.

—No —susurro.

Asiente conforme antes de sonreír y sujeta mis manos antes de llevárselas a la boca y depositar un beso. Vuelve a mirarme y de nuevo se ve con claridad ese brillo en sus pupilas.

Caminamos hasta la cocina y nos sentamos a disfrutar de la rica cena que ha preparado Matt y al terminar, por segunda vez sucumbimos al placer, esta vez en mi dormitorio y no solo sobre el colchón.

Podría parecer que por fin todo está como debería ser, pero si fuera así, no sentiría en mi interior que estoy engañando a William, que esta salida que he cogido no es la correcta.

Tras pasar un fin de semana de ensueño con Matt, el domingo por la tarde nos despedimos hasta el día siguiente. Estas horas con él, me han ayudado a conocerlo mejor, y descubrir algunas de sus facetas, las cuales, algunas de ellas no las conocía.

El lunes comienza una nueva semana de trabajo de oficina, y al traspasar el umbral de mi despacho, me pongo en marcha. Rachel me pone al día de todo lo urgente y al terminar se marcha. Por mi parte, me paso casi toda la mañana entre llamadas y videollamadas.

Al llegar la hora de la comida, el ardor de estómago me está matando. Por eso, decido que esa tarde haré la visita al médico. Matt me llama justo en el momento en que salgo del edificio.

—Hola, preciosa —escucho al otro lado del auricular.

Me sonrojo, no estoy acostumbrada a estos apelativos.

—¿Qué tal tu día?

—Estresante, pero satisfactorio, ¿y el tuyo?

—Igual.

—¿Ya has ido a comer?

—Justo estoy saliendo para ir a Jenny's

—Genial, estoy a dos calles. ¿Quieres que me pase?

—Claro, —respondo animada—, te veo en un rato.

Cuelgo la llamada y me dirijo hacia el lugar que he hablado con Matt. La verdad es que me apetece su compañía, aunque una parte de mi interior, no le agrade que esté con él.

Parada en el semáforo, espero hasta que se ponga en verde para cruzar la avenida, en el instante, en que siento que me observan. Miro con disimulo alrededor y veo a una mujer rubia, con un vestido, dos tallas menos a la suya, mirándome de reojo.

No le presto atención, no la conozco y tampoco me gusta su actitud, por lo que en cuanto se pone en verde camino con paso rápido. Llego a la cafetería y me introduzco sin dilación. Hay algo en esta situación que me alerta.

John me da la bienvenida y al decirle que ahora viene Matt, me guía hasta una mesa con dos sillas. Le pido que me traiga una botella de agua por el momento.

Diez minutos más tarde, Matt entra con su habitual traje y al verme camina sonriendo. Una

vez me ha dado un pico en los labios, se sienta y John se acerca para tomarnos nota.

Pedimos una ensalada para compartir. Por mi parte, le indico que tomaré lasaña y Matt elige carne a la brasa. Conversamos sobre algunos temas de trabajo y antes de entrar en el edificio, me dice.

—Kiara, ¿te apetece venir a mi casa al salir?

—Me encantaría, pero hoy no, mejor mañana —al ver su cara opto por informarle—, verás, Matt, quiero ir al doctor, tengo unas semanas que me siento mal.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no te preocupes, imagino que es el estrés. Te llamaré cuando salga.

—Perfecto, preciosa. Espero tu llamada.

Entramos y al introducirnos en el ascensor cada uno pulsa su piso. Varios compañeros se introducen con nosotros y nos saludamos con normalidad. Al quedarme sola, no puedo evitar rememorar el momento en que William me acorraló en el ascensor y me besó con pasión, como si lo necesitara. Mis bragas se humedecen tan solo por ese recuerdo y yo me siento mal.

«¡Caray! Él no me recuerda, sin embargo, mi cuerpo le sigue evocando».

Salgo como un autómatas y me introduzco en mi despacho, dispuesta a olvidarlo. Media hora más tarde, tengo la cabeza metida en el retrete, sacando hasta la primera papilla.

Mal que me pese, el trabajo que iba a hacer, lo pospongo hasta el día siguiente, ya que no soy capaz de pensar con claridad. Al final, Matt me lleva en el coche a la cita del médico.

Una vez me pasan a la consulta, le comienzo a relatar desde el inicio los síntomas, los tiempos, y al terminar, me indica cuál es el procedimiento.

—Vendrá mañana en ayunas, le tomaremos una muestra de sangre y le avisaré cuando tenga los resultados. Deberá seguir una dieta blanda durante una semana, beberá abundante líquido. Las comidas con grasa las eliminará durante este tiempo y evitará el estrés.

Capítulo 39

William Taylor

Cada vez que he tenido un problema, me he refugiado en el trabajo, por regla general me ayuda a dejar de pensar y de comerme la cabeza, no obstante, en esta ocasión no ha sido así.

Tener a Megan pegada a mí, tampoco es que me ayude. Pues me recuerda constantemente lo que he perdido por llevar a cabo esta investigación.

Me maldigo en mi interior unas trescientas veces por no quitarme de la cabeza a Kiara y Matt. La rabia resurge en mi interior y tengo que controlarme para no comportarme como Hulk.

Abandono la oficina con un cabreo de mil demonios, y con la duda en si debo seguir con esta autoimpuesta penitencia, que la verdad no tiene ni pies ni cabeza, y al atravesar la puerta de mi apartamento, cierro de un portazo y me dirijo hacia el cuarto de baño. Arranco las prendas de mi ropa, me desnudo, antes de introducirme en la ducha.

El agua caliente me afloja los músculos, mientras, yo apoyo las palmas de mis manos en los baldosines. Ganas de pegar un puñetazo no me faltan, pero no deseo romperme la mano o tener que dar explicaciones.

Poco a poco, los pensamientos van cambiando, quizá sea por los recuerdos que me invaden, sin yo buscarlos. Mi cuerpo la desea, mi piel la añora y mi corazón la quiere. ¿Cómo podré vivir tan cerca de ella?, ¿cómo olvidarla cuando me la podré encontrar en cualquier momento? Son algunas de las preguntas que me formulo en mi mente, mientras mi polla se endurece hasta el punto de ser doloroso.

Regulo la temperatura del agua, hasta ponerla al otro extremo, el agua congelada al inicio hace algo, sin embargo, es insuficiente.

Segundos tardo en situar mi mano sobre mi polla y me realizo una paja, pensando que ella es la que me chupa y me masajea mi largo falo hasta que me corro igual que un adolescente.

«Estoy jodido». Reflexiono en mi mente al salir del baño.

Me visto con un simple pantalón corto y me marcho a la cocina, dispuesto a comer algo y acostarme temprano. Estoy cansado, tanto, que, por un momento, reflexiono otra vez si todo esto servirá para algo.

«Al menos seré libre», menciona mi mente, antes de caer en los brazos de Morfeo.

A la mañana siguiente me levanto del mismo modo que cuando la conocí. Al menos ahora no la tengo como asistente personal, no obstante, no creo que eso me solucione mucho, puesto que recuerdo cada centímetro de ella.

Los siguientes días en la empresa, no se diferencian mucho del lunes, y comienzo a preocuparme si no han terminado con esa investigación, de la que me hicieron partícipes, en el instante en que recibo un mensaje.

Solo se detalla la dirección del aparcamiento de la primera vez y una hora. Imagino que es hoy, si no lo pondrían...

Al ser viernes, no tengo que dar muchas explicaciones de por qué me marché más pronto de lo normal y en el coche miro de vez en cuando por el retrovisor, me encamino hasta la cita.

Nada más llego a la planta, aparco y salgo vociferando.

—¡Menos mal que dais señales de vida, ya pensé que estaba solo en esto!

—William, relájate que te percibo muy alterado —indica el agente de CIA.

—¿De verdad? —pregunto, incrédulo.

—Ven, quiero que me cuentes lo que sabes y yo te diré otras que te conciernen.

Durante media hora intercambiamos información y al terminar, ponen la fecha para el fin de mi sufrimiento, algo que por primera vez no llega a satisfacerme del todo.

A partir de ahí, casi todos los días los paso como un autómata. Trabajos en la oficina, que no sé si se leen, almuerzos con empresarios de relevancia, reuniones con los equipos de las obras son algunas de las tareas que más se repiten en mi día a día, al menos hasta que se acerca el día de los premios.

La gala está prevista que se celebre el próximo viernes por la mañana, en uno de los salones del hotel Beacon, situado en Broadway. Estoy seguro de que necesitaré mucho alcohol para aguantar.

La suerte está echada, solo espero que todo salga planeado como ellos quieren, pues si algo falla, si hay el más mínimo error, todo se irá a la mierda y con ello mi plan de ser libre.

Capítulo 40

Kiara Smith

Aturdida, así es como me siento desde que he abandonado el hospital. El móvil me suena desde hace tiempo, debería estar en la oficina, trabajando, también es posible que tuviera alguna reunión programada y no he asistido.

He tratado de encontrar el momento en que mi vida se desbarató, igual que un castillo de naipes. Tal vez te estés preguntando qué es lo que ocurre, porqué toda esta palabrería. Bien, te lo voy a contar. Resulta que el malestar que vengo sufriendo desde hace semanas, se me pasará con un poco de suerte en un mes, o en el peor de los casos, y ruego por qué no sea así, en unos seis meses.

Ahora es posible que intuyas que me ocurre, ¿no? Bueno, aquí puedo decirlo, aunque no creo que sea capaz de vocalizarlo en voz alta. Estoy embarazada, y si eso no fuera suficiente tragedia, el padre de la criatura que crece en mi interior, es William. Un hombre que no me recuerda, el mismo que me robó el corazón, pese a que me resistí con uñas y dientes.

El móvil vuelve a sonar y decido cogerlo, aunque en verdad lo que deseo es meter la cabeza bajo la tierra igual que el avestruz.

—Hola —saludo al descolgar.

—¡Joder! Por fin coges el móvil —exclama Kate cabreada—. ¿Dónde diablos estás?

—No lo sé —reconozco antes de mirar a mi alrededor.

—Pero, por el amor de Dios, ¿cómo que no lo sabes?

—Sí. Me puse a andar y no sé.

—Madre mía... —le escucho decir—. Mándame la ubicación, voy con Thomas a buscarte. Nadie sabía nada de ti, todos estaban muy preocupados.

—Pues estoy bien, solo estaba aturdida —informo antes de situarme.

—¿Y eso por qué es?

—Luego te lo cuento, no hace falta que vengas a por mí, estoy a dos calles de la oficina.

—¿Seguro?

—Sí, nos vemos esta noche en mi casa y te lo cuento. Necesito todavía tiempo.

—Vale —revela no muy convencida—. ¿Seguro?

—Sí. Un beso —cuelgo la llamada y me dispongo a cruzar la calle, cuando un coche se salta un semáforo, y por poco me atropella, sin embargo, no llega a ocurrir gracias a un hombre.

Llego en piloto automático a mi planta y los primeros que veo son Matt y Rachel, aunque luego veo a Charlie. Sus caras de preocupación cambian al verme.

—Lo siento —menciono acercándome y poco después me avasallan con preguntas.

—¿Se puede saber dónde estabas? —cuestiona Matt.

—¿Qué te ha ocurrido? —interroga Charlie.

Me sorprende que Rachel, no emita ninguna pregunta y solo venga a abrazarme. Sus brazos me reconfortan, me transmite una calma que no sentía.

Me separo de ella y los miro.

—Veréis, he ido al médico, y al salir he necesitado de un tiempo para asimilar la noticia. Lo siento, ahora entiendo vuestra preocupación y debería haber avisado.

—¿Qué necesitabas asimilar? —pregunta Charlie alarmado—. ¿Estás enferma?

—No. Pronto os lo diré, pero os ruego que no me preguntéis, no estoy preparada.

Los dos asienten no muy convencidos y yo paso al despacho para ponerme a trabajar, segundos tarda en entrar Rachel a informarme de lo acontecido en esas cinco horas de trabajo que no he estado.

Lo primero que hago es llamar al responsable de la obra de New Hampshire y tras acordar con él los pasos a seguir, continúo con la lista de tareas urgentes. La verdad es que cuando Rachel me trae una ensalada con pollo, se lo agradezco con una enorme sonrisa y por supuesto, me abastece de agua, pues ya comienza a escasear.

Cuando el reloj marca las seis y cuarenta y ocho, apago el ordenador y cojo el bolso para introducir el móvil e irme. Me he volcado en el trabajo y no he pensado en el marrón que tengo encima.

Salgo del edificio y me dirijo hacia mi casa, andando. Necesito aire, para despejarme y asumir que una vida crece dentro de mí. Que pese a que lo he evitado una vez más me parezco a la persona que más detesto, mi madre.

La misma que embaucó a mi padre, la misma que se quedó embarazada para que no pudiera dejarla. La misma que no se preocupó por él, mientras enfermaba, y cuando ya no se pudo hacer nada para salvarle la vida, se dedicó a decir que iba a ser de ella con una hija, si su marido la dejaba.

De ese modo tan rastrero se aseguró la presidencia de la empresa. Nadie se atrevía a toserle, ni a replicar. Una mujer malvada, sin corazón, que maneja los hilos de las personas a su antojo. Por eso me marché, por eso no quiero saber nada de ella. Quizá por eso mismo ahora siento que nuevamente he fracasado, que la promesa que me hice frente a la tumba de mi padre, aquel trece de abril, no la haya cumplido.

Capítulo 41

William Taylor

Vestido con uno de mis mejores trajes, salgo de casa con el tiempo suficiente para llegar a la gala. Estoy nervioso, espero que por fin todo llegue a su fin. Mi tío Charlie al parecer irá a acompañar a Kiara. Por un momento pensé que iría Matt con ella, pero al parecer no es así.

En el trayecto en el coche, vuelvo a recordar las instrucciones que me dio ayer el agente de la CIA. Espero que sepan lo que hacen, porque de lo contrario, la pueden cagar mucho.

Al llegar, varios periodistas se aproximan a mí para hacerme algunas preguntas. Les sonrío con amabilidad, e intento responder de la mejor manera, al menos hasta que un periodista con ganas de carnaza, pregunta.

—William, ¿ya te encuentras recuperado del accidente? ¿Has recuperado la memoria? —cuestiona mirándome con maldad.

—Del accidente estoy bien, la memoria aún no la he recuperado, gracias por su preocupación —explico con serenidad.

Con una de mis mejores sonrisas prefabricadas me despido de todos y me adentro en el hotel. Ya en el interior, no me cuesta encontrar a mi padre. Se encuentra en compañía de dos personas, las cuales detesto. Chloe y Megan.

—Buenas tardes —saludo con pesar.

—Hola, hijo —responde mi padre.

—Desconocía que vendrías con ella —manifiesto mirándole.

—¿Cómo crees que tu padre no va a traerme? —interviene Chloe queriendo transmitir su indignación.

—Vete a traerme una copa, y llévate a Megan —ordena mi padre antes de que forme un espectáculo.

Ambas se marchan y mi padre se acerca.

—Hijo, deja esa hostilidad, que no es el lugar.

—La hubieras dejado en tu casa y lo sabes. ¿Y Megan? ¿Qué hace aquí?

—Es tu acompañante —menciona antes de que dos empresarios se nos acerquen, produciendo que me calle y no le replique.

—Debo decir que estoy gratamente sorprendido por encontrarte aquí, señor Morton —inicia Frederick Jones.

—No entiendo por qué. Ya era hora que nos reconocieran el trabajo que hacemos —menciona mi padre con soberbia.

—¿El trabajo que hacéis? —cuestiona el hombre con incredulidad—. Yo estoy seguro de que el único que trabaja en esa empresa es tu hijo —le increpa cerca de los dos, pero mirando solo a mi progenitor—. No entiendo cómo volviste, William. Deberías haber vuelto a la empresa de tu tío —continúa el hombre mirándome.

Los ojos de mi padre se ponen rojos de la rabia, sin embargo, antes de que mi padre le diga lo que opina, el empresario se marcha dejándole con la palabra en la boca.

En ese momento la esposa de mi padre se acerca con dos copas. La trayectoria se ve con claridad que es para mí, no obstante, mi padre se la quita y se la bebe del tirón.

Los ojos de las dos se abren con desmesura y el temor tiñe sus rostros, no obstante, lo

disimulan mirándose la una a la otra, mientras que una azafata nos indica que vayamos entrando en la sala.

En ese momento, veo a Kiara y a mi tío, los ojos de ambos me transmiten una profunda tristeza, antes de que se gire para entrar en la sala, no obstante, me recreo en su figura. Un vestido de color verde claro, cubre su figura, y aunque no es llamativo, percibo que se halla más delgada.

Noto la mirada sobre mí, y veo que se trata de mi tío. Su ceño fruncido me indica que ha visto cómo observaba a Kiara. Percibo como mueve la cabeza negando y un par de segundos más tarde camina siguiendo los pasos de Kiara.

«Espero que me perdonen, que entienda que lo hice para protegerles», reflexiono en mi mente mientras camino.

Nada más entrar en la sala, tomamos asiento, y pese a todos los intentos para que Megan no esté a mi lado, no lo consigo. El presentador sube al estrado y comienza su discurso. Intento buscar el lado positivo a esta absurda situación, y es que tengo a mi progenitor al otro lado. Alterno mi atención entre lo que sé dice en escenario y mi padre, puesto que intuyo que la copa que se ha bebido y que estaba dirigida hacia mí, llevaba algo más.

A medida que pasa el tiempo, percibo como mi progenitor comienza a sentirse mal y pese a que le pregunto, lo único que recibo son miradas de desprecio.

Justo en el momento en que el presentador termina de indicar quienes son los finalistas y porqué han sido seleccionados, mi progenitor me mira y en sus ojos veo algo que nunca he visto. Miedo.

No me da tiempo a preguntarle, en el instante, en que mi padre pone los ojos en blanco y se desploma.

El grito de exclamación de su esposa no tarda en escucharse en toda la sala, y a partir de ahí, todo sucede muy rápido. Lo tumbamos en el pavimento, un hombre explica que no tiene pulso, y que hay que hacer la reanimación, y yo no me lo pienso dos veces antes de iniciar el masaje cardiaco. No obstante, pese a todos los intentos por reanimarle, tanto míos, como de los sanitarios, al final, solo se puede certificar su fallecimiento.

Apartado de la gente, le pido al juez que ha certificado su muerte, que deseo que le hagan la autopsia, sin embargo, su esposa llora desconsolada, pidiendo que no la hagan, pues eso alargaría todo el proceso funerario.

En medio del alboroto que se ha formado, aparecen los agentes de la CIA y sin perder el tiempo, se disponen a leerles los derechos tanto a Chloe como a Megan, mientras les ponen las esposas.

Antes de que se las lleven, comienzan a gritar que he sido el causante, que soy yo el que ha matado a mi padre para quedarme con todo y culparlas. La escena no puede ser más surrealista y cuando me quiero dar cuenta, mi tío y Kiara se encuentran a mi lado y no tardo en abrazar a la única familia que me queda.

—Todo acabó, sobrino —es lo único que escucho en medio de mis sollozos.

Capítulo 42

Kiara Smith

Nunca pensé que esta situación podría presenciarla, ni mucho menos con este desenlace. La mirada de William era como la del pasado. El amor, estaba implícito en sus pupilas, pese a todo, continuaba diciéndome que no. Que él no me recordaba y que todo eran imaginaciones mías, producto de las hormonas, las cuales, ahora, las tenía revolucionadas.

Los mareos y las náuseas ya se han marchado y ahora lo que sentía es que mis emociones estaban en su máximo apogeo. En esta última semana he tenido que controlarme, más que cuando sentía esa atracción hacia William.

Apretar los puños, parpadear varias veces, sobre todo cuando quieren fluir las cataratas del Niágara por mis ojos, o respirar hondo, cuando la ira se apodera de mí, son algunos de los retos por los que he pasado en esta semana.

Y eso que la conversación con Kate y Matt no fue para nada como la imaginé, pues mientras que Kate, se puso muy contenta y restaba importancia a que William no se acordara de mí, pues según ella, él volvería a recordarme y se pondría muy feliz.

Con Matt, la verdad es que todo comenzó con una conversación y acabó de la peor manera, pues él me pidió que no le dijera nada a William y que él ejercería como su padre. Obviamente, no pude aceptar, porque una cosa es que no me recuerde y otra es que se lo oculte llegado el caso.

Lo que sí tenía claro eran tres cosas. La primera, es que no iba a ocultar quién es el padre, aunque si él se desentendía lo entendería. La segunda, es que protegería a mi bebé y no lo utilizaría como moneda de cambio. Y la tercera, y quizá fue la que más calma me otorgó en ese momento y es que, no me culparía y me compararía con mi madre, pues nunca lo hice con ese pensamiento, ni esas intenciones.

El día de la gala, me visto con un vestido verde y bajo a la calle cuando Charlie me avisa que ya está esperándome. Entro en el coche y mientras el conductor se adentra en el tráfico, nos ponemos al día de algunos temas. Sin embargo, son tan escasos que al final, decido contarle lo que me sucede.

—Charlie, —le nombro y él me mira interrogante—, quiero informarte de algo.

—Claro, Kiara. Esperaba que fueras tú quien iniciara esta conversación.

—Verás, el día que desaparecí por unas horas, fue porque me enteré de que estoy embarazada.

—La sonrisa de Charlie no tarda en formarse, dándome un poco de sosiego.

—No quiero ser indiscreto, pero es de mi sobrino, ¿verdad?

—En efecto —confirmo antes de añadir mi decisión—, pero quiero que sepas que no se lo diré a menos que vuelva a recordarme.

—Hija, eso a mí no me importa, porque mi sobrino volverá a recordarte, si no lo ha hecho ya.

Mi cara de sorpresa, le hace reír al que fue mi jefe.

—¿Qué has querido decir? —cuestiono, pero en ese momento llegamos y tengo que recomponerme en segundos.

Salimos y los periodistas no tardan en avasallarnos con preguntas, algunas con mala intención, como la de un reportero, que nos preguntó si estábamos preparados para ver a William de nuevo, después de su vuelta a la empresa de su padre, sin embargo, por suerte, Charlie respondió con

cordialidad.

—Para mí, siempre es una alegría ver a mi sobrino, y sobre lo otro, la partida aún no ha acabado.

Ignoramos las preguntas de después y entramos. Echo una rápida mirada al vestíbulo, antes de iniciar una conversación con dos personas que conocemos. Desde mi posición me resulta llamativo, que dos mujeres de diferentes edades se encuentren en un rincón de la sala, salvaguardadas de miradas indiscretas y echen unos polvos en una copa, poco antes de caminar hacia William y su padre.

El respingo que dan ambas al ver cómo el contenido de esa copa es vaciado por Patrick, es notorio, pero entonces la mirada de William se sitúa en mí y en sus ojos, se ve, ¿amor? Me siento abrumada, por eso corto esa conexión con él y aprovecho que están pidiéndonos que entremos en el salón.

Un rato más tarde, noto la presencia de Charlie en mi espalda y al tomar asiento, respiro hondo para serenarme, pues mi pulso se encuentra disparado.

Me concentro en el presentador, escucho con atención el discurso, al menos hasta que un golpe seco, precedido de un grito de exclamación, hace que mire lo que ocurre.

Poco tardo en darme cuenta de que el padre de William está tendido en el suelo y que él se encuentra haciéndole el masaje cardíaco. La situación me resulta muy inverosímil, pues la mujer, que al parecer hacía de acompañante de William, intenta abandonar la sala, pero en ese momento los sanitarios, y la policía entran, impidiendo la huida de la mujer.

Con tristeza, percibí cómo los médicos le han notificado que el varón ha fallecido y, posteriormente, se les ha otorgado la libertad de las dos mujeres, aunque ambas se resisten y comienzan a acusar que todo es culpa de William y que ellas son víctimas.

En ese momento, Charlie y yo, nos situamos a su lado, e instantes más tarde, contemplo como mi amor y su tío se funden en un abrazo. Me siento una intrusa en este momento, por lo que, paso a paso, me separo de ellos, aunque la mirada que me envía Charlie, hace que recapacite.

Capítulo 43

William Taylor

Refugiado en los brazos de mi tío, noto como Kiara comienza a distanciarse, pero solo es por unos instantes. Cuando por fin dejo de llorar, me separo y me seco las lágrimas, antes de mirar el rostro de la única familia que me queda.

—Gracias —es lo único que pronuncio y no hace falta nada más, sin embargo, ahora me tengo que enfrentar a Kiara, y espero que no me lo ponga difícil.

Me doy la vuelta y deposito mis ojos en ella, en la mujer que me ha robado el corazón.

—Kiara —pronuncio y veo cómo niega, antes de echar a correr en dirección a la salida—. ¡No te vayas! —grito sintiendo cómo el corazón se rompe, aunque al final no lo hace.

Presencio como apoya su frente en la pared, igual que sus manos y no pierdo el tiempo antes de caminar hacia ella.

—Por favor, —susurro detrás de ella sin llegar a tocarle, pese a que las ganas por fundirme con su piel son incontrolables—, deja que te lo explique.

—¿Qué vas a decirme? —musita sin moverse—, que excusa me dirás para justificar tu comportamiento, porque está claro que me recordabas —pronuncia esto último girándose para aniquilarme con la mirada.

—Tienes que escucharme, todo tiene un motivo. Pero te juro que, sí perdí la memoria, aunque solo por un tiempo.

Omito que solo fue por dos días, pues la bronca puede ser monumental y lo empeoraría todo.

—¿Y acaso no pensaste que debías decírmelo? ¿Acaso no merezco después de todo lo que hice por ti? ¡Dime!

—Si no te lo dije, fue para protegerte, para protegeros a todos.

—¿De verdad? ¿Para protegerme de qué? ¿A mí? ¿De quién? ¿De tu padre? ¿Para hacer algo frente al boicot que estaba haciendo a la empresa? —revela con rabia sin dejarme hablar.

—Kiara, —interrumpe su tío—, vámonos, iremos a mi casa y William nos dará todas las explicaciones, ¿verdad? —inquieta mirándome.

—De acuerdo —acepto, mirando a Kiara.

Poco después abandonamos el recinto, y huimos de la avalancha de periodistas y cámaras que quieren grabarnos.

El coche de mi tío nos traslada hasta su vivienda, en el más profundo silencio, no obstante, las miradas dicen mucho.

Nada más traspasar el umbral, caminamos hasta que nos encontramos con mi tía Kimberly.

—Sobrino, lo he visto en las noticias. ¿Estás bien?

—Gracias, tía. Ahora necesito hablar con vosotros y contaros por qué he actuado así.

Nos adentramos en el salón y mi tío vierte unas gotas de licor para ambos y mi tía se marcha para ordenar unas infusiones para Kiara y ella. Y al volver, comienzo a relatarles como fueron los hechos.

Al terminar, contemplo como todos intentan asimilar lo que les he contado. Mi móvil comienza a sonar y al descolgar, escucho la voz del policía al otro lado. Me indica que le harán la autopsia a mi padre, porque hay indicios de que ha sido envenenado y que me avisarán cuando pueda llevármelo para velar por su cuerpo y enterrarlo.

Una vez he colgado, les explico lo que me ha dicho el agente. Todos asienten comprendiendo.

La conversación la inicia mi tío y aunque en varias ocasiones Kiara se integra en la conversación, no lo hace de forma permanente. Estoy a punto de perder los papeles para preguntarle que le sucede, cuando lanza una pregunta que no espero, para nada.

—William lamento todo lo que has pasado y por lo que has renunciado, pero ahora que está todo aclarado, yo necesito saber algo. —anuncia mirándome, antes de girar la cabeza y mirar a mi tío—. ¿Qué ocurrirá a partir de ahora en la empresa?

Charlie contempla a Kiara unos segundos antes de hablar.

—Pues antes de responder, necesito saber qué hará William.

Los dos me miran, uno con esperanza, mi tío por supuesto, y Kiara con algo de temor.

—Yo no tengo interés en seguir trabajando en la empresa de mi padre, pero tampoco quiero dejar en la calle a todas a aquellas personas.

—Pues entonces solo tienes dos salidas. Venderla o fusionarla con la nuestra. De ese modo, ambos podríais mantener vuestros puestos. William como presidente y Kiara como vicepresidenta.

El silencio se instala en el salón y observo como Kiara lucha por tomar una decisión, no obstante, yo ese problema no lo tengo, puesto que hace tiempo, ya la tomé. En ese tiempo, una duda se instala en mi mente.

«¿Por qué Kiara está así? ¿Es posible que no quiera trabajar conmigo? ¿Quizá ya está todo perdido entre ella y yo?».

Mi tía se levanta y explica que irá a mirar, que tal va la comida y poco después Kiara, indica que necesita usar el baño.

Se marcha, mientras que mi tío y yo nos miramos, al menos hasta que comienza a hablar.

—¿De verdad no había un modo de decirnos?

—Pensé que os pondría en peligro. He estado vigilado, desde que me fui a tu empresa.

—Sí, eso lo entiendo. Pero igual que se lo contaste a Thomas, podías haberle dicho que me lo dijera, que se lo explicara a Kiara... esa mujer te quiere, William. Desde que tuviste el accidente, cuidó de ti, te estuvo acompañando. Algunos días, hasta dormía contigo en el hospital, rezando y confiando porque despertarías —revela antes de que llegue.

Cuando regresa lo hace con mi tía y al decirnos que la comida ya está, Kiara se excusa diciendo que se marcha, pero la insistencia de mi tía para que no lo haga, al final es más fuerte.

Capítulo 44

Kiara Smith

La sensación de que estoy en el lugar incorrecto, no me abandona, y menos desde que he entrado en la casa de Charlie. No sé cómo gestionar las emociones que me invaden. Sé que muchas de ellas son producto de mis hormonas, no obstante, creo que no es ni el momento, ni el sitio para decirlo.

Huyo en cuanto tengo oportunidad al baño, más que nada para pensar una disculpa que sirva para que me vaya, no obstante, Kimberly manda a paseo todos mis intentos de huir.

Al final, me encuentro en la mesa, al lado de William y frente a mí, a Charlie, el cual, tiene una pequeña sonrisa en la cara. La comida por suerte puedo comerla, pues al parecer las embarazadas hay algunas comidas que no podemos ni oler. Lo cual, es una mierda, pero así es.

Un par de horas más tarde, por fin, consigo abandonar la casa, aunque no lo hago sola, como me gustaría, sino con William. El mismo coche con el conductor que nos ha desplazado, es el encargado de llevarnos a nuestro edificio.

En el trayecto, me pierdo entre mis pensamientos e intuyo que a William le ocurrirá lo mismo, aunque al final descubro que no, puesto que está atento a los gestos de mi rostro.

No le digo nada, para no propiciar una conversación, la cual, dicho sea de paso, no deseo tener ahora mismo. El portero nos ayuda a entrar en el edificio, pues la entrada está plagada de reporteros y al entrar en el ascensor, es cuando me doy cuenta de la cagada que he cometido.

—Kiara, necesito hablar contigo, es importante.

—¿Qué puede ser para que lo califiques de ese modo?

—Nosotros.

—No hay un nosotros, William —manifiesto sin mirarlo—, no insistas por ese camino.

—Y por qué no eres capaz de decírmelo mirándome —revela acercándose.

No pasan ni dos segundos antes de darme cuenta de que acabo de meterme yo sola en la boca del lobo y mal que me pese, no deseo estar en otra parte que no sea con él.

Sus manos se acercan a mi cuerpo despacio, dándome tiempo para retirarme, pues aún puedo dar un paso atrás, pero mi cuerpo no se mueve, no reacciona y al final, sin saber de qué modo, sucumbo a su embrujo y levanto la mirada.

«Error, un tremendo error», escucho en mi mente.

Pues segundos después, tengo la boca de William invadiendo mía, sus manos acarician mi cuerpo, igual que las mías, hasta que se posan en su trasero.

Gimo, y pierdo el control cuando su mano se aventura dentro de mi vestido, suelto un grito de placer al notar su mano sobre mi encharcado tanga y pierdo el norte por completo al notar como su mano fricciona sobre mi abultado clítoris, provocándome un profundo placer, el cual, no oculto.

La puerta del ascensor se abre en mi piso, pero William impide que lo abandone. Su mirada es de un hombre decidido a recuperar su territorio, a recuperarme a mí.

«Que Dios me ayude, porque lo voy a necesitar cuando se entere de mi pequeño secreto».

El elevador continúa hasta el piso superior, y es cuando William me sujeta de la cintura hasta su puerta, y únicamente cuando cruzamos el umbral, vuelve a desatarse el fuego entre los dos.

Literalmente, me rompe el vestido en dos, dejando ver la lencería que porto, pero solo por

unos segundos, pues acaba en el suelo, tras romperlas y una vez me tiene completamente desnuda, mientras que él, continúa vestido por completo.

—¿Y ahora qué? —le provoco.

—Ahora voy a reclamar lo que es mío, —revela mirándome con ojos hambrientos—, y voy a hacerte entender que tú no puedes ser de nadie más.

Acto seguido, se arrodilla frente a mí y mete su cabeza entre mis piernas, mi cuerpo traidor, las separa dándole más acceso. Las posiciono sobre sus hombros, y sin saber cómo me siento flotando, noto que levito, aunque intuyo, que la culpa la tiene William. Abro los ojos, teñidos por el gozo que me está provocando y veo cómo me traslada hasta su dormitorio, entretanto su cabeza continúa entre mis piernas y su boca moviéndose con maestría en mi centro

Caigo sobre el colchón mientras sucumbo al orgasmo. Y perdida entre el goce, presencio como William se desnuda antes de tumbarse a mi lado y besarme de nuevo. Sus manos encienden mi cuerpo, el cual, reacciona ante su contacto.

La enturbiada mirada que me lanza William me hace presagiar, que esto solo acaba de comenzar, y lo confirmo al notar como me atraviesa con su miembro hasta el fondo. Los gemidos por el goce de ambos no tardan en escucharse en todo el dormitorio y nos acompañan durante varias horas.

Al menos hasta que el sueño se apodera de mí, después de un último asalto en el banco, en esa posición donde todo comenzó, donde ambos supimos que los dos estábamos completamente enamorados, aunque ninguno lo dijo, al menos no con palabras.

Despierto gracias a las atenciones que me prodiga William sobre mi sexo y no tardo en retorcerme por el placer que me produce. Una vez alcanzo el orgasmo, William me embiste fuerte, con energía, atravesando mi canal, mientras sus manos me acarician y su boca chupa y lame cada trozo de piel.

Ambos sucumbimos al orgasmo al mismo tiempo y nuestros ojos transmiten lo que nuestras bocas callan.

Capítulo 45

William Taylor

Despierto con el cuerpo de Kiara pegado al mío. La observo, mientras la acaricio, aunque pronto cambio mi propósito. La deseo, no de una manera irracional, no es algo que pueda controlar, por eso, desprendo de su cuerpo el nórdico y no pierdo el tiempo en besar sus montículos hasta llegar a sus pezones donde chupo igual que si fuera un bebé.

Desciendo por su figura, dejando un rastro de saliva a causa de mi lengua. Al menos hasta que llego a su monte de Venus, y tras ayudarme de los dedos para abrir sus labios, deslizo mi lengua por su hendidura desde abajo hasta arriba, recreándome en algunas zonas donde el placer aumenta.

Los gemidos de Kiara no tardan en escucharse, pese a que aún continúa dormida. Por eso me empleo a fondo. Ataco su hendidura hasta que un orgasmo la catapulta hasta el placer más infinito, pero no le doy descanso, pues poco tardo en introducirme con mi falo en lo más profundo de su cuerpo.

La hago mía varias veces, sin preocuparme lo más mínimo en ponerme el condón. Ella es mía, y como tal la pienso reclamar. Porque lo que ella y yo sentimos cuando estamos juntos es algo único.

Abandono el aseo, con ella detrás de mí reclamándome porque ayer le rompí todo. Abro el armario y de golpe sus quejas dejan de escucharse. Frente a ella se ven con claridad varios tipos de prendas.

—Kiara, aquí tienes de todo. Coge lo que quieras, de todas formas, todo es tuyo.

—¡William! Yo no necesito todo esto, me voy a mi casa —se revela, intentando alcanzar la puerta. La cojo y sin reflexionar, la llevo a la cama.

—No te vas a ir, tú y yo aún tenemos una conversación. Elige lo que quieras o quédate desnuda, me da lo mismo. Pero no te irás sin que la tengamos —sentencio antes de marcharme a elaborar el desayuno.

Preparo café para los dos y tostadas con huevos con algo de fruta, y cuando lo tengo colocado, frunzo el ceño, pues todavía no ha salido. Me lavo las manos y me las seco antes de ir para saber qué ocurre.

La encuentro vestida con un pantalón corto y una camiseta, sentada a los pies de la cama. Su cabeza se halla entre sus manos.

Camino hacia ella y me siento a su lado.

—¿Qué te ocurre? —cuestiono preocupado.

—Solo necesito unos minutos —explica con voz triste.

—Kiara, cuéntamelo, juntos encontraremos la solución.

Veo cómo asiente y le cojo la mano para que se levante. Caminamos hacia la cocina y nos sentamos para disfrutar del desayuno tardío, pues con la tontería, son las once y media de la mañana.

Una vez engullimos todo, lo guardamos en el lavavajillas, y nos sentamos en el sofá para tener la conversación.

—Kiara, antes que nada, necesito saber si estás así porque mantienes una relación con otra persona.

—No —confirma moviendo nerviosa las manos.

—¿Y Matt? —insisto porque necesito estar seguro.

—Matt no es nada para mí. No te voy a negar, inicié una relación con él, pero no podía seguir manteniéndola.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque me pidió algo que no estaba dispuesta a hacer. William, —hace una pausa—, tienes que saber que estoy embarazada, y tú eres el padre.

No puedo articular palabra después de esta información, sin embargo, en ese momento, mi móvil comienza a sonar. Al ver que se trata de la policía, debo cogerlo.

Le pido a Kiara que espere un momento y cojo el móvil. Me giro para mantener esa conversación, pues intuyo que será muy relevante. Durante unos minutos hablo con el agente y me informa que mi padre fue envenenado y que tienen las pruebas de que ellas son las culpables.

A los cargos que ya tenían, ahora se suma, el de asesinato premeditado.

Cuando cuelgo la llamada más aliviado, me giro y veo que Kiara no está. Camino llamándola por la casa y no la encuentro, entonces recuerdo su cara de tristeza antes de girarme.

—¡Mierda! ¡La he cagado! —exclamo, caminando hacia la puerta.

Abro la puerta y bajo por las escaleras al piso inferior, llamo al timbre y espero a que me abra. Poco tarda en abrir la puerta y me siento aún peor, pues sus ojos están rojos.

—¿Para qué vienes? —grita antes de girarse—. Puedes irte, ya he entendido que no quieres saber nada de mí, ni del bebé. No te preocupes, no soy como mi madre, no voy a utilizarle como moneda de cambio.

Continúa con su diatriba, mientras yo escucho todo con atención, pues ahora todo cobra sentido. Porqué se marchó de Maine, su recelo a iniciar una relación conmigo. Todas las piezas del puzle que me faltaban me las revela ella misma y entonces todo cuadra.

—Kiara, te he pedido un momento porque era el agente de la CIA el que me ha llamado. Tu información me había dejado KO, y necesitaba tiempo para serenarme, porque me has hecho el hombre más feliz del mundo.

La boca de Kiara se abre y yo sonrío satisfecho de conseguir esa reacción con ella.

—Kiara, eres la mujer con la que quiero dormir cada noche, la mujer con la que quiero llenar una casa de hijos. La persona que quiero a mi lado, cada minuto de vida que me queda, porque sin ti, nada tiene sentido.

Me acerco a ella y pongo una mano sobre su vientre.

—Aquí está nuestro primer hijo. Te amo, Kiara, y nunca más quiero separarme de ti.

Ella se mantiene callada, pero su rostro refleja felicidad.

—Pensé... —susurra en voz baja—. No quiero ser como ella —confiesa con vergüenza.

—No la conozco, pero estoy seguro de que tú, no te pareces en nada a ella —manifiesto, antes de besarla.

El amor en mayúsculas, es lo que sentimos cuando estamos juntos, cuando por fin, todas las piezas del puzle están en su sitio, en el lugar correcto, no por imposición.

Capítulo 46

Kiara Smith

Tras esa declaración de amor de William, la pasión se ha desatado en mi casa. Parece mentira de que hayamos hecho el amor tantas veces y aún siga despertando este deseo primitivo en mí.

William vuelve a hacerme suya sobre el sofá, al menos hasta que el timbre suena.

—Es Kate —le revelo a William separándome.

—Lo mismo no viene sola —añade él.

Y mira que no estaba mal desencaminado, pues al abrir la puerta veo los rostros de los dos.

—No hace falta que me digas nada. Por la cara que tienes sabemos que os habéis reconciliado.

—Es lo primero que me dice Kate entrando.

—Hola, Kiara —saluda Thomas.

—Pasar, sois muy oportunos —revelo con guasa.

—¡A que sí! Es que tenemos un don.

—Ya le digo que sí —responde William caminando hacia mi amiga y el suyo.

—¡Anda! —exclama Kate mirándome—. Se nota que le has dado cariño —afirma girándose hacia mí.

Nos reímos, pero solo por unos instantes.

—Hola, amigo —saluda Thomas—. Ayer intenté hablarte, pero no hubo forma.

—Lo siento, estaba centrado en otra cosa —expone mirándome con intensidad.

—No te justifiques que lo entiendo, pero dime, ¿se sabe algo?

—Sí, mi padre murió envenenado, aunque estoy seguro de que esa copa era para mí, no para él.

La exclamación de los dos, no tarda en escucharse y antes de que hablásemos más, el móvil de William comienza a sonar.

—Es mi tío, perdonad.

William se pone a hablar y yo camino hasta la cocina. Miro en los armarios, y verifico lo que ya sabía, tengo que comprar.

—Kiara, te ayudo a algo, ¿necesitas comprar?

—No me vendría mal, tengo la despensa casi vacía, aun así, creo que pediré por la página web y que me lo traigan. ¿Siguen los periodistas?

—Sí.

—Madre mía...

—Kiara no te preocupes, dinos y nosotros vamos a comprar —se ofrece Thomas.

Asiento y cojo una libreta donde anoto todo lo que necesito. Ahora con el embarazo tengo que cuidar las comidas y no puedo saltármelas. Unos minutos después se marchan. William sigue hablando por lo que cojo el móvil y exploro las últimas noticias.

La mayoría se hacen eco del fallecimiento de Patrick y especulan con que la mujer habría estado años intentando ese cometido. Desde luego, que los periodistas en algunas ocasiones deberían dedicarse a escribir libros de ficción y no estas noticias tan surrealistas.

Asqueada por todo lo que leo, lo bloqueo y lo pongo boca abajo en la encimera. En ese momento unos brazos me rodean desde atrás y su nariz aspira el aroma de mi pelo.

El ronroneo no tarda en escucharse de la boca de William.

—¿Dónde están?

—Se han ido a hacerme la compra —revelo girándome, antes de levantarme—. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha informado de cómo está todo. Al parecer Chloe, llamó ayer al abogado de mi padre.

—¿Él le va a representar?

—No. Después de hablar con mi tío, le he llamado y me ha contado algunas cosas relevantes. Al parecer, mi progenitor hace una semana lo llamó y cambió el testamento y le confesó que no confiaba en su esposa.

—Es decir que tu padre, intuía que su esposa no era de fiar.

—Se puede decir que sí, además le ha dejado sin nada. Todo pasará a ser mío.

Asiento, porque lo cierto es que no deseo hablar de ese tema.

—Tranquila, Kiara. Solo te lo he contado, por lo que eres.

—¿Lo que soy? —cuestiono, haciéndome la loca—. ¿Puedes decirme que soy?

—Lo que desees. De momento puedo afirmar que la mujer de mi vida.

Me ruborizo e intento cubrir mi cara, pero él me lo impide.

—Eres preciosa, mi amor. No te ocultes —susurra cerca de mis labios—. Kiara, nos acabamos de reencontrar, y entiendo que puedas tener dudas, pero quiero que comprendas que yo no las tengo. Tengo claro lo que siento por ti.

Después de esa declaración tan bonita, nos sentamos hasta que llegan mi amiga y Thomas con la compra y pese a que no lo planeamos, ese día lo pasamos en mi casa, los cuatro.

Al llegar la noche y Kate y Thomas se marchan y yo me siento en el sofá, entretanto, William recoge los últimos utensilios.

—Ha estado bien —indica sentándose conmigo.

—Sí. Al menos has estado distraído.

Asiente y en ese momento lo llaman para decirle que al día siguiente se le entregará el cuerpo del fallecido. William, pese a que no mantenía buena relación con su padre, se entristece. Poco a poco, la realidad se adentra en él, produciendo que se dé cuenta de que la persona que contribuyó para que naciera, ya no estará ni para felicitarle, ni para despreciarle.

Capítulo 47

William Taylor

Enterrar a un padre, entra dentro de lo normal, no obstante, eso no significa que sea fácil. Aceptar las condolencias de la gente, escucharlos, hablar de la maravillosa persona que era, de lo buen empresario que has sido, genera en mí, una rabia que me cuesta contener.

El abogado que representaba a mi padre se acerca y me ofrece sus condolencias, sus palabras no son como las de los otros, quizá es porque es conocedor de cómo era en verdad mi progenitor y cuál era nuestra verdadera relación.

—William, lamento tu pérdida. No siempre fue un ejemplo a seguir... pero de corazón espero que lo perdones y comprendas que pese a las malas decisiones que tomó, él te quería.

—Gracias, Walter.

Desde primera hora del domingo, está dispuesto el velatorio de mi padre y la gente acude para trasladarme el pésame. Thomas, Charlie y Kiara, me acompañan, para que no me sienta solo.

Con orgullo, compruebo como Kiara se desenvuelve, con una soltura innata con algunos empresarios y alaban sus decisiones.

—William, me marchó —menciona, Kiara ya de noche.

—Sí, yo también me voy a ir, no creo que ya venga alguien más.

—Vale. Pues te espero en el vestíbulo.

—De acuerdo.

Su movimiento de caderas me hipnotiza, y me hace perder el norte. Salgo de los pensamientos pecaminosos, al ver entrar el agente de la CIA.

—Buenas noches, William.

—Hola, agente. ¿Tenemos alguna novedad más?

—Sí. Todos han sido trasladados a la cárcel que les ha asignado el juez. Puedes estar tranquilo.

—Se lo agradezco, le reconozco que tuve mis dudas.

—Entonces tengo que agradecerte que pese a todo confiaras. Bueno, no te molesto más, supongo que tienes muchas cosas de las que ocuparte.

—La verdad es que no lo sé. Lo he dejado todo en manos del abogado.

Asiente, antes de abandonar el lugar, segundos después lo hago yo también. Nada más salir, veo cómo Kiara conversa con una mujer y un hombre. Decido esperar un poco, pero entonces el elevado volumen de la mujer, llama mi atención.

—No eres más que una mujer con aires de grandeza. Dime, ¿qué crees que pasará si filtro algunos datos en la prensa?

Lo cierto es que no sé cómo lo hago, pero segundos tardo en posicionarme detrás de esta mujer tan insolente.

—Yo le voy a decir lo que ocurrirá, —el respingo que da es palpable, pero no se da la vuelta —, en el hipotético caso de que eso pasara, el bufete de abogados más relevante de la ciudad, se pondrá a trabajar y no pararán hasta dar con el culpable y obligarle a que se retracte de esas informaciones, eso sin contar que pedirán una compensación económica por los daños causados.

El hombre que hasta el momento se ha mantenido al margen, se gira y me mira malhumorado.
«Mal asunto».

—Perdona, pero es una conversación privada, puedes irte y no meterte donde no te han llamado.

—¿De verdad? Yo te aseguro que te equivocas.

Se planta frente a mí, y la mujer se gira quedando frente a los dos.

—Yo sé quién eres e intuyo porque decides meterte en esta conversación, pero desde ahora te digo, que no tienes nada que hacer.

—Yo también intuyo quién es usted, y le quiero explicar que estoy al tanto de la cláusula del testamento de su difunto marido, —el temor tiñe su rostro—, también comprendo sus movimientos para no quedarse sin nada, y le juro que voy a impedir que se quede con todo.

El grito de exclamación de Kiara, se escucha en el casi vacío vestíbulo.

—¿Es eso?

—Claro, nena, vas a cumplir veinticinco años, fecha que tu padre estipuló para que tomaras su legado.

—¿Cómo es posible que tú sepas eso?, ¿qué clase de hombre es usted!

—Ya sé lo he dicho, soy un hombre con influencias. Y le aconsejo que me escuche con atención. Cuando salga de aquí, se irá de vuelta a su casa, el lunes comenzará el proceso de absorción de la empresa de mi tío, que pronto será mía y de su hija. No recibirá ni un duro, solo se quedará con la vivienda familiar, el resto la venderá y le entregará la mitad a su hija, y el resto será de usted.

—¿Y si no lo hago?, ¿qué hará?

—Él nada, pero yo te dejaré en la calle, y me quedará con absolutamente todo —manifiesta Kiara posicionándose a mi lado.

La miro con orgullo, pero ella no se da cuenta, pues se encuentra mirándolos con desafío.

—Kiara, esta batalla la ganarás, pero aún está por saber quién gana la guerra —amenaza su madre.

Ella no dice nada, pero levanta el mentón un poco más. Segundos más tarde, se marchan y compruebo como Kiara se relaja.

—Gracias, no sé cómo sabían dónde estaba.

—Estamos en las noticias, es posible que no les cueste mucho. ¿Nos vamos a casa? —afirmo con la cabeza y nos marchamos sin dilación.

En el coche de regreso, hablamos de la cena y al llegar a mi casa, la preparamos entre los dos. Una vez terminamos de cenar, le propongo que nos sentemos en el sofá, pero Kiara se halla muy cansada.

—No es que no quiera, pero creo que me voy a dormir si lo hago.

—Venga, vamos a la cama.

Tumbados en la cama, abrazo a Kiara y al mismo tiempo acaricio su brazo. Ella, apoyada su cabeza sobre mi pecho, se relaja con el latido de mi corazón, pero como siempre, la pasión aparece invadiendo nuestros cuerpos.

Nos acariciamos y sin pretenderlo, acabamos satisfaciendo nuestros deseos más primarios. Durante la noche, un sueño hace que lo vea con claridad.

Quiero a Kiara, la quiero de una forma sincera, sana, no para un día, ni para una semana. La quiero para siempre en mi vida. Por eso a la mañana siguiente tengo claro lo que voy a hacer.

Capítulo 48

Kiara Smith

El lunes, cuando llego a la oficina, es obvio que los murmullos han invadido cada una de las plantas. Por eso, después de que Rachel me informe, le dicto un manifiesto, para los empleados. Es justo que sepan de primera mano lo que está ocurriendo.

Al terminar de recitarle, Rachel asiente conforme y se marcha para transcribirlo. Me hallo hablando con el responsable de Fort Myers, el cual, me informa de que ya está el complejo acabado.

—Fantástico, buen trabajo, Tom.

—Ha sido de todos. Tengo que felicitarte, porque has hecho un trabajo increíble.

—Gracias, Tom. —me sonrojo, menos mal que no puede verme.

Cuelgo la llamada y entonces soy consciente de la presencia de William.

—¿Qué haces ahí parado?, podías ayudarme...

—Sí, claro, en lo que tú quieras —menciona, pero su mirada no parece muy profesional.

—¡Alto! —exclamo, pero es demasiado tarde, ha cerrado la puerta con el pestillo.

—No, tú has dicho si podía ayudarte y hasta que no recupere mi cargo, solo puedo aliviarte en un tema. No temas, seré rápido y efectivo.

William me alcanza y acabo tumbada sobre el sofá, con él sobre mí, embistiéndome con energía con su falo en mi canal. No puedo reprimir los gemidos que salen por mi boca, cuando rompe los botones de mi camisa y saca un pezón cubierto por el sujetador.

—Venga, nena. Exprímeme, apriétame, ¡sí, o sí!

El grito de satisfacción al descargarse en mi interior, intuyo que lo han escuchado en toda la planta, pero cuando empezamos a recomponernos las ropas, me revela William una información que desconocía.

—No hay nadie, les he dicho que fueran a comer.

—¡Menos mal! —exclamo aliviada.

William sonrío al ver mis expresiones y después nos vamos a comer. Estamos comiendo, cuando William me expone un plan.

—Podemos ir este fin de semana a la casa del lago de mi tío.

—Me parece bien, es un sitio muy bonito.

El resto de la comida, lo hacemos en silencio, mirándonos de vez en cuando y sonriendo como dos adolescentes. Al volver a la empresa, varios reporteros nos preguntan y al llegar a la puerta de la empresa, sorprendiéndome, William hace una declaración.

—Les pido que dejen de seguirnos, por favor, seguro que hay otros personajes más interesantes.

—Señor, William. Para el periódico *The News*, ¿es verdad que la señorita Smith y usted mantienen una relación?

William no responde, sino que sonrío ampliamente. Ya sabes lo que dicen, una imagen, vale más que mil palabras. Entramos al edificio y en el ascensor, niego con la cabeza.

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—William, así no nos dejaran en paz.

Levanta los brazos como si le importara poco y justo en ese momento llegamos a la planta.

—Hola, chicos —saluda Rachel—. Charlie acaba de llegar, ha entrado al despacho.

—Perfecto.

Entramos y nos topamos con Charlie, el cual, mira a través de los ventanales.

—Buenas tardes —inicia William.

—¡Hola! Qué bien encontraros juntos. Así podréis asumir desde este momento vuestros puestos —revela, sonriendo.

Charlie, William y yo nos trasladamos a la sala de juntas y ahí frente al notario, firmamos el acta donde revela que William será el presidente y yo la vicepresidenta de manera definitiva y las regalías que se establecen para ambos y el porcentaje que recibirá de forma anual Charlie.

Con todo claro, nos ponemos a trabajar, y el resto de la semana es casi una calcomanía, a excepción de que la pasión no se desata en el despacho, sino en el piso de William.

El viernes viajamos a la casa de la familia y el sábado, sin esperármelo, descubro a Kate y Thomas en la casa, igual que a Charlie y a Kimberly. Pasamos la mañana paseando, y tras la comida, William frente a todos se arrodilla a mi lado.

—Kiara, te he traído aquí, junto con nuestros seres queridos, porque quiero hacer una declaración. Aquella noche que te conocí, te metiste en mi interior, y no paré hasta que derribé todas esas excusas y desde entonces solo he querido una cosa. Te quiero junto a mí, cada día. No deseo estar separado de ti ni un solo momento. Por eso, hoy y aquí, te hago la pregunta más importante de mi vida. ¿Quieres pasar el resto de tu vida a mi lado?

Un grito escapa de mi boca, por la impresión, pero al ver la caja de Cartier, con un anillo en su interior, no puedo evitar que varias lágrimas salgan de mis ojos, mientras que, con emoción, respondo.

—Por supuesto que quiero.

William lo introduce en mi dedo, y segundos después me besa frente a nuestros seres queridos. Los aplausos nos hacen volver, y nos separamos con un poco de vergüenza.

Las felicitaciones y los buenos deseos, es lo que se escucha los siguientes minutos hasta que Kimberly hace una pregunta.

—¿Entonces? ¿Cuándo será la boda?

Continuará...

Nota de la autora

Si te ha gustado esta historia, te ánimo a dejar tu opinión en las redes sociales como Amazon, Goodreads, Instagram, Facebook, entre otras.

Instagram: @myrareda.autora

Facebook: Myra Reda Autora

Tiktok: @MyraReda





mis novelas, las cuales te atraparán.

Por supuesto, también a descubrir todas

Con cariño, Myra